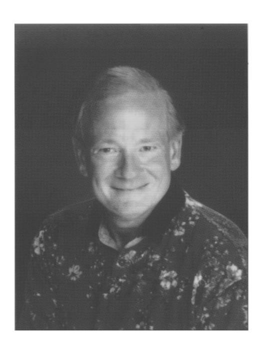
VIDA DESPUÉS DE LA VIDA



RAYMOND A. MOODY, JR.

RAYMOND A. MOODY tiene los doctorados de filosofía y medicina, además de ser psiquiatra. Fue el primer médico que estudió de modo sistemático los fenómenos de supervivencia a la muerte corporal, publicando el resultado de sus investigaciones en su éxito mundial de ventas VIDA DESPUÉS DE LA VIDA. Actualmente dirige el "Teatro de la Mente" en el estado de Alabama, donde continúa su trabajo, y viaja por el mundo dando conferencias en torno a la muerte y sus fenómenos.

Título del original inglés: LIFE AFTER LIFE (1975)

C o n t e n i d o

Sobre el autor

RAYMOND A. MOODY está casado y tiene dos hijos. Ha sido estudiante y profesor de filosofía, con especial interés por la ética, la lógica y la filosofía del lenguaje. Tras un periodo de enseñanza en filosofía, continuó sus estudios de medicina y decidió convertirse en psiquiatra para enseñar filosofía de la medicina en una facultad de medicina. Durante ese tiempo estudió los fenómenos de supervivencia a la muerte corporal, dando conferencias a muchos grupos de enfermeras y médicos. Debido a la novedad de estas investigaciones, el doctor Moody desconoce si otros doctores están realizando una investigación similar. Mediante la copia de prepublicación de Vida después de la vida, entró en contacto con la doctora Elisabeth Kubler-Ross, cuya investigación no sólo era paralela, sino que duplicaba sus hallazgos. Hasta febrero de 1976 no se conocieron.

- - - - -

Al doctor George Ritchie, y, con su mediación,
a Aquel que él sugirió.

- - - - -

Reconocimientos

SON muchos los que me han alentado y ayudado durante la investigación y redacción del libro, y sin ellos no hubiera podido completar el proyecto. Mi buen amigo John Ouzts me animó a dar la primera conferencia sobra el tema. John Egle, de Mockingbird Books, me propuso plasmar en su libro mis descubrimientos, proporcionándome apoyo y aliento en todo el proceso. Leonard, Mae, Becky y Scott Brooks me suministraron alojamiento, alimento y medios de transporte siempre que lo necesité. Kathy Tabakian me acompañó en varias de las entrevistas y me ha beneficiado de las largas discusiones que con ella he tenido. Russ Moores, Richard Martin y Ed McCranie, del Colegio Médico de Georgia, me ofrecieron válidas sugerencias y referencias a textos relevantes. Mi esposa pasó muchas horas revisando el manuscrito y la copia mecanografiada. Finalmente, me gustaría dar las gracias a todos los que me contaron sus encuentros con la muerte. Sólo deseo que este libro sea digno de la confianza que todos los mencionados han puesto en mí.

Prólogo a esta edición

POCOS son los libros que modifican conceptos y creencias arraigados poderosamente en la conciencia colectiva de una sociedad y, a su vez, abren un debate intenso y enriquecedor. Vida después de la vida es uno de ellos.

Cuando en el decenio de 1970 un joven médico norteamericano sacó a la luz el resultado de sus investigaciones en torno a personas declaradas clínicamente muertas, y que después habían sido reanimadas, pocos sospecharon la repercusión que estos testimonios iban a tener en la sociedad.

Desde entonces, no es posible concebir ningún estudio, debate o planteamiento referido a experiencias próximas a la muerte que no tenga en consideración el trabajo del doctor Moody contenido en esta obra.

No nos corresponde especular sobre dichas experiencias. Hoy son ya del dominio público y han sido narradas por miles de personas que aseguran verse fuera de sus cuerpos mientras contemplan la escena flotando por encima de personas y objetos sin poder tocarlos. Tampoco son ya extraños ni el túnel que afirman recorrer, en cuyo final luminoso encuentran habitualmente a amigos y parientes ya fallecidos que les dan la bienvenida cariñosamente, ni mucho menos el estado de paz y alegría que los envuelve y elimina el miedo a la muerte para el resto de sus vidas. Nada de esto nos es ajeno. Hoy son cientos los libros y artículos publicados sobre el tema desde aquella fecha, y son numerosas las personas que han continuado esta misma línea de investigación y han recopilado miles de nuevos testimonios, y es rara la persona que no conozca o no haya oído hablar de alguien que haya vivido esta experiencia.

No obstante, muchas fueron las voces que se levantaron escandalizadas ante la investigación, e incluso declaraban como falsos los mismos testimonios de las personas que habían tenido el valor de narrar su experiencia sin importarles ser consideradas como locas. Otras, sin embargo, aplaudieron el mérito indudable de haber llevado a cabo un estudio sobre un tema tabú por excelencia, y se multiplicaban los interrogantes abiertos que planteaba la sorprendente coincidencia en los puntos más importantes de las experiencias relatadas. Y fue el lector, como casi siempre, el que avaló con su aceptación masiva un libro destinado, a priori, a integrar el catálogo de obras de minorías, especializadas, raras y curiosas.

Naturalmente, el tema no está agotado, ni mucho menos. La curiosidad científica del doctor Moody lo ha llevado a continuar sus investigaciones en torno a la muerte, esta vez en un campo aún más polémico: la posibilidad de contactar con personas fallecidas. Ahí están los resultados en un nuevo libro (Más sobre Vida después de la vida) que también hemos tenido el placer de publicar en español. Su contenido ha vuelto a significar un punto de inflexión, ya que sus aportaciones desechan prejuicios y abren interrogantes que no pueden ser ignorados por nadie que tenga un mínimo de interés por los grandes enigmas que han rodeado al hombre en torno a la muerte.

Finalmente, como editores, nos queda la satisfacción de haber llevado al lector español un libro que ya ha entrado por méritos propios en la categoría de clásico, y, cómo no, agradecerle la respuesta con la que, durante 20 años, ha demostrado su sensibilidad y criterio a la hora de valorar obras valientes e innovadoras.

Respecto al doctor Moody, hay que decir que no ha perdido un ápice de su talante científico, de su buen humor de su calidad humana ni de su espíritu emprendedor Todo ello lo testimonian las decenas de conferencias que anualmente imparte en todo el mundo y las novedades editoriales con las que invariablemente nos sorprende y nos estimula una y otra vez a revisar conceptos y creencias que considerábamos inamovibles.

Por estas razones, gracias a todos, autor y lectores, y confiamos en continuar siendo un eficaz elemento transmisor entre ambos. Para nosotros es una gran satisfacción.

LOS EDITORES

Prefacio

HE tenido el privilegio de leer la copia previa a la publicación del libro y me complació que al doctor Moody, joven erudito, haya tenido el coraje de reunir sus descubrimientos y realizar este nuevo tipo de investigación, tan útil para la gran masa de público.

Desde hace veinte años vengo dedicándome a pacientes en la última fase de su enfermedad, por lo que he experimentado una preocupación creciente ante el fenómeno de la muerte. Hemos aprendido mucho sobre dicho proceso, pero quedan sin responder muchas de las preguntas sobre el momento de la muerte y las experiencias que tienen nuestros pacientes a partir del instante en que se los declara clínicamente muertos.

La investigación que el doctor Moody presenta en este libro iluminará muchas de ellas, confirmando al tiempo lo que se nos ha dicho durante dos mil años: que existe vida tras la muerte. Aunque no afirma haber estudiado la muerte misma, es evidente, a partir de sus hallazgos, que el paciente continúa consciente del entorno tras haber sido declarado clínicamente muerto. Ello coincide con mi propia investigación, basada en los relatos de pacientes que han muerto y han regresado, contra lo que era de esperar, y ante la sorpresa de expertos y bien conocidos médicos.

Todos los pacientes han experimentado la sensación de flotar fuera del cuerpo, unida a la de una gran paz y una percepción de totalidad. Casi todos eran conscientes de otra persona que los ayudaba en la transición a otro plano de existencia. Muchos eran recibidos por seres amados que habían muerto antes o por un personaje religioso que había sido significativo en su vida y que, como es natural, coincidía con sus creencias religiosas. Me llena de aliento leer el libro del doctor Moody en el momento en que me encontraba dispuesta a poner sobre el papel los resultados de mis propias investigaciones.

El doctor Moody ha de estar preparado para recibir muchas críticas, provenientes ante todo de dos áreas. Una de ellas compuesta de miembros del clero que se sentirán molestos de que alguien se atreva a investigar un terreno que se supone tabú. Algunos representantes religiosos de una iglesia sectaria ya han expresado sus críticas ante estudios como éste. Uno de ellos se refería a éstos como «vendedores de la gracia a precio de saldo». Otros pensaban que la cuestión de la vida en el más allá debía ser aceptada con fe ciega y no ser cuestionada por nadie. El segundo grupo del que el doctor Moody puede esperar críticas está compuesto de científicos y médicos que considerarán su estudio «acientífico».

Creo que hemos llegado a una era de transición en nuestra sociedad. Hemos de tener el coraje de abrir nuevas puertas y admitir que nuestras actuales herramientas científicas son inadecuadas para muchas de las nuevas investigaciones. Confío en que este libro las abra a quienes poseen una mente abierta y en que les dará esperanza y valor para avaluar las nuevas áreas de investigación. Ellos comprenderán que los descubrimientos aquí citados son verdaderos, pues están escritos por un investigador genuino y honesto. Son corroborados por mi propia investigación y por los hallazgos de otros científicos serios, de eruditos y de clérigos que han tenido la valentía de investigar este nuevo campo con el deseo de ayudar a quienes necesitan conocer

Recomiendo el libro a todos los que mantengan abierta su mente, y felicito al doctor Moody por el valor que ha demostrado al imprimir sus descubrimientos.

ELISABETH KUBLER-ROSS, M. D.
Flossmoor, Illinois

Introducción

ESTE libro, en cuanto que es obra humana, refleja los antecedentes, opiniones y prejuicios de su autor. Por ello, y a pesar de la objetividad que me he esforzado en imprimirle, pueden ser útiles algunos datos sobre mi persona en el momento de evaluar algunas de las extraordinarias afirmaciones que en él se hacen.

En primer lugar, nunca he estado cerca de la muerte, por lo que no se trata de un relato de primera mano sobre experiencias propias. Sin embargo, no puedo por ello reivindicar una objetividad total ya que mis emociones han estado implicadas en el proyecto. Mientras escuchaba el relato de las fascinantes experiencias de que trata este libro, llegaba casi a la sensación de estar viviéndolas. Espero que tal actitud no haya comprometido la racionalización y equilibrio de mi aproximación al tema.

En segundo lugar, el que escribe no está ampliamente familiarizado con la abundante literatura sobre hechos paranormales y ocultos. No lo digo por menospreciarla, pues estoy convencido de que un mejor conocimiento de ella hubiera ampliado mi comprensión de los hechos estudiados. De hecho, tengo la intención de analizar más profundamente algunos de esos libros para comprobar hasta qué punto las investigaciones de otros son confirmadas por las mías.

Mi educación religiosa merece algún comentario. Mi familia acudía a la iglesia presbiteriana, pero mis padres nunca intentaron imponer sus creencias o conceptos religiosos a sus hijos. Conforme iba creciendo, se limitaron a estimular cualquier interés que desarrollara por mí mismo, facilitándome oportunidades para ello. En consecuencia, tuve una «religión» compuesta no por una serie de doctrinas fijas, sino por cuestiones, enseñanzas y doctrinas religiosas y espirituales. Creo que todas la religiones humanas tienen muchas verdades que comunicarnos y que ninguno de nosotros posee todas las respuestas a las verdades profundas y fundamentales con que trata la religión. Por lo que se refiere a mi adscripción a una organización particular, soy miembro de la Iglesia metodista.

En cuarto y último lugar, mis antecedentes académicos y profesionales son algo diversos; algunos dirían fraccionarios. Me gradué en filosofía en la Universidad de Virginia y me doctoré en esa materia en 1969. Me he interesado especialmente por la ética, la lógica y la filosofía del lenguaje. Tras enseñar filosofía durante tres años en una universidad del oeste de Carolina del Norte, cursé estudios en una facultad de medicina con la finalidad de convertirme en psiquiatra y enseñar filosofía de la medicina en una facultad médica. Todos esos anhelos y experiencias han contribuido, lógicamente, a dar forma a la aproximación que he adoptado en este estudio.

Espero que el libro llamará la atención sobre un fenómeno muy extendido y al mismo tiempo bien oculto y que, al mismo tiempo, creará una actitud pública más receptiva sobre la materia. Estoy firmemente convencido de que tiene un gran significado, no sólo para muchos campos académicos y prácticos -especialmente psicología, psiquiatría, medicina, filosofía, teología y sacerdocio-, sino también para la forma en que vivimos nuestra existencia cotidiana.

Permítaseme decir desde el principio que, por motivos que explicaré más tarde, no estoy intentando demostrar que exista vida después de la muerte. Ni siquiera pienso que una «prueba» de este tipo sea posible hoy en día. Se debe en parte a esto que haya evitado el uso de nombres reales y disfrazado algunos de los detalles que podrían servir de identificación, aunque dejando siempre sin cambiar el contenido. Ha sido necesario para proteger la vida privada de los individuos implicados y, en muchos casos, para obtener el permiso de publicación de las historias que me relataron.

A muchos, las afirmaciones que se hacen en este libro les parecerán increíbles y su primera reacción será de rechazo. De nada puedo culparlos, pues ésa hubiera sido precisamente mi reacción hace tan sólo unos cuantos años. No pido que nadie acepte y crea los contenidos de este libro basándose sólo en mi autoridad. Por el contrario, como lógico que rechaza la aproximación a una creencia basándose en ilícitas

apelaciones a una autoridad, pido expresamente que nadie lo haga así. Sólo deseo que cualquiera que no crea en lo que lee indague un poco por sí mismo. Es lo que yo he hecho durante algún tiempo. De los que lo han aceptado, ha habido muchos que, escépticos al principio, han llegado a compartir mi asombro ante estos acontecimientos.

No dudo, además, que muchos se sentirán aliviados al leerlo, pues descubrirán que no han sido los únicos en haber tenido tal experiencia. A ellos -especialmente si, como ha ocurrido con frecuencia, sólo se han confiado a unas pocas personas- sólo puedo decirles que espero que este libro los anime a hablar más libremente, para que una de las facetas más problemáticas del alma humana pueda ser más claramente elucidada.

1. El fenómeno de la muerte

¿QUÉ es la muerte?

La humanidad ha venido haciéndose esa pregunta desde el principio. En los últimos años he tenido la oportunidad de plantearla ante gran número de auditores, desde mis alumnos de psicología, filosofía y sociología, hasta los que me han escuchado en organizaciones religiosas, en mis debates en la televisión, o los que lo han hecho en clubes cívicos y en las sociedades profesionales de médicos. Por la experiencia que he obtenido en esos años de exposición, puedo decir que el tema excita poderosos sentimientos en individuos emocionalmente diferentes y de muchas clases sociales.

A pesar del interés, sigue siendo cierto que a muchos de nosotros nos es muy difícil hablar de la muerte, y ello principalmente por dos razones. Una de ellas es de carácter psicológico y cultural: es un tema tabú. Tenemos la sensación, quizá sólo subconscientemente, de que cualquier forma de contacto con la muerte, por muy indirecta que sea, nos enfrenta con la perspectiva de la nuestra; la hace más cercana y real. Por ejemplo, la mayor parte de los estudiantes de medicina, yo incluido, han descubierto que incluso el encuentro remoto con ella, que se produce en la primera visita a los laboratorios anatómicos nada más entrar en una facultad de medicina, provoca fuertes sentimientos de inquietud. En mi caso, la razón de esa respuesta me parece ahora obvia. Con la perspectiva de los años pasados me doy cuenta de que no me sentía implicado con la persona cuyos restos estaba viendo, aunque también había algo de eso. Lo que vi sobre la mesa fue el símbolo de mi propia mortalidad. En cierta manera, quizá sólo preconscientemente, por mí mente debió cruzar este pensamiento: «A mí también me ocurrirá.»

Asimismo, hablar de la muerte puede considerarse, a nivel psicológico, como otra forma de aproximación indirecta. Sin duda, mucha gente siente que hablar de ella equivale a evocarla mentalmente, a acercarla de tal forma que haya que enfrentarse a la inevitabilidad de propio fallecimiento. Por tanto, para ahorrarnos el trauma psicológico, decidimos evitar el tema siempre que nos sea posible.

La segunda razón de la dificultad de discutir la muerte es más complicada y se relaciona con la naturaleza del lenguaje. En su mayor parte, las palabras del lenguaje humano aluden a las cosas que hemos experimentado con nuestros sentidos físicos. Sin embargo, la muerte es algo que recae más allá de la experiencia consciente de la gran mayoría de nosotros, pues nunca hemos pasado por ella.

Si hemos de hablar de ese tema, tendremos que evitar los tabúes sociales y los dilemas lingüísticos profundamente arraigados derivados de nuestra inexperiencia. Lo que a menudo terminamos haciendo es utilizar analogías eufemísticas, compararla con cosas más agradables de nuestra experiencia, con cosas que nos son familiares.

Quizá la analogía más común sea la comparación entre muerte y sueño. Morir, nos decimos, es como dormirse. Esta figura del lenguaje es muy común en el pensamiento y lenguaje de cada día, así como en la literatura de muchas culturas y épocas. Incluso era corriente en la Grecia clásica. En la Ilíada, por ejemplo, Homero llama al sueño «hermano de la muerte», y Platón, en su diálogo la Apología, pone las siguientes palabras en boca de Sócrates, su maestro, que acaba de ser sentenciado a muerte por un jurado ateniense:

[Si la muerte es sólo dormirse sin sueños], debe ser un maravilloso premio. Imagino que si a alguien se le dijese que escogiera la noche en que durmió tan profundamente que ni siquiera soñó y la comparase con el resto de noches y días de su vida y que dijese entonces, tras la debida consideración, cuántos días y noches más felices había tenido, creo que... [cualquiera] se daría cuenta de que esas noches y días son fáciles de contar en comparación con el resto. Si la muerte es así, la considero ventajosa, pues todo el tiempo, si la miramos de esa forma, puede tomarse como una sola noche .[1]

[1] Platón, Los últimos días de Sócrates. Traducido directamente de la versión inglesa de Hugh Tredennick (Baltlmore: Penguin Books, 1959), pág. 75.

La misma analogía encierra nuestro lenguaje contemporáneo. Consideremos la frase «hacer dormir». Cuando se lleva un perro al veterinario para que lo haga dormir (que lo mate), nos referimos a algo muy distinto a cuando decimos lo mismo a un anestesiólogo con respecto a un familiar. Otros prefieren una analogía diferente, aunque de algún modo relacionada. El morir, dicen, es como olvidar. Al morir se olvidan todas las aflicciones; se borran todos los recuerdos dolorosos.

Por antiguas y extendidas que sean, ambas analogías, la del «sueño» y la del «olvido», son totalmente inadecuadas para confortarnos. Son maneras diferentes de hacer la misma aserción. Aunque lo digan de forma más aceptable, en ambas está implícita la idea de que la muerte es la aniquilación, para siempre, de la experiencia consciente. Entonces, la muerte no tiene ninguno de los rasgos agradables del sueño y el olvido. Dormir es una experiencia positiva y agradable porque va seguida del despertar. Una noche de sueño profundo permite que las horas que siguen sean más agradables y productivas. Sin la condición del despertar no existirían los beneficios del sueño. De igual modo, la aniquilación de toda experiencia consciente no implica sólo la desaparición de los recuerdos desgraciados, sino también la de los felices. En consecuencia, ninguna analogía nos proporciona realmente alivio o esperanza frente a la muerte.

Hay otro punto de vista que rechaza la noción de que la muerte sea la aniquilación de la conciencia. Según esta tradición, posiblemente más antigua, algún aspecto del ser humano sobrevive cuando el cuerpo físico deja de funcionar y acaba por destruirse. Este aspecto ha recibido muchas denominaciones, como psique, alma, mente, espíritu, ser y conciencia. Con uno u otro nombre, la noción del paso a otra esfera de existencia tras la muerte física es una de las más venerables de las creencias humanas. En Turquía existe un cementerio que fue utilizado por los hombres del Neanderthal hace cien mil años. Sus restos fosilizados han permitido a los arqueólogos descubrir que aquellos hombres primitivos enterraban a sus muertos en féretros de flores, lo que nos indica que quizá consideraron la muerte como ocasión de celebración; como transición del muerto de este mundo a otro. Las tumbas de hombres primitivos que encontramos en todo el mundo sirven de evidencia de la creencia en la supervivencia en la muerte corporal.

En resumen, nos enfrentamos con dos respuestas opuestas a nuestra pregunta sobre la naturaleza de la muerte, ambas originadas en tiempos antiguos y ambas ampliamente sostenidas hoy en día. Unos dicen que la muerte es la aniquilación de la conciencia; otros, con igual seguridad, que es el paso del alma o mente a otra dimensión de la realidad. En el resto del libro no deseo rechazar ninguna de las respuestas; sólo pretendo informar de los resultados de una investigación que he acometido personalmente.

En los últimos años me he encontrado con gran número de personas que han pasado por lo que llamaremos «experiencias cercanas a la muerte». Las he conocido de diversas formas. Al principio fue por coincidencia. En 1965, cuando era estudiante de filosofía en la Universidad de Virginia, conocí a un profesor de psiquiatría de la facultad de medicina. Desde el primer momento quedé sorprendido por su amabilidad y cordialidad, pero la sorpresa fue mayor cuando, posteriormente, me enteré de que había estado «muerto» -en dos ocasiones, con diez minutos de intervalo- y que hizo un fantástico relato de lo que le ocurrió en aquel estado. Más tarde lo oí relatar su historia a un pequeño grupo de estudiantes interesados. Quedé muy impresionado, pero como carecía de capacidad para juzgar tales experiencias, me limité a archivarla, tanto en mi mente como en una cinta en la que había grabado la charla.

Unos años después, tras haber recibido el doctorado en filosofía, era profesor en una universidad del este de Carolina del Norte. En uno de los cursos mis alumnos leían el Fedón de Platón, obra en la que la inmortalidad es una de las materias discutidas. En las clases había enfatizado las otras doctrinas presentadas por Platón

en el libro, pasando por alto la discusión de la vida posterior a la muerte. Un día, al acabar la clase, un estudiante me detuvo para hablar conmigo. Me preguntó si podíamos discutir el tema de la inmortalidad. Le interesaba porque su abuela había “muerto” durante una operación y le contó una sorprendente experiencia. Le pedí que me hablara de ella y, para mi sorpresa, me relató casi la misma serie de acontecimientos que había oído al profesor de psiquiatría unos años antes.

A partir de ese momento mi búsqueda de casos se hizo más activa y comencé a incluir lecturas sobre la supervivencia humana a la muerte biológica en mis cursos de filosofa. Decidí, sin embargo, no incluir en ellos las dos experiencias que me fueron relatadas, adoptando la prudente actitud de esperar y ver. Pensaba que si esos informes eran muy comunes llegaría a conocer más de ellos si introducía el tema general de la supervivencia en las discusiones filosóficas; expresaba una actitud de simpatía ante la cuestión y esperaba. Quedé realmente sorprendido cuando descubrí que, de cada clase de treinta alumnos, uno al menos venía a verme después de la lección y me contaba una experiencia personal cercana a la muerte.

Lo que más me llamó la atención desde que se despertó mi interés fue la gran similitud de las historias, a pesar del hecho de haber sido vividas por gente de muy diversos antecedentes religiosos, sociales y culturales. En 1972 me matriculé en una facultad de medicina y conocía ya varias experiencias de ese tipo. Comencé a hablar del estudio informal que estaba haciendo a alguno de los médicos que conocía. Finalmente, un amigo me habló de dar una charla en una sociedad médica y otras conferencias públicas le siguieron. De nuevo se repitió el hecho de que tras cada charla alguien venía a contarme una experiencia personal.

Cuando fui más conocido por mi interés en el tema, los doctores comenzaron a ponerme en contacto con personas a las que habían resucitado y que contaban experiencias inusuales. También he recibido muchos informes por correspondencia tras la aparición en los periódicos de artículos sobre mis estudios.

En estos momentos conozco unos ciento cincuenta casos de este fenómeno. Las experiencias que he estudiado pertenecen a tres categorías distintas:

1) Experiencias de personas que han resucitado después de que sus médicos las consideraron clínicamente muertas.

2) Experiencias de personas que, en el curso de accidentes o enfermedades graves, han estado muy cerca de la muerte física.

3) Experiencias de personas que, al morir, hablaban con otras personas que se encontraban presentes. Posteriormente, estas últimas me informaron del contenido de la experiencia de la muerte.

La gran cantidad de material que puede obtenerse de ciento cincuenta casos me ha obligado, obviamente, a una selección. Por ejemplo, aunque he encontrado informes del tipo tercero que complementaban realmente los de los otros dos tipos, he dejado de considerarlos, por dos motivos: en primer lugar, me permite reducir el número de casos estudiados, con lo que resultan más manejables, y, en segundo lugar, los limita dentro de lo posible a informes de primera mano. De esta forma he podido entrevistar con gran detalle a unas cincuenta personas y soy capaz de informar de sus experiencias. De los casos elegidos, los del tipo primero -en los que se produce realmente la aparente muerte clínica- son más dramáticos que los del segundo -en los que sólo hay un encuentro cercano con la muerte-.

Siempre que he dado conferencias sobre el fenómeno, los episodios de los «muertos» han atraído casi todo el interés. He leído algunas críticas en la prensa en las que me sugerían que sólo debía tratar de ellos.

Al seleccionar los casos que quería presentar en este libro he evitado, sin embargo, la tentación de explayarme tan sólo en los casos del primer tipo, pues, obviamente, los del segundo no son diferentes, sino que más bien forman continuidad con ellos. Además, aunque las experiencias cercanas a la muerte son muy similares, las

personas que las describen y las circunstancias que las rodean varían mucho. En consecuencia, he tratado de dar una muestra de las experiencias que reflejan adecuadamente esa variación. Teniendo en cuenta todo ello, pasemos a considerar lo que puede ocurrir, por lo que he podido descubrir, en la experiencia de la muerte.

2. La experiencia de la muerte

A pesar de las diferencias en las circunstancias que rodean los casos próximos a la muerte y en los tipos de personas que los han sufrido, sigue en pie el hecho de que hay una notable similitud entre los relatos de las experiencias. De hecho, las similitudes entre los distintos informes son tan grandes que pueden elegirse fácilmente quince elementos separados y recurrentes entre el grupo de historias que he recogido. Sobre la base de esta semejanza, construiré una experiencia breve, teóricamente «ideal» o «completa», que encierre todos los elementos comunes en el orden en que se han producido.

Un hombre está muriendo y, cuando llega al punto de mayor agotamiento o dolor físico, oye que su doctor lo declara muerto. Comienza a escuchar un ruido desagradable, un zumbido chillón, y al mismo tiempo siente que se mueve rápidamente por un túnel largo y oscuro. A continuación, se encuentra de repente fuera de su cuerpo físico, pero todavía en el entorno inmediato, viendo su cuerpo desde fuera, como un espectador. Desde esa posición ventajosa observa un intento de resucitarlo y se encuentra en un estado de excitación nerviosa.

Al rato se sosiega y se empieza a acostumbrar a su extraña condición. Se da cuenta de que sigue teniendo un «cuerpo», aunque es de diferente naturaleza y tiene unos poderes distintos a los del cuerpo físico que ha dejado atrás. Enseguida empieza a ocurrir algo. Otros vienen a recibirlo y ayudarlo. Ve los espíritus de parientes y amigos que ya habían muerto y aparece ante él un espíritu amoroso y cordial que nunca antes había visto -un ser luminoso-. Este ser, sin utilizar el lenguaje, le pide que evalúe su vida y le ayude mostrándole una panorámica instantánea de los acontecimientos más importantes. En determinado momento se encuentra aproximándose a una especie de barrera o frontera que parece representar el límite entre la vida terrena y la otra. Descubre que debe regresar a la tierra, que el momento de su muerte no ha llegado todavía. Se resiste, pues ha empezado a acostumbrarse a las experiencias de la otra vida y no quiere regresar. Está inundado de intensos sentimientos de alegría, amor y paz. A pesar de su actitud, se reúne con su cuerpo físico y vive.

Trata posteriormente de hablar con los otros, pero le resulta problemático hacerlo, ya que no encuentra palabras humanas adecuadas para describir los episodios sobrenaturales. También tropieza con las burlas de los demás, por lo que deja de hablarles. Pero la experiencia afecta profundamente a su existencia, sobre todo a sus ideas sobre la muerte y a su relación con la vida.

Hay que tener en cuenta que el relato anterior no trata de ser una representación de la experiencia de una persona. Más bien es un «modelo», un compuesto de los elementos comunes encontrados en muchas historias. Lo he incluido aquí como idea preliminar y general de lo que puede experimentar una persona que está muriendo. Aclarado que es una abstracción en lugar de una experiencia real, en el presente capítulo discutiré con detalle cada uno de los elementos comunes, suministrando varios ejemplos.

Sin embargo, antes de hacerlo así hay que dejar bien sentados unos cuantos hechos con el fin de introducir en una estructura apropiada el resto de mi exposición sobre la experiencia de la muerte.

1) A pesar de las sorprendentes similitudes entre los diversos relatos, ninguno de ellos es idéntico (aunque algunos se aproximen notablemente).

2) No he encontrado a nadie que informe de todos y cada uno de los detalles del modelo. Varios han citado a la mayoría (es decir, ocho o más de los quince) y unos pocos han informado hasta de doce.

3) Ningún elemento del modelo de experiencias ha sido proporcionado por todos los informadores. Sin embargo, alguno de los elementos tiene un carácter casi universal.

4) Ningún componente del modelo abstracto ha aparecido solo en un relato. Cada elemento ha aparecido en varias historias.

5) El orden en que una persona muerta pasa a través de los diversos estadios antes delineados puede variar del que ocupa en el «modelo teórico». Por ejemplo, varias personas afirman haber visto al ser luminoso antes, o al tiempo de abandonar el cuerpo físico, en lugar de como en el modelo, donde se produce poco después. Sin embargo, el orden que he dado es bastante típico y las variaciones no son frecuentes.

6) El grado en que una persona que está muriendo profundiza en la experiencia hipotética depende de si la persona sufre realmente una aparente muerte clínica y, en tal caso, del tiempo que permanece en ese estado. En general, las personas que estuvieron «muertas» dan un relato más vívido y completo de la experiencia que las que sólo han estado cercanas a la muerte, y los que estuvieron «muertos» por un largo periodo profundizan más que los que han estado menos tiempo.

7) He hablado con algunos que fueron considerados muertos, pero resucitaron y regresaron sin informar de ninguno de estos elementos. Alegan que no recuerdan nada en absoluto de sus «muertes». También he entrevistado a personas que estuvieron clínicamente muertas en diferentes ocasiones con intervalos de años y no habían tenido experiencias en todos los casos.

8) Debo poner de relieve que estoy escribiendo sobre informes o relatos que se me han dado verbalmente en el curso de entrevistas. De este modo, cuando observo que un elemento dado del modelo no se produce en un relato determinado, no puede inferirse necesariamente que no le haya ocurrido a la persona implicada. Significa, simplemente, que no me dijo que ello ocurriera, o que no se explicita definitivamente en el relato que hace. Dentro de este marco de referencia, examinemos algunos de los estadios y acontecimientos comunes a la experiencia de la muerte.

Inefabilidad

La comprensión general que tenemos del lenguaje depende de la existencia de una zona amplia de experiencia común de la que participamos casi todos. Ese hecho crea una dificultad importante que complica la discusión que se sucederá en el libro. Los acontecimientos que han vivido los que se han encontrado próximos a la muerte están fuera de esa comunidad de experiencia, por lo que es de esperar que se encuentren con dificultades lingüísticas para expresar lo que les ocurrió. Ciertamente, las personas implicadas caracterizan uniformemente sus experiencias de inefables; es decir, "inexpresables".

Muchos han observado a este respecto que no existían palabras para lo que estaban intentando decir o que no conocían adjetivos y superlativos para describirlo. Una mujer me lo resumió muy bien con las siguientes palabras:

Me encuentro con verdaderos problemas cuando trato de contárselo, pues todas las palabras que conozco son tridimensionales. Conforme tenía la experiencia, pensaba: «Cuando me hallaba en clase de geometría me decían que sólo había tres dimensiones y siempre lo acepté. Estaban equivocados. Hay más.» Nuestro mundo, en el que ahora vivimos, es tridimensional, pero el próximo no lo es. Por eso es tan difícil contárselo. He de describirlo con palabras tridimensionales. Es lo más cercano que puedo conseguir, pero no es realmente adecuado. No puedo darle un cuadro completo.

Oír las noticias

Numerosos individuos afirman haber oído a los doctores o a espectadores en el momento en que les daban por muertos. Una mujer me contó:

Estaba en el hospital, pero no sabían qué me pasaba. El doctor James me dijo que bajara al departamento de radiología para que me miraran el hígado por si descubrían algo. Como tenía alergia a muchos medicamentos, comprobaron lo que me iban a poner en el brazo y, como no hubo reacción, siguieron adelante. Cuando usaron la dosis completa, me quedé paralizada. Oí con toda claridad cómo el radiólogo que estaba conmigo fue hacia el teléfono, marcó un número, y dijo: «Doctor James, he matado a su paciente, Mrs. Martin.» Sabía que no estaba muerta. Traté de moverme y decírselo, pero no pude. Cuando estaban tratando de reanimarme, pude oírlos hablar de los centímetros cúbicos que necesitaba de un medicamento, pero no sentí las agujas ni cuando me tocaron.

Otro de los casos es el de una mujer que ya había tenido problemas con el corazón y tuvo un ataque cardiaco en el que casi perdió la vida. Me contó lo siguiente:

De repente, quedé paralizada por terribles dolores en el pecho. Era como si hubieran rodeado la mitad del pecho con una cinta de hierro y estuvieran apretando. Mi marido y un amigo común me oyeron caer y vinieron corriendo a ayudarme. Me encontraba rodeada por una profunda oscuridad y a través de ella oí a mi esposo diciéndome como desde una gran distancia: «¡Esta vez ha sido definitivo!» Pensé que tenía razón.

Un joven que se creyó muerto después de un accidente de automóvil, cuenta: «Oí a una mujer que preguntaba si estaba muerto y que alguien más le respondía que sí.»

Los informes de este tipo coinciden con lo que los doctores y otros presentes recuerdan. Por ejemplo, un doctor me dijo:

Una paciente mía tuvo un paro cardiaco cuando había otro cirujano conmigo y yo me disponía a operarla. Vi cómo se le dilataban las pupilas. Durante cierto tiempo intentamos reanimarla, pero no teníamos ningún éxito, por lo que pensé que se había muerto. Le dije al colega que estaba trabajando conmigo: «Intentémoslo una vez más, y si no resulta lo dejamos.» Esta vez su corazón volvió a latir. Posteriormente le pregunté si recordaba algo de su «muerte». Me respondió que no mucho, salvo que me había oído decir: «Intentémoslo una vez más, y si no resulta lo dejamos.»

Sensaciones de paz y quietud

Hay muchos que describen sentimientos y sensaciones agradabilísimas durante los primeros estadios de sus experiencias. Tras una grave herida en la cabeza, uno de los signos vitales de un hombre era indetectable. Como él mismo dice:

En el lugar de la herida noté una momentánea sensación de dolor, pero desapareció por completo. Sentí como si flotara en un espacio oscuro. El día era muy frío, y sin embargo, mientras estaba en esa negrura, lo que sentía era calor y la sensación más agradable que había experimentado nunca... Recuerdo que pensé: «Debo estar muerto.»

Una mujer que fue reanimada después de un ataque cardiaco, comenta:

Comencé a experimentar las más maravillosas sensaciones. Lo único que sentía era paz, comodidad: sólo quietud. Todos mis problemas habían desaparecido, y pensé: «Qué paz y quietud, nada me duele.»

Un hombre recuerda:

Tuve una enorme y agradable sensación de soledad y paz... Era muy bello y sentía gran paz en mi mente.

Un hombre que «murió» tras las heridas recibidas en Vietnam, me dijo:

Mientras era herido sentí un gran alivio. No había dolor y nunca me había sentido tan relajado. Me encontraba a gusto y todo era agradable.

El ruido

En muchos casos, los informes que hablan de la muerte o su proximidad se refieren a inusuales sensaciones auditivas. Algunas son muy desagradables. Un hombre que permaneció «muerto» durante veinte minutos en una operación abdominal habla de un «terrible zumbido que venía del interior de mi cabeza. Me hacía sentirme muy incómodo... Nunca lo olvidaré.» Otra mujer habla de que, al perder la conciencia, sintió «una aguda vibración. Podría describirla como un zumbido. Me sentía como en una especie de remolino.» Tan desagradable sensación también me la han descrito como un fuerte chasquido, un fragor, un estallido, y como un «sonido silbante, como el del viento».

En otros casos los efectos auditivos parecían tomar una forma musical más agradable. Por ejemplo, un hombre que revivió tras haber sido considerado como muerto a la llegada a un hospital cuenta que durante su muerte experimentó lo siguiente:

Oí lo que me pareció un tintineo de campanas a mucha distancia, como si viniera impulsado por el viento. Parecían campanas de viento japonesas... Fue lo único que pude escuchar.

Una joven que casi murió por hemorragia interna asociada con un problema de coagulación sanguínea me dijo que en el momento de perder la conciencia comenzó a oír «música de un tipo especial; una soberbia y hermosísima clase de música».

El túnel oscuro

A menudo, junto con el ruido, se tiene la sensación de ser empujado rápidamente por un espacio oscuro. Las personas a quienes he entrevistado utilizan palabras muy diferentes para describirlo: una cueva, un pozo, un hoyo, un recinto, un túnel, un embudo, un vacío, un hueco, una alcantarilla, un valle y un cilindro. Aunque utilicen diferentes terminologías, es evidente que tratan de expresar la misma idea. Veamos dos relatos en los que figura prominentemente el túnel.

Me ocurrió cuando tenía nueve años. Hace veintisiete de ello; pero fue tan sorprendente que nunca lo he olvidado. Una tarde me puse muy enfermo y me llevaron a toda prisa al hospital más cercano. Cuando llegué, dijeron que iban a dormirme, aunque no recuerdo el motivo, pues era muy joven entonces. En aquella época se utilizaba el éter. Me lo suministraron pasándome un paño por la nariz y, según me dijeron después, al instante mi corazón se detuvo. En aquel momento no supe que eso era precisamente lo que me había ocurrido, pero lo importante es que cuando ocurrió tuve una experiencia. Lo primero que sentí fue un ruido rítmico parecido a brrrrrnnnng-brrrrrnnnng brrrrrnnnng. Luego comencé a moverme a través -pensará que es fantasía- de un largo espacio oscuro. Parecía una alcantarilla o algo semejante. Me movía y sentía todo el tiempo ese ruido zumbante.

Otro informante establece lo siguiente:

Tuve una reacción alérgica a una anestesia local y dejé de respirar. Lo primero que ocurrió -bastante rápido fue que pasaba a gran velocidad por un vacío oscuro y negro. Puede compararlo a un túnel. Era como si fuera montado en la montaña rusa de un parque de atracciones y pasara por ese túnel a gran velocidad.

Durante una grave enfermedad, un hombre estuvo tan cerca de la muerte que sus pupilas se dilataron y el cuerpo se le quedó frío.

Me encontraba en un hueco oscuro y negro. Es difícil de explicar, pero me sentía como si me moviera en el vacío a través de aquella negrura. Era plenamente consciente y pensaba que estaba como en un cilindro carente de aire. Me sentía como en el limbo, a medio camino de aquí y a medio camino de algún otro lugar.

Un hombre, que «murió» varias veces tras graves quemaduras y heridas, cuenta:

Estuve en estado de shock durante una semana, y en ese tiempo escapaba repentinamente a ese hueco oscuro. Me parecía estar allí mucho tiempo, flotando y cayendo por el espacio... Estaba tan acostumbrado a ese vacío que no pensaba en nada más.

Antes de esa experiencia, que le ocurrió cuando era niño, un hombre había tenido miedo a la oscuridad. Su corazón dejó de latir a causa de heridas internas producidas en un accidente de bicicleta.

Tuve la sensación de moverme por un profundo y oscurísimo valle. La oscuridad era tan impenetrable que no podía ver absolutamente nada, pero era la experiencia más maravillosa y libre de inquietudes que pueda imaginar.

En otro caso, una mujer, que había tenido peritonitis, relata lo siguiente:

El doctor ya había avisado a mi hermana y hermano para que me vieran por última vez. La enfermera me puso una inyección que me ayudara a morir mejor. Las cosas que me rodeaban en el hospital comenzaron a parecerme cada vez más lejanas. Mientras ellas retrocedían, entraba en un estrecho y oscurísimo pasadizo. Parecía encajar en su interior. Y comencé a deslizarme y a caer, caer, caer.

Una mujer, que estuvo cerca de la muerte tras un accidente de tráfico, traza un paralelo con un programa de televisión.

Una sensación de profunda paz y quietud, sin miedo, tras la cual me sentí en un túnel; un túnel de círculos concéntricos. Poco después vi un programa de televisión, llamado El túnel del tiempo, en el que los personajes viajan por ese túnel en espiral. Es lo más parecido a lo que yo sentí.

Un hombre, que estuvo muy cerca de la muerte, trazó un paralelo con un antecedente de su religión. Lo cuenta así:

De repente, me encontré en un valle muy profundo y oscuro. Había un sendero, casi una carretera, por el valle, y yo descendía por él... Luego, cuando ya estaba bien, pensé: «Ahora sé a qué se refiere la Biblia cuando habla del "valle sombrío de la muerte", pues he estado allí.»

Fuera del cuerpo

Es un tópico decir que la mayoría de nosotros nos identificamos con nuestros

cuerpos físicos. También damos por supuesto que tenemos «mente». Pero a casi todo el mundo la «mente» le parece más efímera que el cuerpo. Después de todo, no es más que el efecto de la actividad química y eléctrica producida en el cerebro, que es parte del cuerpo físico. A muchos les parece incluso imposible imaginar que existen en algo que no sea el cuerpo físico, al que están acostumbrados.

Con anterioridad a sus experiencias, las personas a las que he entrevistado no eran diferentes, como grupo, y por lo que se refiere a esta actitud, de la persona media. Ése es el motivo de que, tras su rápido paso por el túnel oscuro, una persona que ha "muerto" se encuentre tan sorprendida. En aquella circunstancia pudo verse a sí misma mirando a su cuerpo físico desde un punto exterior, como si fuera un «espectador», como si viera a las personas y acontecimientos «en el escenario de un teatro» o «en la pantalla de un cine». Veamos ahora algunas partes de relatos en las que se describen los extraños episodios en que se vieron fuera del cuerpo.

Tenía diecisiete años y trabajaba, junto con mi hermano, en un parque de atracciones. Una tarde fuimos a nadar y se nos unieron otros compañeros. Uno de ellos dijo: «Crucemos el lago a nado.» Ya lo había hecho en numerosas ocasiones, pero ese día, por algún motivo, me hundí en mitad del lago, me quedé medio flotando y de repente sentí como si estuviera fuera de cuerpo, fuera de todo, en el espacio. Me encontraba en un punto estable, sin moverme, desde el que veía mi cuerpo en el agua a tres o cuatro pies, subiendo y bajando. Lo veía desde atrás y un poco lateralmente. Aunque me encontraba fuera, seguía sintiéndome con forma corporal. Tuve una sensación etérea que es casi indescriptible. Me sentía como una pluma.

Una mujer recuerda:

Hace un año ingresé en el hospital con problemas cardiacos, y a la mañana siguiente, mientras me encontraba en casa, comenzó a dolerme mucho el pecho. Pulsé el timbre que tenía al lado de la cama para llamar a las enfermeras. Vinieron y comenzaron a hacerme cosas. Me sentía muy incómoda acostada sobre la espalda y me di la vuelta, pero en ese momento dejé de respirar y el corazón se detuvo. Oí gritar a las enfermeras, mientras sentía que salía de mi cuerpo y me deslizaba entre el colchón y la barandilla que había al lado de la cama -en realidad era como si pasase a través de la barandilla- hasta posarme en el suelo. Luego comencé a elevarme lentamente. Al subir vi que más enfermeras estaban entrando precipitadamente en la habitación; serían unas doce. El doctor estaba haciendo una ronda por el hospital y lo llamaron. También lo vi entrar. Pensé: «¿Qué estará haciendo aquí?» Floté hasta el techo, pasando al lado de la lámpara que colgaba de él, y me detuve allí mirando hacia abajo. Me sentía como si fuera un pedazo de papel que alguien ha arrojado hacia arriba.

Desde allí los miraba mientras intentaban reanimarme. Mi cuerpo estaba tumbado sobre la cama y todos lo rodeaban. Oí decir a una enfermera: «¡Dios mío, ha muerto!», mientras otra se inclinaba para hacerme la respiración boca a boca. La miraba desde atrás mientras lo hacía. Nunca olvidaré su pelo; lo tenía muy corto. Entraron con una máquina y me dieron descargas en el pecho. Al hacerlo, mi cuerpo saltó y pude oír los chasquidos y crujidos de mis huesos. ¡Era algo horrible!

Mientras los veía allí abajo golpeando el pecho y doblando mis brazos y piernas, pensaba: «¿Por qué están haciendo todo eso? Ya me he muerto.»

Un joven al que entrevisté me contó lo siguiente:

Me ocurrió hace dos años, cuando acababa de cumplir diecinueve. Conducía el coche para llevar a su casa a un amigo y, al llegar a una intersección, me detuve para mirar en ambas direcciones y no vi que viniese coche alguno. Me metí en la intersección y oí gritar a mi amigo con todas sus fuerzas. Cuando miré, me cegó una

luz: eran los faros de un coche que se precipitaba hacia nosotros. Escuché el horrible ruido que hizo el lado del coche al estrujarse, y durante un instante me pareció atravesar un espacio cerrado y oscuro. Fue todo muy rápido. Luego me encontré flotando a unos cinco pies por encima de la calle y a cinco yardas del coche, desde donde oí el eco del choque. Vi que la gente corría y se arremolinaba alrededor del lugar del accidente. Mi amigo, en estado de shock, salió del coche. Pude ver mi propio cuerpo en la chatarra entre toda aquella gente y cómo intentaban sacarlo. Mis piernas estaban retorcidas y había sangre por todas partes.

Como es de suponer, por las mentes de las personas que se encontraron en esas situaciones pasaron pensamientos y sensaciones que no se produjeron en todas. A algunas, la noción de hallarse fuera de sus cuerpos les parecía tan impensable que, incluso cuando la estaban experimentando, se sentían muy confusas y durante mucho tiempo no ligaron aquella situación con la muerte. Se preguntaban qué estaba ocurriendo, por qué podían verse desde fuera, como si fueran espectadores.

Las respuestas emocionales a tan extraño estado varían mucho. Algunas informan que al principio sintieron un desesperado deseo de regresar a sus cuerpos, pero que no tenían la más ligera idea de cómo hacerlo. Otras recuerdan que sintieron mucho miedo, casi pánico. Sin embargo, algunas tuvieron reacciones más positivas, como la siguiente:

Enfermé gravemente y el doctor me trasladó a un hospital. Una mañana me rodeó una sólida niebla gris y abandoné el cuerpo. Tuve la sensación de flotar hacia fuera, y cuando miré atrás me vi a mí mismo en la cama, pero no sentí miedo. Me encontraba tranquilo y sereno, con una gran paz, sin sentir la menor preocupación o miedo. Era, simplemente, una sensación de tranquilidad. Pensé que me debía estar muriendo y que así ocurriría si no regresaba al cuerpo.

Las actitudes que los distintos individuos sienten ante los cuerpos que han dejado atrás son muy variables. Es muy común que recuerden sensaciones referentes al cuerpo. Una joven, que en el momento de la experiencia estaba siguiendo cursos de enfermera, expresó un miedo incomprensible:

En la escuela de enfermeras intentaban que comprendiéramos que debíamos donar nuestros cuerpos a la ciencia; pero cuando los veía esforzarse por que respirara de nuevo, pensé: «No quiero que usen mi cuerpo.»

Dos personas más me dijeron que pensaron exactamente lo mismo cuando se encontraron fuera de sus cuerpos. Es curioso, ambas pertenecían a la profesión médica. Uno era doctor y la otra enfermera.

En algún caso, esta preocupación toma la forma de lamento. El corazón de un hombre se detuvo después de una caída en la que su cuerpo quedó destrozado. Recuerda:

Ahora sé que estaba tumbado en la cama, pero entonces veía la cama y al doctor ocupándose de mí. No podía entenderlo, veía mi propio cuerpo tumbado sobre la cama. Me sentí muy mal cuando lo vi tan desecho.

Algunos me han dicho que tuvieron sentimientos de infamiliaridad con respecto a sus cuerpos, como en este sorprendente pasaje:

No entendía que pudiera tener esa forma. Estaba acostumbrado a verme en fotos o frente a un espejo, y en ambos casos parecía plano. De repente yo, o mi cuerpo, estaba allí y podía verlo. Podía verlo perfectamente a cinco pies de distancia. Tardé unos momentos en reconocerme.

En uno de los informes, esta infamiliaridad toma una forma extrema y humorística. Un médico nos cuenta que durante su «muerte» clínica estaba al lado de la cama mirando su propio cadáver, que ya había asumido el típico color gris de los muertos. Desesperado y confuso, trataba de decir qué es lo que podía hacer. Llegó a la conclusión de que debía irse, pues se estaba sintiendo muy mal. De niño, su abuelo le había contado historias de fantasmas y, paradójicamente, «no me gusta estar alrededor de eso que parecía un cuerpo muerto..., ¡ni siquiera aunque fuera yo mismo!»

En el extremo opuesto, algunos me han dicho que no tenían sensaciones particulares con respecto a sus cuerpos. Por ejemplo, una mujer que tuvo un ataque de corazón y sintió que se estaba muriendo se vio empujada a través de una oscuridad hasta el exterior de su cuerpo. Éste es su relato:

No volví la vista atrás para mirar el cuerpo. Sabía que estaba allí y que podía verlo si miraba. Pero no quería verlo, pues sabía que había hecho todo lo que estaba en mi mano en la vida y quería dirigir mi atención a la otra esfera de cosas. Pensaba que volverme para mirar el cuerpo era como hacerlo para mirar el pasado y no lo deseaba.

Similarmente, una joven que tuvo la experiencia tras un accidente en el que recibió varias heridas, cuenta:

Podía ver mi cuerpo enredado en el coche entre todos los que se habían reunido alrededor, pero no sentía nada por él. Como si se tratase del de otra persona, o mejor, de un objeto... Sabía que era mi cuerpo, pero no me producía ninguna sensación.

A pesar de lo extraño de ese estado, la situación se imponía tan repentinamente a la persona muerta que podía pasar algún tiempo antes de que entendiese el significado de lo que estaba ocurriendo. Podía estar fuera del cuerpo algún tiempo, tratando desesperadamente de clasificar las cosas que estaban ocurriendo y que pasaban por su mente, antes de comprender que estaba muriendo o, incluso, que estaba muerta.

Cuando se producía la comprensión, podía llegar con potentes fuerzas emocionales y provocar sorprendentes pensamientos. Una mujer recuerda que pensó: «¡Estoy muerta! ¡Qué maravilla!»

Un hombre me contaba que le llegó el siguiente pensamiento: «Esto debe ser lo que llaman "muerte".» Incluso en el momento de la comprensión, ésta podía acompañarse de una sensación de sorpresa y de un rechazo de aquel estado. Por ejemplo, un hombre, recordando la promesa bíblica de «tres veintenas y diez años», protestó porque apenas había vivido una veintena. Una joven me contó este impresionante relato de esos sentimientos:

Pensé que estaba muerta y no me preocupaba, pero no conseguía saber adónde iría. Mi pensamiento y conciencia eran como los que había tenido en vida, aunque no podía entenderlo. Pensaba: «¿Adónde voy? ¿Qué haré? ¡Dios mío, estoy muerta! ¡No puedo creerlo!» Nadie se cree nunca que va a morir. La muerte es algo que va a ocurrirle a otra persona, nunca te crees de verdad que a ti te sucederá... Por consiguiente, decidí esperar hasta que desapareciera toda la excitación y se llevaran mi cuerpo, tratando mientras tanto de pensar adónde debía ir.

En uno o dos de los casos que he estudiado, las personas muertas cuyas almas, mentes, conciencias -o como quieran llamarlas- se liberaron de sus cuerpos, decían que tras la liberación no se sentían en ningún tipo de «cuerpo». Se sentían conciencias «puras». Una de ellas me dijo que durante la experiencia era como si «pudiera ver todo lo que me rodeaba -incluyendo mi cuerpo yacente-, sin ocupar

espacio alguno»; es decir, como si fuera un punto de conciencia. Otras no recordaban si estaban o no en un cuerpo tras haber abandonado el cuerpo físico, pues se hallaban totalmente embebidas en los acontecimientos que les rodeaban.

Sin embargo, la mayoría de mis entrevistados afirman haberse encontrado en otro cuerpo tras la liberación del físico. No obstante, entramos en un área que es muy difícil tratar. El “nuevo cuerpo” es uno de los dos o tres aspectos de las experiencias de muerte en los que lo inadecuado del lenguaje humano presenta los mayores obstáculos. Casi todos los que me han hablado de ese cuerpo se han sentido frustrados y han alegado que no podían describirlo.

Empero, los relatos de ese cuerpo guardan gran semejanza entre sí. Aunque cada individuo usa diferentes palabras y traza analogías distintas, los diversos modos de expresión caen con gran frecuencia en lo mismo. Todos los informes muestran también bastante acuerdo por lo que respecta a las propiedades y características del nuevo cuerpo. Para adoptar un término que resuma sus propiedades, y dado que ha sido usado por dos de los entrevistados, a partir de ahora lo llamaré «cuerpo espiritual».

Casi siempre fueron conscientes de sus cuerpos espirituales por sus limitaciones. Cuando salían del cuerpo físico trataban desesperadamente de contarles a los otros su situación, pero nadie parecía oírlos. Todo ello queda muy bien ilustrado y extractado en la historia de una mujer que sufrió una parada respiratoria y fue llevada a una sala de emergencia, donde se hizo un intento de reanimación.

Los vi mientras me reanimaban. Era realmente extraño. No me encontraba muy alta; era como si estuviese encima de un pedestal, no muy por encima de ellos, pero lo suficiente para verlos. Traté de hablarles, pero nadie me oía.

Para complicar el hecho de que las personas que lo rodean no lo oyen, el que se encuentra en un cuerpo espiritual se da cuenta pronto de que tampoco lo ven. El personal médico o el resto de personas que se encuentran allí pueden ver a través del cuerpo espiritual sin dar el menor signo de haberse apercibido de su presencia. El cuerpo espiritual también carece de solidez; atraviesa fácilmente los objetos físicos del entorno y no puede agarrar ningún objeto o persona.

Los doctores y enfermeras golpeaban mi cuerpo para reanimarlo y hacerme regresar, y yo no dejaba de repetirles: «Dejadme solo. Quiero que me dejéis solo. Cesad de golpearme.» No me oían. Por tanto, traté de cogerles las manos para que dejasen de golpearme, pero nada ocurría. Nada podía hacer. No sabía lo que ocurría, pero no podía moverles las manos. Trataba de mover y tocar sus manos; cuando las había golpeado, seguían allí. No sé si mis manos las traspasaban, las rodeaban o qué era lo que ocurría. No sentía ninguna presión en sus manos cuando trataba de moverlas.

Otro de los informantes dice:

La gente venía de todas direcciones hasta el lugar del accidente. Desde el estrecho sendero donde me encontraba podía verlos. Al llegar no parecían advertirme. Seguían caminando con la vista al frente. Cuando estaban muy cerca traté de dar la vuelta, de apartarme de su camino, pero pasaron a través de mí.

Tampoco hay variación en que el cuerpo espiritual carece de peso. La mayor parte lo notan cuando, como en algunos de los párrafos seleccionados ya citados, se encuentran flotando hacia el techo de la habitación o en el aire. Algunos lo describen como «una sensación de flotabilidad», una «sensación de ingravidez» o de «ir a la deriva».

Normalmente, en nuestros cuerpos físicos tenemos muchos modos de percepción

que nos informan de en qué parte del espacio se hallan nuestros cuerpos o sus miembros en un momento dado y de si se están moviendo. La visión y el sentido del equilibrio son muy importantes a este respecto, pero hay otro sentido implicado en ello. La cinestesia es nuestro sentido de movimiento o tensión en los tendones, articulaciones y músculos. Normalmente, no somos conscientes de las sensaciones que nos llegan a través del sentido cinestésico, porque esa percepción se ha entorpecido por el uso constante. Sospecho, sin embargo, que si desapareciera de repente notaríamos su ausencia. El hecho es que algunos me hicieron comentarios referentes a que eran conscientes de la falta de sensaciones físicas, de peso corporal, de movimiento y sentido de la posición.

Esas características del cuerpo espiritual, que en un principio pueden verse como limitaciones, también pueden, con igual validez, considerarse como falta de limitaciones. Piénsenlo de esta manera: una persona con cuerpo espiritual está en posición privilegiada con respecto a las personas que la rodean. Pueden verlas y oírlas, pero ellas no pueden hacer lo mismo con ella. (Muchos espías lo considerarían una condición envidiable.) Asimismo, aunque atraviesa el pomo de la puerta cuando quiere tocarlo, no tienen ninguna importancia, pues pronto descubre que puede atravesar la puerta. Una vez que se sabe cómo hacerlo, viajar es extremadamente sencillo en ese estado. Los objetos físicos no presentan ninguna barrera y el movimiento de un lugar a otro puede ser muy rápido, casi instantáneo.

Además, a pesar de la falta de perceptibilidad por parte de la gente con cuerpos físicos, todos los que lo han experimentado están de acuerdo en que el cuerpo espiritual es algo, aunque ese algo sea imposible de describir. Hay común acuerdo en que tiene forma (a veces una nube circular o amorfa y a veces la misma que el cuerpo físico) e incluso partes (proyecciones o superficies análogas a los brazos, piernas, cabeza, etc.). Incluso en los informes en que se habla de configuración redondeada, a menudo se añade que tiene extremos, una parte superior y otra inferior definidas, y a veces los «miembros» antes mencionados.

Ese cuerpo me lo han descrito con términos muy variados, pero me daba cuenta rápidamente que estaban formulando la misma idea en todos los casos. Las palabras y frases que han utilizado los diferentes entrevistados incluyen bruma, nube, como el humo, vapor, transparente, nube de colores, algo tenue, modelo energético, u otras que expresan significados similares.

Finalmente, todos observan una degradación del tiempo en ese estado exterior al cuerpo. Algunos dicen que aunque tienen que describir su estancia en un cuerpo espiritual en términos temporales (pues el lenguaje humano lo es), el tiempo no formaba parte de su experiencia del mismo modo que lo es cuando se está en un cuerpo físico. A continuación incluyo pasajes de cinco entrevistas en las que se habla de algunos de estos aspectos fantásticos de la existencia en un cuerpo espiritual.

1) Perdí el control del coche en una curva, saltó por los aíres y recuerdo haber visto el azul del cielo y que el coche caía en una zanja. Mientras el vehículo se salía de la carretera, pensé: «He tenido un accidente.» En ese momento perdí el sentido del tiempo y mi realidad física por lo que respecta al cuerpo; perdí contacto con mi cuerpo. Mi ser, o mi espíritu, o como quiera llamarlo, se salía de mí, fuera de mi cabeza. No era nada doloroso, era como si se elevara y estuviera por encima de mí...

[Mi «ser»] sintió que tenía densidad, pero no una densidad física; no sé de qué tipo, imagino que ondas o algo semejante. Nada realmente físico, casi como si estuviera cargado, si así quiere llamarlo. Lo cierto es que sentía que tenía algo...; era pequeño, y como si fuera circular, pero sin contornos rígidos.

Podría recordar a una nube... Daba la impresión de que estaba dentro de una envoltura propia...

Para salir del cuerpo, lo hizo primero el extremo grande y luego el más pequeño... Tenía una sensación de ligereza. No había tensión en mi cuerpo [físico]; la sensación era de total separación. Mi cuerpo no tenía peso...

Lo más sorprendente de toda la experiencia fue el momento en que mi ser quedó suspendido por encima de la cabeza. Era como si estuviera decidiendo si se iba o se quedaba. Parecía que el tiempo se hubiera detenido. Al principio y al final del accidente todo se movía muy rápido, pero en ese tiempo particular, una especie de tiempo interior, mientras mi ser estaba suspendido por encima de mí y el coche caía a la zanja, me pareció que tardaba mucho en caer. Además, en ese momento no me sentía muy implicado en el coche, ni en el accidente, ni en mi propio cuerpo; sólo me sentía unido a la mente...

Mi ser no tenía características físicas, pero he de describirlo en esos términos. Podría hablar de ello de muchas maneras, con muchas palabras, pero ninguna sería realmente adecuada. Es difícil de describir.

Finalmente, el coche golpeó contra el suelo y dio varias vueltas, pero mis únicas heridas fueron una torcedura de cuello y un pie magullado.

2) [Cuando salí fuera del cuerpo físico] fue como si saliera de mi cuerpo y entrara en otra cosa. Era otro cuerpo..., pero no un cuerpo humano normal. Era algo diferente. Ni un cuerpo humano ni un globo de materia. Tenía forma, pero no color. Poseía algo que usted podría llamar manos.

No puedo describirlo. Me hallaba demasiado fascinado con todo lo que me rodeaba -ocupado en ver desde fuera mi propio cuerpo- y no pensaba en el tipo de cuerpo en que estaba metido. Todo parecía transcurrir muy de prisa.

Aunque el tiempo no era el mismo, existía. Las cosas parecen sucederse más rápidamente cuando se está fuera de cuerpo.

3) Recuerdo que me llevaron a la mesa de operaciones y que me hallé varias horas en estado crítico. Durante ese tiempo estuve entrando y saliendo de mi cuerpo físico y pude verlo directamente desde arriba. Mientras lo hacía, seguía estando en un cuerpo; no era un cuerpo físico, sino algo que podría describirse como modelo energético. Si tengo que ponerlo en palabras, diría que era transparente, un ser espiritual en oposición a un ser material. Tenía diversas partes.

4) Cuando mi corazón dejó de latir... sentí que era un balón redondo, o casi sería mejor decir que era una pequeña esfera dentro del balón. No puedo describírselo.

5) Estaba fuera del cuerpo y lo miraba desde diez yardas de distancia, pero seguía pensando como cuando estaba en un cuerpo físico. Aquello desde donde pensaba tenía la misma altura. No era un cuerpo, o al menos lo que pensamos que es un cuerpo. Podía sentir algo, una especie de... de envoltura, como una forma transparente, aunque no del todo. Una energía, quizá algo así como una pequeña esfera de energía. No era consciente de ninguna sensación corporal, temperatura o algo semejante.

En sus informes, otros entrevistados han mencionado brevemente la semejanza de forma entre sus cuerpos físicos y los espirituales. Una mujer me dijo que mientras estaba fuera de su cuerpo físico sentía «todas las formas corporales: piernas, brazos, todo; incluso aunque no percibía una sensación de peso». Otra mujer, que vio el intento de reanimación de su cuerpo desde un poco más abajo del techo, dice: «Seguía dentro de un cuerpo. Me inclinaba y miraba hacia abajo. Moví las piernas y noté que una estaba más caliente que la otra.»

En ese estado, según recuerdan algunos, el pensamiento se encuentra tan falto de impedimentos como el movimiento. Una y otra vez he escuchado de mis entrevistados que en cuanto se acostumbraban a la nueva situación comenzaban a pensar más lúcida y rápidamente que en la existencia física. Por ejemplo, hablando de lo que le ocurrió mientras estaba «muerto», un hombre me dijo:

Las cosas que no son posibles ahora lo eran entonces. La mente es tan clara, tan

agradable. Mi mente lo dominaba todo al instante, sin tener que pensar en ello más de una vez. Al cabo de un rato, cuanto estaba experimentando tenía algún significado para mí.

La percepción, en el nuevo cuerpo, es al mismo tiempo semejante y diferente a la percepción en el cuerpo físico. En algunos aspectos, la forma espiritual es más limitada. Ya vimos que no hay sentido cinestésico. En dos casos me informaron que no había sensación de temperatura, mientras que en la mayor parte de ellos hablan de una confortable sensación de calor. Ninguno de los entrevistados habló nunca de olores o sabores.

Por otra parte, los sentidos que se corresponden con los de la vista y el oído permanecen intactos en el cuerpo espiritual, o en realidad son más perfectos que en la vida física. Un hombre me dijo que su visión era increíblemente más poderosa y, según sus propias palabras, "no entiendo cómo podía ver tanto". Una mujer, recordando estas experiencias, observaba: «Daba la impresión de que el sentido espiritual no tuviese limitaciones, de que podía verlo todo en todas partes». En el siguiente relato, de una mujer que salió de su cuerpo tras sufrir un accidente, se describe muy gráficamente ese fenómeno:

Había mucha actividad y la gente corría hacia la ambulancia. Siempre que miraba a una persona para saber lo que estaba pensando se producía un efecto semejante al de una lente de zoom y yo me encontraba allí. Pero parecía que esa parte de mí, a la que llamaré mente, seguía estando en su posición primitiva, a varias yardas de mi cuerpo físico. Cuando quería ver a alguien, parecía como si una parte de mí, como una trazadora, se desplazase hasta allí. Tenía la sensación de que si ocurría algo en cualquier parte del mundo podía ir allí.

Sólo por analogía puede hablarse de sentido del oído en el estado espiritual, pues casi todos afirman no haber escuchado sonidos o voces humanas. Más bien parecen recoger los pensamientos de quienes los rodean y, como veremos más tarde, este mismo tipo de transferencia directa de pensamientos juega un papel importante en los estadios posteriores de las experiencias de muerte.

Una mujer señalaba:

Podía ver a quienes me rodeaban y entender lo que estaban diciendo. No los oía como lo oigo a usted. Era más bien que sabía lo que estaban pensando, pero en mi mente, no en su vocabulario real. Lo sabía un segundo antes de que abrieran la boca para hablar.

Según un informe muy interesante, parece ser que los más graves daños en el cuerpo físico no afectan de ningún modo al espiritual. Un hombre perdió parte de su pierna en un accidente y fue declarado clínicamente muerto. Lo supo porque vio claramente su cuerpo dañado mientras el doctor trabajaba con él. Hablando del tiempo en que estuvo fuera de su cuerpo, cuenta:

Podía sentir mi cuerpo y estaba entero. Lo sabía. Lo sentía entero, y comprendía que todo mi yo se encontraba allí, aunque no estuviese.

En este estado incorpóreo una persona está separada de las otras. Puede verlas y entender sus pensamientos, pero ellas no son capaces de verla ni oírla. La comunicación con los otros seres humanos no existe, ni siquiera a través del tacto, pues el cuerpo espiritual carece de solidez. No es sorprendente, por tanto, que al rato se produzcan profundos sentimientos de aislación y soledad. Un informante me contó que podía ver todo lo que le rodeaba en el hospital: doctores, enfermeras y el resto del personal, pero le era imposible comunicarse con ellos de ninguna manera, por lo que,

según sus propias palabras, “me encontraba desesperadamente solo”.
Muchos otros me han descrito intensos sentimientos de soledad.

Mi experiencia, todas las cosas por las que estaba pasando, era bella, pero indescriptible. Deseaba que hubiera otros conmigo para verlo, y tenía la sensación de que nunca sería capaz de describir a nadie aquello. Me sentía solo porque quería que alguien estuviese a mi lado para compartirlo. Sabía que no era posible, que me encontraba en un mundo privado, y llegué a sentirme algo deprimido.

Otro informante cuenta:

Era incapaz de tocar nada, de comunicarme con alguno de los que me rodeaban. Es una terrible sensación de soledad; te sientes completamente solo y eres consciente de ello.

Y otro:

Estaba asombrado. No podía creer lo que ocurría. No estaba preocupado ni pensaba: «Estoy muerto y mis padres han quedado atrás. Estarán tristes y no los volveré a ver.» Nada de eso pasaba por mi mente.
No obstante, era consciente de estar solo, muy solo; casi como si fuera un visitante de algún otro lugar; como si no tuviese relaciones, como si no existiese amor ni nada semejante. Todo era muy... técnico. En realidad no lo entiendo.

Pronto desaparecen, sin embargo, los sentimientos de soledad de la persona muerta, conforme va profundizando más en sus sentimientos cercanos a la muerte. En determinado momento, vienen otros para ayudarle en la transición que está sufriendo. Pueden tener la forma de otros espíritus, frecuentemente la de parientes o amigos muertos que el individuo ha conocido en vida. En muchos casos de los que he entrevistado aparece un ser espiritual de carácter muy diferente. En las siguientes secciones trataremos de esos encuentros.

Encuentros con otros

Algunos me dijeron que en determinado momento, mientras estaban muriendo -a veces nada más iniciarse la experiencia, a veces después de que habían tenido lugar otros acontecimientos- se daban cuenta de la presencia de otros seres, que estaban allí para facilitarles la transición a la muerte o, en dos casos, para decirles que su tiempo de morir no había llegado y debían regresar a sus cuerpos físicos.

Tuve esta experiencia cuando estaba teniendo un hijo. El parto fue difícil y perdí mucha sangre. El doctor dio el caso por perdido y dijo a mis parientes que estaba muriendo. Sin embargo, me daba cuenta de todo, y cuando le oí decir eso sentí que volvía en mí. Cuando lo hice, me di cuenta de la presencia de multitudes de ellos flotando por el techo de la habitación. A todos los había conocido en mi vida pasada y ya habían muerto. Reconocí a mi abuela y a una compañera de la escuela, así como a otros muchos parientes y amigos. Creo que, sobre todo, vi sus caras y sentí su presencia. Todos parecían complacidos. Era una ocasión de felicidad y sentí que habían venido para protegerme o guiarme. Era como si estuviera volviendo a casa y ellos se encontraran allí para darme la bienvenida. En ese tiempo tuve la sensación de que todo era luminoso y bello. Fue un momento glorioso.

Un hombre recuerda:

Varias semanas antes de mi experiencia de proximidad a la muerte, Bob, un buen

amigo mío, había sido asesinado. Cuando salí de mi cuerpo, tuve la sensación de que Bob estaba allí, a mi lado. Podía verlo en mi mente y sentir su presencia, pero era algo extraño. No lo vi con su cuerpo físico. Podía ver cosas, pero no en forma física, sino algo así como en su apariencia. ¿Tiene algún sentido todo esto? Él estaba allí y no tenía cuerpo físico. Era una especie de cuerpo transparente, y aunque podía sentir todas sus partes -piernas, brazos, etc.-, no las veía físicamente. En aquellos momentos no pensé que fuera extraño, pues no necesitaba verlo con mis ojos. No tenía ojos, además.

Le pregunté: «Bob, ¿adónde voy ahora? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estoy muerto?» Nunca me respondía, no decía una palabra. A menudo, mientras estuve en el hospital, lo vi allí y le repetí las preguntas; pero nunca respondió. El mismo día que el doctor dijo que viviría, él desapareció. A partir de ese momento ni lo vi ni sentí su presencia. Era como si hubiera estado esperando a que pasase esa frontera final para hablarme y darme todos los detalles de lo que iba a suceder.

En algunos casos, los espíritus que encontraron no eran personas a las que hubieran conocido en la vida física. Una mujer me contó que durante su experiencia de separación del cuerpo no sólo vio su propio y transparente cuerpo espiritual, sino el de otra persona que había fallecido recientemente. No sabía de quién se trataba, pero hizo una observación muy interesante: «No veía que esa persona, ese espíritu, tuviese una edad determinada. Ni siquiera yo tenía un sentido del tiempo.»

En unos cuantos casos, los entrevistados han llegado a creer que los seres con los que se encontraban eran sus «ángeles guardianes». A un hombre, el espíritu le dijo: «Te he ayudado en este estadio de la existencia, ahora te haré pasar a otros.» Una mujer me dijo que, mientras estaba abandonando el cuerpo, detectó la presencia de dos seres que se identificaron como «ayudantes espirituales».

En dos casos muy similares me hablaron de haber escuchado una voz que les decía que no estaban muertos y debían regresar. Uno de ellos lo cuenta así:

Oí una voz. No era una voz de hombre, sino algo que está más allá de los sentidos. Me dijo lo que debía hacer -«regresar»- y que no debía sentir miedo por volver a mi cuerpo físico.

Los seres espirituales pueden tener una forma algo más amorfa.

Mientras estuve muerto en aquel vacío hablé con gente; en realidad no puede decirse que hablase con gente corporal. Tenía la sensación de que había gente que me rodeaba. Podía sentir su presencia e incluso sus movimientos, pero no pude ver a nadie. De cuando en cuando hablaba con alguno de ellos, pero no podía verlos. Siempre que preguntaba qué era lo que ocurría recibía un pensamiento de alguno de ellos diciéndome que no pasaba nada, que estaba muriendo pero que sería hermoso. Por tanto, nunca me preocupé de mi condición. Siempre obtenía una respuesta a cada pregunta que hacía. No dejaron mi mente en la incertidumbre.

El ser luminoso

El elemento común quizá más increíble de los relatos que he estudiado, y con toda certeza el que mayor efecto ha producido en el individuo, es el encuentro con una luz muy brillante. Lo típico es que en su primera aparición la luz sea débil, pero rápidamente se hace más brillante, hasta que alcanza un resplandor sobrenatural. A pesar de que esta luz -generalmente dicen que es blanca o «transparente»- tiene un brillo indescriptible, muchos de los entrevistados especifican que no daña a la vista, ni deslumbra, ni impide ver las cosas que los rodean -quizá porque en ese momento ya no tengan ojos físicos para «deslumbrarse».

No obstante la inusual manifestación de luz, nadie ha expresado duda con respecto

a que era un ser, un ser luminoso. Todos afirman que es un ser personal, que tiene una personalidad bien definida. El amor y calidez que emanan de él hacia la persona que está muriendo carecen de palabras para expresarse, pero ésta se encuentra totalmente rodeada y poseída por él, muy a gusto y totalmente aceptada en su presencia. Siente una irresistible atracción magnética ante ese ser, una atracción inevitable.

Mientras que la anterior descripción del ser luminoso permanece siempre inalterable, su identificación varía entre los diferentes individuos y parece estar en función de los antecedentes religiosos, educación o creencias del individuo que ha sufrido la experiencia. Casi todos los cristianos por educación o creencia identifican la luz con Cristo o trazan paralelos bíblicos en apoyo de su interpretación. Un hombre y una mujer judíos lo identificaron con un «ángel». En ambos casos, los sujetos dejaron bien claro que ello no implicaba que el ser tuviera alas, tocara el arpa o tuviera forma o apariencia humanas. Sólo era luz. Ambos se referían a que consideraban al ser como un emisario o guía. Un hombre que no había tenido creencias ni educación religiosas antes de la experiencia lo identificaba simplemente con un «ser luminoso». La misma etiqueta utilizó una señora de fe cristiana, quien no parecía oponerse mucho a llamar Cristo a la luz.

Poco después de su aparición, el ser comienza a comunicarse con la persona que está sufriendo la transición. La comunicación es igual de directa que las que encontramos antes en la descripción de la forma en que una persona en el cuerpo espiritual puede «recoger los pensamientos» de los que lo rodean. En este estadio, todos afirman que no oyeron sonidos físicos o voz que proviniese del ser, y no le respondieron con sonidos audibles. Informan que tuvo lugar una transferencia directa y sin impedimentos de pensamientos, y que además se hacía en forma tan clara que no había posibilidad de malinterpretarlo o mentirle.

Además, ese intercambio comunicativo no se produce en la lengua nativa del sujeto, aunque la entiende perfectamente y toma conciencia de todo instantáneamente. Ni siquiera puede traducir los pensamientos que intercambiaron, cuando estaba cerca de la muerte, al lenguaje humano que habla ahora, después de haber sido reanimado.

El siguiente estadio de la experiencia ilustra perfectamente las dificultades de traducción de este lenguaje sin palabras. El ser dirige un pensamiento, casi inmediatamente, a la persona en cuya presencia ha aparecido de manera tan sorprendente. Usualmente, las personas con quienes he hablado tratan de formular el pensamiento en forma de pregunta. Entre las traducciones que he oído se encuentran: «¿Estás preparado para morir?», «¿estás listo para morir?», «¿qué puedes enseñarme de lo que has hecho con tu vida?», «¿qué has hecho con tu vida que sea suficiente?» Las dos primeras formulaciones, referidas a la «preparación», pueden, a primera vista, tener un sentido diferente a las otras dos, que enfatizan la «realización». Opino que todos tratan de expresar el mismo pensamiento, y tal idea es apoyada, en cierta manera, por la siguiente cita de una de las mujeres entrevistadas:

Lo primero que hizo fue preguntarme si estaba lista para morir o qué había hecho con mi vida que quisiera enseñarle.

Incluso en las formas más inusuales de construir la pregunta se descubre, tras la debida elucidación, que tienen en gran parte el mismo sentido. Por ejemplo, un hombre me dijo que, durante su muerte,

La voz me hizo una pregunta: «¿Vale la pena?» Lo que quería decir era si el tipo de vida que había llevado hasta ese momento me parecía válido entonces, sabiendo lo que sabía.

Dicho sea de paso, todos insisten en que la pregunta, por extrema y profunda que

pueda ser en su impacto emocional, no se plantea en absoluto como condena. Todos están de acuerdo en que no dirige la pregunta para acusarlos o amenazarlos, pues, sin importar cuál vaya a ser la respuesta, siguen sintiendo la aceptación y el amor total proveniente del ser luminoso. La cuestión los hace pensar en sus vidas, sonsacárselas. Podría decirse que es una pregunta socrática, que no se hace para adquirir información, sino para ayudar a la persona interrogada a que escoja por sí misma el camino de la verdad. Veamos algunos informes de primera mano de ese fantástico ser:

1) Oí a los doctores cuando dijeron que había muerto y comencé a sentir que estaba cayendo -en realidad era como si flotase- por aquella oscuridad, que era una especie de cápsula. Lo cierto es que no hay palabras para describirlo. Todo era muy negro salvo, a gran distancia, esa luz. Era muy brillante, aunque no muy grande al principio. Crecía conforme me iba acercando a ella.

Trataba de llegar a esa luz, pues sentía que era Cristo. No era una experiencia atemorizadora. Al contrario, resultaba agradable hasta cierto punto. Inmediatamente conecté la luz con Cristo, quien dijo: «Yo soy la luz del mundo.» Me dije a mí misma: «Si es así, si voy a morir, ya sé lo que me espera al morir: esa luz.»

2) Entré a la sala y fui a servirme una copa. En ese momento, como descubrieron más tarde, se me produjo el ataque de apendicitis. Me quedé muy débil y caí al suelo. Comencé a sentir que iba a la deriva, un movimiento de mi ser real dentro y fuera de mi cuerpo, y a oír una música muy bella. Floté por la sala y salí de ella hacia el porche. Allí casi tuve la impresión de que las nubes, en realidad una neblina rosada, comenzaba a reunirse a mi alrededor. Luego floté a través del techo, como si no existiese, hacia una luz transparente como el cristal puro, una luz blanca resplandecedora. Era muy hermosa y muy brillante, pero no me hacía daño en los ojos. No es posible describir aquí esa luz. No veía realmente a una persona en ella, pero tenía una identidad especial. Era una luz de comprensión y amor perfectos.

A mi mente llegó el pensamiento: «¿Me amas?» No lo formuló exactamente como una pregunta, pero sospecho que la connotación de lo que la luz dijo fue: «Si me amas, regresa a la vida y completa lo que iniciaste en ella.» Durante todo el tiempo tenía la impresión de estar rodeado por un amor y una compasión irresistibles.

3) Sabía que estaba muriendo y que nada podía hacerse, ya que nadie podía oírme... Estaba fuera de mi cuerpo; no me cabía la menor duda, pues podía verlo en la mesa de operaciones. ¡Mi alma estaba fuera! Todo ello hizo que al principio me sintiera muy mal, pero entonces vino esa luz brillante. Parecía un poco apagada al principio, hasta que se convirtió en ese enorme haz. Era una tremenda cantidad de luz; no un gran foco brillante, mucho más. Me daba calor y me invadió una cálida sensación.

Era de un blanco brillante y amarillento...; predominaba el blanco. Tremendamente brillante, tanto que no puedo describirlo. Parecía cubrirlo todo y, al mismo tiempo, no me impedía ver cuanto me rodeaba: la mesa de operación, los doctores y enfermeras. Podía verlo todo porque no me cegaba.

Al principio, cuando la luz llegó, no estaba muy seguro de lo que ocurría, pero luego me preguntó -bueno, fue algo parecido a una pregunta- si estaba listo para morir. Era como hablar con una persona, aunque no había allí ninguna. La luz hablaba conmigo, sonoramente.

Pienso ahora que la luz que me hablaba comprendía que no estaba preparado para morir, que se trataba más de probarme que de otras cosa. Desde el momento en que la luz me habló me sentí muy bien, seguro y amado. No es posible imaginar ni describir el amor que llegaba hasta mí. Era agradable estar con esa persona. Y tenía también sentido del humor.

La revisión

La inicial aparición del ser luminoso y sus preguntas de prueba sin palabras constituyen el preludio de un intenso momento en que el ser presenta a la persona una revisión panorámica de su vida. Es obvio que ese ser puede ver la vida del individuo y no necesita información. Su única intención es provocar la reflexión.

La revisión sólo puede describirse en términos de memoria, pues es el fenómeno que más se le parece de entre los que estamos familiarizados, pero tiene unas características que lo diferencian de cualquier tipo normal de recuerdo. En primer lugar, es extraordinariamente rápida. Esos recuerdos, en los casos en que reciben una descripción temporal, se siguen unos a otros a gran velocidad en orden cronológico. Otros entrevistados no tienen conciencia de un orden temporal. El recuerdo fue instantáneo; todo apareció al mismo tiempo y pudieron aprehenderlo todo con una mirada mental. Sea cual sea la forma en que lo expresan, todos están de acuerdo en que la experiencia transcurre en un instante de tiempo terrestre.

A pesar de la rapidez, mis informantes están de acuerdo en que la revisión, casi siempre descrita como una exhibición de imágenes visuales, es increíblemente vívida y real. En algunos casos se informa de que las imágenes son de color vibrante, tridimensionales, e incluso móviles. Aunque pasan con extrema rapidez, cada imagen es percibida y reconocida. Hasta las emociones y sentimientos asociados con las imágenes pueden ser experimentados de nuevo conforme van pasando.

Algunos de los que yo he entrevistado afirman que, aunque no pueden explicarlo, el hecho es que todo lo que habían hecho en la vida estaba en esa revisión: desde lo más insignificante a lo más significativo. Otros hablan de que sólo vieron los momentos cumbres de sus vidas. Algunos cuentan que hasta en el periodo posterior a la experiencia de revisión podían recordar con todo detalle los acontecimientos de sus vidas.

Algunos lo identifican con un intento educativo por parte del ser luminoso. Mientras ellos ven la exhibición, el ser parece poner de relieve dos cosas en la vida: aprender a amar a los demás y adquirir conocimiento. Veamos un relato representativo de esto.

Cuando apareció la luz, lo primero que me dijo fue: «¿Qué tienes que enseñarme de lo que has hecho con tu vida?», o algo parecido. En ese momento comienzan las visiones retrospectivas. Me pregunté qué estaba sucediendo, pues de repente había regresado a mi infancia. A partir de ese instante fue como si pasara desde mi primera infancia, año a año, hasta aquel momento.

Realmente es extraño en dónde empezó: cuando era una niña y jugaba en el riachuelo vecino. Hubo más escenas de esa época: experiencias que había tenido con mi hermana y con gentes de la vecindad y los lugares reales en los que había estado. De repente me encontré en el jardín de infancia y vi un juguete que me gustaba mucho en el momento en que lo rompí; y lloré durante mucho tiempo. Fue una experiencia realmente traumática. Las imágenes continuaron repasando mi vida y recordé cuando estaba en la escuela de niñas y fuimos al campo. Recordé muchas cosas sobre la escuela pública. Luego me encontré en la escuela superior, fue un gran honor ser elegida para el grupo de estudiantes avanzados, y recordé el momento de la elección. De allí pasé a otra escuela superior más avanzada, a la graduación y a los primeros años de universidad, en los que me encontraba en ese momento.

Las visiones retrospectivas se producían en orden cronológico y eran muy vívidas. Las escenas eran idénticas a cuando las ves en realidad: tridimensionales y en color. Además, se movían. Por ejemplo, cuando me vi a mí misma rompiendo el juguete, pude ver todos los movimientos. No los estaba viendo siempre desde mi propia perspectiva. Es como si la niña que veía fuera alguien más, en una película, una niña más jugando entre otras. Sin embargo, era yo. Me vi haciendo cosas de niños, exactamente las mismas cosas que había hecho, pues las recordaba.

Mientras observaba todo aquello no vi la luz. Desapareció nada más preguntarme

lo que había hecho y comenzaron las visiones, pero sabía que seguía conmigo todo el tiempo, que me llevaba a través de las visiones, pues sentí su presencia y hacía comentarios. Trataba de enseñarme algo en cada uno de los episodios. No estaba tratando de ver lo que estaba haciendo -ya lo sabía-, sino que elegía determinados momentos de mi vida y los ponía frente a mí para que tuviera que recordarlos.

A través de todos ellos seguía poniendo de relieve la importancia del amor. Los momentos en que me lo mostró mejor implicaban a mi hermana; siempre había estado muy cerca de ella. Vi algunos momentos en que había sido egoísta con ella, pero también otros en que la había amado y había compartido cosas. Me señaló que debía intentar hacer cosas para otras personas, que debía intentarlo al máximo. Sin embargo, no era una acusación ni nada que pudiera parecérsele. Cuando pasábamos por episodios en los que había sido egoísta, su actitud es que debía aprender también de ellos.

Otra de las cosas que le interesaba mucho era el conocimiento. Me señaló las cosas que debía hacer con lo aprendido, y dijo que iba a continuar aprendiendo, y que cuando regresara -pues en esos momentos ya me había dicho que iba a hacerlo- habría siempre una búsqueda de conocimiento. Dijo que es un proceso continuo, por lo que tuve la sensación de que prosigue después de la muerte. Creo que mientras veíamos las escenas estaba tratando de enseñarme.

Todo era realmente extraño. Yo estaba allí viendo las visiones retrospectivas; las revivía y todo era muy rápido. Sin embargo, la velocidad era suficiente para que pudiera aprehenderlas. No transcurrió mucho tiempo. La luz vino, tuve las visiones y se marchó. Debieron ser menos de cinco minutos y más de treinta segundos, pero no puedo decirlo con seguridad.

Sólo me asustó enterarme de que no podía terminar todavía mi vida terrena. Con las visiones retrospectivas disfruté, era agradable. Había regresado a la niñez, casi la había revivido. Era una forma de regresar y ver que ordinariamente no puede hacerse.

Es de señalar que hay informes en los que se produce la revisión sin que haya aparecido el ser luminoso. Por regla general, en las experiencias aparentemente «dirigidas» por el ser la revisión es más apasionante. Sin embargo, es usualmente caracterizada como vívida y rápida y como exacta, tanto si el ser aparece como si no, y tanto si se produce en una experiencia cercana a la «muerte» como si lo hace durante una aproximación.

Tras atravesar aquel lugar largo y oscuro, todos los pensamientos de la niñez, mi vida entera, estaban allí, frente a mí, al final del túnel. Creo que tenían más la forma de películas que de pensamientos. No puedo describírselo con exactitud, pero todo estaba allí, al mismo tiempo. Quiero decir que no aparecía y desaparecía un acontecimiento, sino que todo, absolutamente todo, se producía al mismo tiempo. Pensé en mi madre, en las cosas que había hecho mal. Tras ver las pequeñas cosas que hice de niño y haber pensado en mi madre y mi padre, deseé no haber hecho esas cosas y poder regresar y deshacerlas.

En los dos ejemplos siguientes, aunque no se había producido muerte clínica en el momento de la experiencia, tuvieron lugar con verdadera tensión psicológica o con heridas.

Toda la situación se desarrolló repentinamente. Había tenido un poco de fiebre y malestar durante dos semanas, pero esa noche me puse muy enfermo y me sentí mucho peor. Estaba en la cama y recuerdo haber intentado incorporarme para decirle a mi mujer que estaba muy enfermo, pero me resultó imposible moverme. Después me encontré en un hueco totalmente negro y las imágenes de toda mi vida pasaron frente a mí. Regresé a la época en que tenía seis o siete años y recordé a un buen amigo de la escuela pública. Pasé de allí a la escuela superior, al colegio, a mis estudios de

dentista y a la práctica profesional.

Supe que estaba muriendo, y recuerdo haber deseado dejar medios de mantenimiento a mi familia. Me inquietaba sentirme morir y que hubiese cosas que había hecho y lamentaba, así como otras que sentía haber omitido.

Diría que las imágenes de la visión tenían la forma de películas mentales, aunque eran mucho más vívidas que las normales. Sólo vi los momentos cumbres, y era tan rápido que daba la impresión de ver parte de toda mi vida y ser capaz de hacerlo en pocos segundos. Pasaba ante mí como una película en movimiento a tremenda velocidad, que, sin embargo, era capaz de ver y comprender totalmente. No había tiempo para que las emociones volvieran con las imágenes.

No vi nada más durante la experiencia. Salvo las imágenes, todo era oscuridad. Sin embargo, todo el tiempo sentí la presencia de un ser amante enormemente poderoso.

Es realmente interesante. Cuando me recobré, podía contarles a todos cualquier parte de mi vida con gran detalle. Es toda una experiencia, pero difícil de poner en palabras, pues ocurre con excesiva rapidez, sin que ello pierda claridad.

Un joven veterano describe así su revisión:

Mientras servía en Vietnam recibí varias heridas, más tarde me consideraron «muerto» a causa de ellas, aunque en todo momento era consciente de lo que estaba ocurriendo. Recibí seis impactos de ametralladora, pero no me sentí preocupado. Reviví en mi mente el instante en que fui herido. No estaba atemorizado y me sentía muy a gusto.

En el momento del impacto mi vida pasó frente a mi como una película, regresé al tiempo en que era un niño, desde donde las imágenes fueron progresando a través de toda la vida.

Puedo recordarlo todo, pues era muy vívido. Pasaba con gran claridad frente a mí. En poco tiempo pasé de las primeras cosas que podía recordar hasta aquel momento. No era nada desagradable, y no me lamenté ni tuve sentimientos de culpa.

Si he de hacer una comparación, lo mejor que encuentro es una serie de cuadros; como diapositivas. Es como si alguien estuviese pasándome diapositivas a gran velocidad.

Para terminar, un caso de extrema emocionalidad. La muerte fue inminente aunque no se habían producido heridas.

El verano siguiente a mi primer año de colegio universitario acepté el trabajo de conductor de un tractor que arrastraba una camioneta. Ese verano tenía el problema de quedarme dormido al volante. Una mañana, bien temprano, hacía un largo viaje e iba dando cabezadas. Lo último que recuerdo fue haber visto una señal de carretera, tras lo cual me dormí. Luego oí una terrible rozadura. El neumático exterior derecho estalló y, a causa del peso y la inclinación de la camioneta, lo mismo ocurrió con los izquierdos. Quedó sobre uno de sus lados y se deslizó hacia abajo en dirección a un puente. Me asusté al darme cuenta de lo que estaba ocurriendo: el tractor iba a estrellarse contra el puente.

Durante el tiempo que se deslizaba pensé todas las cosas que había hecho. Sólo vi algunas, las más culminantes, pero eran muy reales. En el primer recuerdo seguía a mi padre mientras caminaba por la playa; tenía dos años. En orden cronológico fui viendo más cosas de mis primeros años y recordé haber roto el coche rojo nuevo que me habían regalado en Navidad. Recuerdo haber llorado cuando fui por primera vez a la escuela, con un impermeable amarillo limón que me había comprado mi madre. Recordé algo de cada uno de los años que pasé en la escuela pública: a cada uno de mis profesores y un poco de cada año. Luego fui a la escuela superior de primer grado, me saqué el permiso de conducir y comencé a trabajar en una tienda de ultramarinos. Recordé hasta ese momento, un poco antes de comenzar el segundo

año.

Esas cosas y algunas otras pasaron por mi mente con gran rapidez. Posiblemente no duró más de una décima de segundo. Ahí terminó todo y me quedé mirando al tractor. Pensé que estaba muerto, que era un ángel. Me pellizqué para saber si estaba vivo, si era un fantasma o qué cosa era.

El vehículo estaba destrozado, pero no me hice ni un rasguño. De alguna manera conseguí saltar por el parabrisas, pues los cristales estaban rotos. Cuando me calmé, pensé que era extraño que esas cosas que ocurrieron en mi vida y tanto me habían impresionado hubieran pasado por mi mente en esos momentos de crisis. Ahora podría recordarlas y describirlas una a una, pero tardaría como mínimo quince minutos. Todo había pasado enseguida, automáticamente, en menos de un segundo. Era sorprendente.

La frontera o límite

En algunos casos me han contado que durante la experiencia se aproximaron a lo que podría llamarse frontera o límite. En los diversos relatos ha tomado la forma de masa de agua, niebla gris, una puerta, un cercado o simplemente una línea. Aunque sea una especulación, cabe preguntarse si no habrá una sola experiencia básica o idea en la raíz de todos ellos. Si ello es cierto, las distintas versiones representarán tan sólo las diferentes maneras individuales de interpretar, describir o recordar la base de la experiencia. Veamos algunos relatos en los que juegas un papel predominante la idea de frontera o límite.

1) «Fallecí» tras un paro cardiaco y de repente me encontré en un campo que giraba. Era hermoso y de un verde intenso; un color que desconocemos en la tierra. Me rodeaba una hermosa luz.

Miré hacia delante, al campo, y descubrí una valla. Me dirigí hacia ella y vi a un hombre al otro lado que también caminaba hacia la valla, pero en dirección opuesta a la mía, como si desease encontrarme. Quise alcanzarlo, pero me sentí atraído irresistiblemente hacia atrás. Al mismo tiempo lo vi dar la vuelta y alejarse de la valla

2) Esta experiencia tuvo lugar durante el nacimiento de mi primer hijo. Al octavo mes de embarazo enfermé de algo que mi doctor describió como condición tóxica y me pidió que ingresara en el hospital para tener el hijo. Nada más acabar el parto sufrí una grave hemorragia que tuvieron dificultades para controlar. Era consciente de lo que estaba pasando, ya que, como yo misma era enfermera, comprendía el peligro existente. En aquel momento perdí la conciencia y escuché un molesto zumbido. En la siguiente imagen que vi navegaba en una nave o una pequeña vasija hacia el otro lado de una masa de agua. En la otra orilla pude ver a los seres queridos que habían muerto: mi madre, mi padre, mi hermana, y otros. Podía verlos, incluso sus rostros, como los conocí en la tierra. Me llamaban y pedían que fuera allí, y mientras tanto yo les decía: «No, no. No estoy preparada para unirme a vosotros. No quiero morir. No estoy preparada para ir.»

La experiencia fue muy extraña, pues durante todo el tiempo podía ver a los doctores y enfermeras trabajando con mi cuerpo, pero era más como si fuera una espectadora en lugar de la persona -el cuerpo- con la que estaban trabajando. Trataba desesperadamente de comunicarle al doctor que no iba a morirme, pero nadie podía escucharme. Todo -los médicos, las enfermeras, la sala de partos, la nave, el agua y la costa distante- formaba una especie de conglomerado. Todo estaba mezclado, como si una escena tuviera sobreimpresa la otra.

La nave casi alcanzó la costa distante, pero cuando iba a hacerlo dio la vuelta y tomó la dirección opuesta. Finalmente, logré comunicar con el doctor y decirle: «No voy a morir.» Creo que fue en ese momento cuando volví a entrar en el cuerpo y el doctor explicó lo ocurrido. Había tenido una hemorragia posterior al parto y casi me

muero, pero iba a ponerme bien.

3) Me hospitalizaron por una grave afección en los riñones y estuve en coma durante una semana. Los médicos no sabían si sobreviviría. Durante ese periodo de inconsciencia sentí que me elevaba, como si no tuviera cuerpo físico. Se me apareció una brillante luz blanca. Tenía tal resplandor que no podía ver a través de ella, pero estar en su presencia resultaba tranquilizador y maravilloso. En la vida física no existe ningunas experiencia semejante. Mientras estaba en su presencia llegaron a mi mente los siguientes pensamientos: «¿Quieres morir?» Contesté que no lo sabía, pues nada conocía de la muerte. Entonces la luz blanca me dijo: «Traspasa esa línea y lo aprenderás.» Sentí que era consciente de la línea que había frente a mí, aunque en realidad no podía verla. Cuando la crucé, me inundaron los más maravillosos sentimientos de paz y tranquilidad y desaparecieron todas mis preocupaciones.

4) Tuve un ataque de corazón y me encontré en un hueco negro. Me daba cuenta de que había dejado el cuerpo físico. Sabía que estaba muriendo, y pensé: «¡Dios mío, hice todo lo que pude según lo que sabía en cada momento. Por favor, ayúdame!» Inmediatamente la negrura se tornó gris pálido y seguí moviéndome y deslizándome con rapidez hasta que enfrente de mí, muy distante, pude ver una niebla gris y me precipité hacia ella. Tenía la impresión de que no me acercaba tan deprisa como era mi deseo, pero cuando me aproximé lo bastante pude ver a través de ella. Más allá de la niebla había gente, y sus formas eran como las de los terrestres. También vi algo que podría tomarse como edificios. Todo era penetrado por una maravillosa luz: un resplandor vivo de amarillo dorado, pero de color pálido, no ese dorado duro que conocemos aquí.

Cuando me acerqué más, me sentí segura de que iba a atravesar la neblina. Tuve una sensación de maravillosa alegría; no hay palabras para describirlo en ningún lenguaje humano. No me había llegado el momento de cruzar la niebla, pues al instante apareció en el otro lado mi tío Carl, que había muerto unos años antes. Cerró el camino, y me dijo: «Regresa. No has completado tu labor en la tierra. Regresa ahora.» Si bien no quería hacerlo, no tenía otra alternativa, y enseguida estaba de vuelta en el cuerpo. Sentí un terrible dolor en el pecho y oí a mi hijo pequeño diciendo: «¡Dios mío, devuélveme a mamál»

5) Me llevaron al hospital en un estado crítico que llamaron «inflamación», y el médico dijo que no iba a superarlo. Avisó a los parientes cercanos porque no iba a vivir mucho tiempo. Llegaron y se reunieron alrededor de la cama, y mientras el doctor decía que estaba muriendo me pareció que mis parientes se alejaban. Era como si en vez de irme yo fueran ellos los que viajaran hacia atrás. Se hacían más y más oscuros, pero los veía. Perdí la conciencia y no supe nada más de lo que ocurría en la sala del hospital, sólo que estaba en un estrecho pasadizo en forma de u. Como un agujero de la anchura de un sillón. Pasaba justamente mi cuerpo con los brazos y manos pegados a los costados. Pasó primero la cabeza y estaba oscuro, con una oscuridad de las de allí. Me movía por él, y al final vi una hermosa puerta pulimentada que no tenía pomo. Al lado de la puerta había una luz muy brillante. Parecía que todo el mundo era muy feliz allí y los rayos se movían y agitaban. Daba la impresión de que todos estaban muy ocupados. Miré hacia arriba, y dije: «Señor, aquí estoy. Si me quieres, tómame.» Me tiró hacia atrás con tanta rapidez que sentí que había perdido la respiración.

El regreso

Como es obvio, todas las personas con las que he hablado han «regresado» desde algún punto de la experiencia. Por regla general, se ha producido en ellas un interesante cambio de actitud. Recordemos que los sentimientos más comunes

informados en los primeros estadios de la experiencia eran un desesperado deseo de regresar al cuerpo y lamentaciones por el propio fallecimiento. Sin embargo, una vez que la persona había alcanzado cierta profundidad en la experiencia ya no quería regresar, e incluso se resistía a hacerlo. Así ocurrió, sobre todo, con los que habían ido lo bastante lejos para encontrarse con el ser luminoso. Como señaló un hombre de la manera más enfática: «*Nunca* quise abandonar la presencia de aquel ser.»

Las excepciones a esta generalización son frecuentemente aparentes, no reales. Algunas madres que tenían hijos pequeños en el momento de la experiencia me dijeron que, aunque por ellas mismas hubieran preferido seguir donde estaban, sintieron la obligación de regresar y educar a los hijos.

Me preguntaba si me quedaría allí, pero mientras lo hacia recordé a mi familia, mis tres hijos y mi marido. Lo que siguió es lo más difícil de decir: cuando en presencia de esa luz tuve esa maravillosa sensación ya no quise regresar. Sin embargo, me tomé mis responsabilidades en serio, y comprendí que tenía un deber con la familia. Por tanto, decidí regresar.

En algunos casos me han contado que aunque se sentían cómodos y seguros en su nueva existencia sin cuerpo, e incluso estaban gozando de ello, se sintieron felices de poder regresar a la vida física porque habían dejado sin hacer alguna tarea importante. En algunos casos tomó la forma de un deseo de completar una educación.

Llevaba ya tres años en el colegio y sólo me faltaba uno para terminar. Pensé: «No quiero morir ahora.» Creo que si la experiencia llega a durar un poco más, de haber estado más tiempo con esa luz, ya no habría pensado más en mi educación, pues me hubiera entregado totalmente a las cosas que estaba experimentando.

Los relatos que he recogido presentan una gran variación al llegar al momento del modo de regreso a la vida física y al motivo del retorno. Casi todos afirman que no saben cómo o por qué regresaron, o que sólo pueden hacer conjeturas. Unos pocos piensan que fueron sus propias decisiones de regresar al cuerpo y retornar a la vida terrena los factores decisivos.

Me hallaba fuera de mi cuerpo y comprendí que debía tomar una decisión. Sabía que no podía estar mucho tiempo así -muchos no podrán entender esto, pero para mí entonces estaba perfectamente claro-, por lo que tenía que decidir si me iba o regresaba.

Era maravilloso poder cruzar al otro lado, y creo que quería quedarme. Pero, en cierta manera, saber que tenía algo bueno que hacer en la tierra era igual de maravilloso. Por tanto, pensé: «Sí, debo regresar y vivir», y volví el cuerpo físico. Casi estoy por creer que yo mismo detuve la hemorragia. En cualquier caso, lo cierto es que enseguida me recuperé.

Hay otros que piensan que la vida les fue permitida por «Dios» o por el ser de la luz, ya como respuesta a un requerimiento propio -generalmente porque la petición se hizo sin motivos egoístas-, o porque Dios o el ser tenían alguna misión para ellos.

Me encontraba encima de la mesa y podía ver todo lo que estaban haciendo. Sabía que me moría y que así sería, pero me preocupé por mis hijos y por quién cuidaría de ellos. Por tanto, no estaba preparada para irme y el Señor me permitió vivir.

Como recuerda uno de los entrevistados:

Dios fue bueno conmigo, pues estaba muerto y permitió que los doctores me resucitaran para cumplir un fin. Se trataba de ayudar a mi esposa, que tenía un

problema alcohólico y no podía seguir adelante sin mí. Se encuentra mucho mejor ahora, y estoy convencido de que su mejoría tiene relación con lo que pasó.

Una joven madre cuenta:

El Señor me envió de regreso, pero no sé por qué. Lo sentí allí y me di cuenta de que Él me reconoció y supo quién era yo. No se decidió a dejarme en el cielo, aunque desconozco el motivo. He pensado muchas veces en ello desde entonces y creo que era, o bien porque tenía dos niños pequeños que cuidar o porque yo personalmente no estaba preparada para ir allí. Todavía sigo buscando la respuesta y no puedo encontrarla.

En algunos casos, los entrevistados han expresado el sentimiento de que el amor o las oraciones de los otros los trajeron desde la muerte sin que para ello intervinieran sus propios deseos.

Estuve con mi tía mayor durante su última enfermedad, que fue muy prolongada. Ayudé a cuidarla, y todo el tiempo los miembros de la familia rezábamos para que recuperase su salud. Dejó de respirar varias veces, pero siempre se recuperaba. Finalmente, un días me miró, y me dijo: Joan, he estado allí, en el más allá, y es hermoso. Quiero quedarme, pero no puedo hacerlo si sigues rezando para que permanezca a tu lado. Tus oraciones me están sosteniendo aquí. Por favor, no reces más.» Todos dejamos de hacerlo y al poco tiempo murió.

Una mujer me comunicó:

El médico dijo que había muerto, pero viví a pesar de ello. La experiencia que pasé fue muy alegre, carente de toda sensación desagradable. Cuando regresé y abrí los ojos, mi hermana y mi marido me vieron. Podía ver su consuelo y las lágrimas que brotaban de sus ojos. Pude comprobar que era un alivio para ellos que sobreviviera. Sentía que había sido llamada -magnetizada- por el amor de mi hermana y mi marido. Desde entonces he creído que otra gente puede hacerte regresar.

En algunos casos recuerdan haber retrocedido rápidamente por el túnel oscuro que atravesaron en los momentos iniciales de la experiencia. Un hombre recuerda que al morir fue impulsado hacia delante por un valle oscuro. Sintió que se aproximaba al final del túnel y, en determinado momento, oyó que lo llamaban desde atrás y volvió por el mismo camino.

Algunos han experimentado el volver a entrar en sus cuerpos físicos. Sin embargo, la mayoría dicen que en el último momento de la experiencia se durmieron o quedaron inconscientes y que más tarde despertaron en sus cuerpos físicos.

No recuerdo haber entrado en mi cuerpo. Sentí que me dormía y de repente desperté y me vi en la cama. La gente que había en la habitación se encontraba en la misma posición que tenía cuando estaba fuera de mi cuerpo mirándolo y mirándolos.

Por otra parte, algunos recuerdan haber sido atraídos a sus cuerpos físicos con una sacudida al final de la experiencia.

Me encontraba en el techo viendo cómo trabajaban con mi cuerpo. Cuando pusieron conexiones en mi pecho y mi cuerpo saltó, sentí que mi cuerpo caía como un peso muerto. En mi siguiente visión ya estaba dentro de él.

O bien:

Decidí regresar, y cuando lo hice me pareció sentir una sacudida que me introdujo en el cuerpo, y en ese mismo momento volvía la vida.

En los informes en que el acontecimiento es recordado con algún detalle, la reentrada se hace «a través de la cabeza».

Mi «ser» tenía un extremo grande y otro pequeño, y al final del accidente, tras haber estado suspendido sobre mi cabeza, volvió a entrar. Cuando dejó el cuerpo, lo hizo primero el extremo grande, pero al regresar fue el pequeño el que entró en primer lugar.

Otra persona relata:

Cuando los vi recoger mi cuerpo y sacarlo del volante se produjo una especie de silbido y sentí que pasaba por un área limitada, creo que una especie de embudo. La oscuridad era profunda y me movía por ella rápidamente de regreso al cuerpo. Tenía la impresión de que la succión que me atraía se iniciaba en la cabeza, que entraba por ella. No tuve la sensación de haber tomado una decisión, y ni siquiera me dio tiempo de pensar en ello. Estaba a varias yardas del cuerpo y de repente me encontré en él. Ni siquiera tuve tiempo para pensar: «Estoy siendo succionado hacia el cuerpo.»

Las sensaciones que estaban asociadas con la experiencia persistieron algún tiempo después de haberse resuelto la crisis médica.

1) Al regresar, estuve llorando una semana por tener que vivir en este mundo después de haber visto el otro. No quería regresar.

2) Cuando regresé, me llevé conmigo algunas de las maravillosas sensaciones que tuve allí. Duraron varios días, e incluso ahora las percibo algunas veces.

3) Esa sensación era indescriptible, y en cierta manera permaneció conmigo. Nunca la olvidé, y todavía pienso en ella con frecuencia.

Hablar con los otros

Hay que dejar bien claro que una persona que ha pasado por una experiencia de este tipo no alberga dudas con respecto a su realidad y su importancia. Las entrevistas que he hecho están frecuentemente adornadas con observaciones para precisar ese hecho. Por ejemplo:

Mientras estuve fuera del cuerpo me sentía sorprendido de lo que me estaba ocurriendo. No podía entenderlo, y sin embargo era real. Vi mi cuerpo con claridad desde fuera. Mi mente no estaba en una situación desde la que pudiera querer hacer algo o no hacer nada. No producía ideas. Me encontraba, simplemente, en ese estado de mente.

Y también:

No era una alucinación ni nada semejante. Una vez tuve una alucinación, cuando me dieron codeína en el hospital. Ocurrió mucho antes que el accidente en que «fallecí». Esta experiencia no tenía nada de alucinación.

Tales observaciones provienen de gentes muy capaces de distinguir el sueño y la fantasía de la realidad. Las personas a las que he entrevistado están bien equilibradas y no cuentan sus experiencias como si hubieran sido sueños, sino como

acontecimientos que les sucedieron realmente.

A pesar de estar convencidos de la realidad e importancia de lo que les ha ocurrido, comprenden que la sociedad contemporánea no es un entorno en que informes de esa naturaleza puedan ser recibidos con simpatía y comprensión. Algunos me han dicho que se dieron cuenta desde el principio de que los otros los considerarían mentalmente inestables si relataban sus experiencias. En consecuencia, decidieron permanecer en silencio por lo que respecta a ese asunto o hablarlo sólo con parientes muy cercanos.

Fue muy interesante, pero no me gustaba hablar de ello con los demás, pues suelen mirarte como si estuvieras loco.

Otro de ellos recuerda:

Durante mucho tiempo no hablé de ello con nadie. No conté nada en absoluto. Me atemorizaba que nadie pensara que estaba contando la verdad y me dijeran: «Te estás inventando todo eso.»

Un día me decidí: «Bueno, veremos cómo reacciona mi familia ante ello», y lo conté, pero no lo he hecho con nadie más hasta ahora. Creo que mi familia pensó que había ido demasiado lejos.

Algunos trataron al principio de contárselo a alguien, pero no los creyeron y resolvieron desde entonces permanecer en silencio.

1) Sólo se lo he contado a mi madre. Un poco después del hecho le dije cómo me había sentido, pero era un niño y no me prestó mucha atención; por tanto, no hablé de ello con nadie más.

2) Traté de comentarlo con un sacerdote, pero me dijo que había tenido una alucinación, así que mantuve la boca cerrada.

3) Era muy popular en la escuela superior, aunque no dejaba de ser una más. Era partidaria, no líder. Tras aquella experiencia traté de hablar con los demás y automáticamente me consideraron loca. Intentaba contarlo y me escuchaban con interés, pero más tarde descubrí que decían: «Está ida.» Cuando vi que se había convertido en materia de bromas dejé de comunicarlo. Yo había estado intentando decir: «Fíjate qué cosa más extraña me ha ocurrido.» Trataba de que comprendiesen que necesitamos saber muchas cosas sobre la vida, más de las que yo hubiera podido imaginar, y más, por supuesto, de las que ellos creían.

4) Al despertar, traté de hablar con las enfermeras sobre lo que había experimentado, pero me dijeron que no hablara, que sólo había estado imaginando cosas.

5) Enseguida te das cuenta de que los demás no lo aceptan con la facilidad que tú desearías. Por eso no intentas ir por ahí contándole esas cosas a todo el mundo.

Es curioso que de todos los casos que he estudiado sólo un médico revela cierta familiaridad con las experiencias de proximidad a la muerte o expresa alguna simpatía hacia ellas. Tras su experiencia de salir del cuerpo, una joven me dijo:

Mi familia y yo preguntamos al doctor sobre lo que me había ocurrido, y éste dijo que era frecuente, en las personas con graves heridas o dolores, que el alma se saliera del cuerpo.

Teniendo en cuenta el escepticismo y falta de comprensión que acompañan a cualquier intento de expresar una de estas experiencias, no es sorprendente que casi todos los que la han pasado acaben pensando que es algo único que nadie más ha experimentado. Por ejemplo, un hombre me dijo: «He estado en un lugar en el que nadie más ha estado.»

Con frecuencia, me ha ocurrido que tras entrevistar a alguien preguntándole detalles de su experiencia y decirle que otros han tenido exactamente las mismas percepciones y han pasado por las mismas situaciones, esa persona se ha sentido aliviada.

Es muy interesante descubrir que otros han tenido la misma experiencia, pues no había entendido... Me alegro de haberlo oído y saber que alguien más ha pasado por ello. Ahora sé que no estoy loco.

Siempre lo consideré como algo real, pero no hablé con nadie porque tenía miedo de que me miraran y pensaran: «Tu mente se paró al mismo tiempo que tu cuerpo.»

Me imaginaba que alguien más habría pasado por esa experiencia, pero pensaba que probablemente nunca me encontraría con nadie que supiera de ellas, pues la gente no iba a ir por ahí contándolo. Si alguien, antes de haber pasado yo por ello, hubiera venido a contármelo, lo miraría y me preguntaría a mí mismo qué era lo que estaba tratando de sacar de mí, pues así nos comportamos en esta sociedad.

Todavía hay otra razón por la que algunos son reticentes a relatar esa experiencia. Piensan que es tan indescriptible, que se encuentra tan alejada de las posibilidades del lenguaje humano y de las formas de percepción y existencia terrestres, que carece de sentido intentarlo.

Efectos sobre las vidas

Por las razones ya explicadas, ninguno de los que tuvieron la experiencia se fabricaron un atril portátil y se han ido a predicarla. Nadie se sintió dispuesto a ganar prosélitos, a intentar convencer a los otros de las realidades que ha experimentado. Por el contrario, he descubierto que la dificultad es la opuesta: se muestran reticentes para contar a los otros lo que les ha ocurrido.

Los efectos que esas experiencias tuvieron sobre sus vidas han tomado las formas más enmascaradas y sutiles. Algunos me contaron que sentían que los horizontes de sus vidas se habían ampliado y que habían profundizado más en ellas, que eran más reflexivos y se preocupaban más por las cuestiones filosóficas fundamentales.

En aquella época, antes de abandonar el colegio, estaba en una ciudad muy pequeña habitada por personas de mente estrecha, a las que me encontraba unido. Era el típico mocoso de una fraternidad de escuela. Quien no pertenecía a ella no tenía entidad.

Después de aquello quise conocer más. Sin embargo, no había nadie que supiera lo más mínimo, pues nunca salí de ese pequeño mundo. Nada sabía de psicología o algo parecido. Pero de la noche a la mañana, gracias a esa experiencia, había madurado y se abría ante mí un mundo nuevo del que antes no conocía ni siquiera su existencia. Pensé: «Tengo que descubrir tantas cosas...» En otras palabras, la vida es algo más, aparte de la película de los jueves por la noche y el partido de fútbol. Hay más cosas de las que conozco. Entonces comencé a pensar: «¿Cuál es el límite del hombre y la mente?» Esa pregunta me abrió un mundo totalmente nuevo.

Otro dice:

Desde entonces tengo siempre en mente lo que he hecho y lo que haré con mi vida. Por lo que respecta al pasado, me siento satisfecho. El mundo no está en deuda

conmigo, pues he hecho todo lo que he querido en la forma que he preferido, y además sigo viviendo y puedo hacer más. Tras fallecer y tener la experiencia, comencé de repente a preguntarme si había estado haciendo esas cosas porque eran buenas o porque me agradaban a mí. Antes seguía un impulso, ahora medito primero las cosas lentamente. Todo ha de pasar por mi mente y ser digerido.

Trato de hacer las cosas que tengan más significado, y eso hace que mi mente y mi alma se sientan mejor. Procuro no juzgar a la gente ni favorecer a uno u otro. Quiero hacer las cosas porque sean buenas, no porque lo sean para mí. La comprensión que tengo ahora de las cosas es mucho mayor. Creo que se debe a lo que me ha ocurrido, a los lugares y cosas que vi en la experiencia.

Algunos han informado de un cambio de actitud ante la vida física a la que han retornado. Por ejemplo, una mujer me dijo: «La vida tiene ahora más valor para mí.»

Otra persona relata lo siguiente:

En cierta manera fue una bendición, porque antes del ataque de corazón estaba tan ocupado planeando el futuro de mis hijos y preocupándome por el pasado, que me perdía las alegrías del presente. Ahora mi actitud es muy distinta.

Unos cuantos me dijeron que lo que ha cambiado es su concepto de la mente y el de la importancia relativa del cuerpo físico con respecto a la mente. Esto queda muy bien ilustrado en las palabras de una mujer que tuvo una experiencia de salirse del cuerpo muy cercana a la muerte:

Era más consciente de mi mente que del cuerpo físico. La mente, y no la forma del cuerpo, era lo más importante. Antes, en cambio, había sido al revés. El cuerpo era lo más importante, y lo que estaba sucediendo en la mente...; bueno, estaba sucediendo y eso era todo. Después de aquello, mi mente se ha convertido en el principal punto de atención y el cuerpo ha ocupado un lugar secundario; sólo es algo que contiene la mente. No me importaría no tener un cuerpo, pues de todo lo que me interesa, la mente es lo más importante.

En un número muy pequeño de casos me han dicho que, tras la experiencia, han comenzado a adquirir o percibir facultades de intuición parapsíquicas:

1) Después de la experiencia me pareció estar invadido de un nuevo espíritu. Desde entonces muchos me han comentado que cuando están perturbados les produzco un efecto calmante casi instantáneo. Tengo la impresión de que ahora sintonizo más con la gente, que percibo cosas de ellos con más rapidez.

2) Creo que las experiencias de la muerte me ha proporcionado la facultad de sentir lo que otros individuos necesitan en sus vidas. A menudo, por ejemplo cuando estoy con gente en el ascensor de la oficina donde trabajo, casi me parece que puedo leer sus caras, saber si necesitan ayuda y de qué tipo. Muchas veces he hablado con gente que se encontraba en apuros y las he llevado a mi despacho para aconsejarlas.

3) Desde que fui herido he tenido la sensación de que puedo recoger los pensamientos y vibraciones de la gente y percibir el resentimiento en los otros. A menudo puedo saber lo que van a decir antes de que lo hagan. Pocos me creerán, pero he tenido algunas experiencias realmente extrañas desde entonces. Una vez, en una fiesta, recogí el pensamiento de los otros, y unos cuantos, que no me conocían, se levantaron y se fueron. Tenían miedo de que fuera un brujo o algo parecido. No sé si es algo que comencé a tener al estar muerto o si lo tenía dormido y no lo usé hasta después de la experiencia.

Hay un notable acuerdo en las «lecciones» extraídas de tan cercanos encuentros con la muerte. Casi todos han puesto de relieve la importancia que tiene tratar de

cultivar en esta vida el amor a los demás, un amor profundo y único. Un hombre que se sintió totalmente amado y aceptado por el ser luminoso, incluso cuando su vida era mostrada panorámicamente para que el ser la viese, tuvo la sensación de que la «pregunta» que le estaba haciendo era si se sentía capaz de amar a los otros de la misma manera. Ahora piensa que mientras esté en la tierra su misión será tratar de aprender a actuar de ese modo.

Además, muchos han enfatizado la importancia de buscar conocimiento. Durante la experiencia vieron claramente que la adquisición de conocimiento continúa incluso en el más allá. Una mujer ha llevado a cabo todas las oportunidades educativas que se le han presentado desde la experiencia de «muerte». Otro hombre da el siguiente consejo: «No importa la edad que tenga. No deje de aprender, pues ese proceso continúa durante toda la eternidad.»

Ninguno de los que he entrevistado me ha dicho que saliera de la experiencia sintiéndose moralmente «purificado» o perfeccionado. Tampoco ninguno muestra una actitud de mayor santidad que los demás. Casi todos han llegado a la conclusión de que sienten que están todavía intentando, todavía buscando. Su visión les dejó nuevas metas, nuevos principios morales y una renovada determinación de vivir de acuerdo con ellos, pero no sentimientos de salvación instantánea o infalibilidad moral.

Nuevas visiones de la muerte

Como era razonable esperar, tal experiencia tiene un efecto profundo sobre las actitudes ante la muerte física, especialmente en el caso de quienes previamente no hubieran creído que ocurriese algo después de la muerte. En una u otra forma, casi todos me han expresado que ya no temen a la muerte. Esta idea, empero, ha de ser clarificada. En primer lugar, ciertas formas de muerte resultan indeseables, y, en segundo lugar, ninguno de ellos busca activamente la muerte. Todos sienten que tienen tareas que realizar mientras estén físicamente vivos y se muestran de acuerdo con lo que me dijo uno de ellos: «He de cambiar muchas cosas antes de irme de aquí.» Igualmente, todos desaprueban el suicidio como medio de volver a las esferas que vislumbraron durante sus experiencias. La idea central es que el estado de muerte ya no les resulta lúgubre. Veamos algunos pasajes en que se expresan esas actitudes:

1) Supongo que esta experiencia modeló en cierta forma mi vida. Era un niño cuando me ocurrió, sólo tenía diez años, pero toda mi vida he estado convencido, a partir de entonces, de que hay vida después de la muerte. No me cabe la menor duda de ello, y no tengo miedo a morir. He conocido personas que se atemorizaban realmente ante la idea. Siempre sonrío interiormente cuando oigo a alguien dudar de la existencia de un más allá, o decir: «Cuando te has muerto, te has ido.» Pienso para mí mismo que no saben de qué hablan

.

Durante mi vida me han ocurrido muchas cosas. En el despacho he tenido una pistola apoyada en la sien, pero no he sentido apenas miedo, pues pensaba: «Si realmente muero, si de verdad me matan, sé que viviré en otro lugar.»

2) Cuando era un niño solía tener miedo a morir. Me despertaba por las noches llorando y con un ataque de nervios. Mis padres entraban corriendo en la habitación y me preguntaban qué ocurría. Les decía que sabía que tenía que morir, pero no quería, y les preguntaba si podían evitarlo. «No -me respondían-, así son las cosas y debemos enfrentarnos a ellas.» Mi madre me decía que todos teníamos que llegar a ello y que entonces lo haríamos muy bien. Años más tarde ella murió y hablé del asunto con mi esposa. Seguía temiendo la muerte y deseando que no viniera.

Sin embargo, desde que tuve la experiencia no la temo. Aquellos sentimientos desaparecieron. En los funerales ya no me siento mal. Al contrario, siento una especie de alegría en ellos, pues sé dónde se encuentra la persona muerta.

Creo que el Señor me hizo tener esa experiencia precisamente por la forma en que me sentía ante la muerte. Mis padres me consolaban, pero el Señor me mostró. Ahora ya no hablo de ello, pero lo conozco y me siento a gusto.

3) Ya no temo a la muerte. No es que la desee o quiera morir ahora. No quiero vivir en el otro lado porque se supone que estoy viviendo aquí. La razón por la que no temo a la muerte es que sé adónde iré cuando deje esto, pues ya he estado allí antes.

4) Lo último que la luz me dijo antes de volver al cuerpo, a la vida, fue...; bueno, la idea se reduce a que regresaría. Me decía que esta vez seguiría viviendo, pero que volveríamos a estar en contacto y que en esa ocasión moriría realmente.

Por eso estoy seguro que la luz y la voz regresarán, aunque no sé cuándo. Pienso que será una experiencia similar, aunque creo que mejor, pues sabré lo que me espera y no estaré tan confuso. De todas maneras, no quiero regresar demasiado pronto, pues todavía he de hacer aquí unas cuantas cosas.

El motivo de que la muerte ya no produzca temor, como se deduce de los anteriores extractos, es que tras la experiencia nadie duda de la supervivencia a la muerte corporal. Ya no es una posibilidad abstracta, sino un hecho experimentado.

Recuérdese que al principio discutí el concepto de «aniquilación», que utilizaba el «sueño» y el «olvido» como modelos. Las personas que han «muerto» desaprueban esos modelos y eligen analogías que hablan de la muerte como una transición de un estado a otro, o como una entrada en un estado superior de conciencia o ser. Una mujer cuyos parientes habían fallecido y fueron a recibirla en su muerte, compara la experiencia con un «regreso al hogar». Otros la han vinculado con diferentes estados psicológicamente positivos; por ejemplo, con el despertar, con una graduación o con la salida de una cárcel.

1) Hay quien dice que no utilizamos la palabra «muerte» porque estamos tratando de escapar de ella. No es cierto en mi caso. Una vez que se ha tenido una experiencia como la mía, se sabe que no existe eso que se llama muerte. Simplemente te gradúas de una cosa y pasas a otra, de la misma manera que se pasa de la escuela pública al instituto.

2) La vida es como una prisión. En este estado no podemos darnos cuentas de hasta qué punto los cuerpos son prisiones. La muerte es una liberación, como escapar de una cárcel. Es la mejor idea que se me ocurre si busco una comparación.

Incluso los que con anterioridad a la experiencia habían tenido alguna convicción tradicional sobre la naturaleza del más allá parecen haberse separado un poco de ella para seguir su propia aproximación a la muerte. De hecho, en todos los informes que he reunido, nadie me hace un cuadro mitológico de lo que hay al otro lado. Ninguno ha descrito las puertas nacaradas de los dibujantes, ni las calles doradas, ángeles alados tocando el arpa, ni un infierno de llamas con demonios con horcas.

En la mayor parte de los casos se abandona el modelo de recompensa-castigo, incluso por parte de quienes estaban acostumbrados a pensar en esos términos. Descubrieron, para su sorpresa, que incluso cuando sus actos aparentemente más horribles y pecaminosos se hacían manifiestos ante el ser luminoso, éste no respondía con cólera, sino con comprensión e incluso con humor. Una mujer que pasó por la etapa de la revisión de la vida con ese ser vio algunas escenas en las que en lugar de amor había demostrado egoísmo. «Su actitud -cuenta ella-, cuando llegamos a esas escenas, era que con ellas había estado aprendiendo.» En lugar del viejo modelo, muchos se han vuelto hacia uno nuevo, a una nueva comprensión del mundo del más allá; una visión sin juicios unilaterales, con un desarrollo cooperativo hacia el fin último de la autorrealización. De acuerdo con estas nuevas visiones, el desarrollo del

alma, especialmente por lo que se refiere a las facultades espirituales del amor y el conocimiento, no se detiene tras la muerte; continúa en el otro lado, quizá eternamente, pero con toda seguridad por un tiempo y una profundidad que sólo podremos vislumbrar, mientras estemos en los cuerpos físicos, «a través de un cristal, misteriosamente.»

Corroboración

Es natural plantearse ahora la cuestión de si es posible adquirir alguna evidencia de la realidad de las experiencias cercanas a la muerte, independiente a la misma descripción de las experiencias. Muchas personas informan que han estado fuera de sus cuerpos durante largos periodos y que han sido testigos de muchos acontecimientos del mundo físico mientras tanto. ¿Pueden comprobarse algunos de esos informes con otros testigos que hubieran estado presentes, o con acontecimientos posteriores que los confirmen, siendo de esta forma corroborados?

En bastantes casos, la sorprendente respuesta a esa pregunta es afirmativa. Incluso puede decirse que la descripción de los acontecimientos vistos desde fuera del cuerpo suele ser muy comprobable. Algunos doctores, por ejemplo, me dijeron que han quedado muy desconcertados por la forma en que pacientes sin conocimientos médicos podían describir, correctamente y con todo detalle, el procedimiento utilizado en los intentos de reanimación, aunque estos acontecimientos hubieran tenido lugar cuando los doctores sabían que los pacientes estaban «muertos».

En algunos casos, los entrevistados me han informado de que sorprendieron a sus doctores o a otras personas con la descripción de acontecimientos que habían visto mientras estaban fuera del cuerpo. Por ejemplo, cuando estaba muriendo, una joven salió de su cuerpo y pasó a otra sala del hospital, donde se encontró con su hermana mayor que lloraba, y decía: «¡Oh, Kathy; por favor, no mueras; por favor, no mueras!» La hermana mayor quedó sorprendida cuando, posteriormente, Kathy le dijo exactamente dónde había estado y lo que había dicho en esos momentos. En los dos extractos siguientes se describen acontecimientos similares.

1) Cuando todo hubo terminado, el doctor me dijo que había estado muy grave, y le contesté: «Ya lo sé.» «¿Cómo lo sabe?» «Puedo decirle cuanto ha ocurrido.» No me creía, así que se lo conté todo, desde el momento en que dejé de respirar hasta que volví a la vida. Él se sorprendió mucho de que supiera todo eso. No sabía qué decir, pero vino a verme en varias ocasiones para preguntarme cosas sobre ello.

2) Cuando desperté después del accidente, mi padre se encontraba allí, y yo ni siquiera quería saber cómo estaba, o lo que pensaban los doctores qué ocurría. Sólo deseaba hablar de la experiencia que pasé. Le conté a mi padre quién había sacado mi cuerpo del edificio, y hasta le describí el color de sus ropas y la conversación que sostuvieron. Éste afirmó que todo era cierto. Mi cuerpo había estado inánime todo ese tiempo, y no hubiera podido ver u oír todas esas cosas de no encontrarme realmente fuera de él.

En unos cuantos casos he podido obtener testimonios independientes que corroborasen tales acontecimientos. Sin embargo, surgen factores que complican el hecho de determinar el valor evidencial de tales informes independientes. En primer lugar, el hecho corroborador es atestiguado tan sólo por la persona «muerta» y, todo lo más, por un par de amigos o parientes próximos. En segundo lugar, incluso en los ejemplos excepcionalmente dramáticos y bien atestiguados que he recogido, he prometido no revelar los nombres reales. Aunque pudiera hacerlo, por razones que explicaré en el último capítulo, no creo que tales hechos constituyesen una prueba.

Hemos llegado al final de nuestro examen de los diferentes estadios y

acontecimientos comúnmente informados de la experiencia de la muerte. Para terminar este capítulo quiero incluir un extracto de bastante extensión de un relato excepcional que encierra muchos de los elementos ya discutidos. Contiene además una variante única de la que no hemos hablado antes: el ser luminoso le habla de antemano de su inminente muerte y decide luego dejarlo vivir.

Cuando aquello ocurrió padecía, y sigo padeciendo, una grave asma bronquial con enfisema. Un día tuve un ataque de tos y se me produjo una ruptura en la parte inferior de la espina dorsal. Durante dos meses consulté a varios médicos, pues me causaba un dolor terrible, y finalmente uno de ellos me remitió a un neurocirujano, el doctor Wyatt. Me examinó y dijo que debía ingresar inmediatamente en un hospital, lo que hice sin demoras.

El doctor Wyatt sabía que tenía una grave enfermedad respiratoria y llamó a un especialista pulmonar, quien habló de consultar al anestesista, doctor Coleman, sobre la conveniencia de dormirme. El especialista pulmonar me trató durante tres semanas con el fin de que el doctor Coleman pudiera anestesiarme. Este último, aunque bastante preocupado, un lunes dio su consentimiento. Planearon la operación para el viernes siguiente. El lunes por la noche me dormí y tuve un sueño tranquilo hasta la madrugada del martes, en la que desperté con graves dolores. Me di la vuelta y traté de colocarme en una postura más cómoda, y en ese momento apareció una luz en una esquina de la habitación debajo del techo. Era una bola de luz, casi como un globo, pero no muy grande. Diría que no más de doce o quince pulgadas de diámetro. Al aparecer la luz tuve una sensación. Mentiría si dijera que era horripilante. Era una sensación de paz completa y relajación profunda. La luz extendió una mano hacia mí y me dijo: «Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.» Inmediatamente, sin la menor vacilación, alcé mi mano y me cogí a la suya. Al hacerlo, tuve la sensación de ser arrastrado fuera de mi cuerpo, y al mirar hacia atrás lo vi allí, tumbado sobre la cama, mientras yo me elevaba hacia el techo de la habitación.

Nada más abandonar el cuerpo, tomé la misma forma que la luz. Sentí -he de utilizar mis propias palabras para ello, pues nunca he oído a nadie contar algo semejante-, que esta forma era un espíritu. No era un cuerpo, sino un jirón de humo o de vapor. Parecía como el humo de un cigarrillo iluminado al ascender hacia una lámpara. Sin embargo, mi forma actual tenía colores. Había naranja, amarillo y otro que no podía diferenciar muy bien..., podía ser un índigo, un color azulado.

Aquel espíritu no tenía la forma de un cuerpo. Era aproximadamente circular, aunque tenía lo que podíamos llamar una mano. Lo sé porque cuando la luz me tendió la suya yo se la cogí. El brazo y la mano de mi cuerpo seguían con él, pues pude verlos sobre la cama al lado de mi cuerpo cuando me elevaba hacia la luz. Cuando no utilizaba la mano espiritual, el espíritu recobraba la forma circular.

Fui atraído hasta la posición de la luz y ambos atravesamos el techo y la pared de la sala del hospital, traspasamos un corredor y creo que unos suelos hasta pasar a un piso inferior. No teníamos dificultad para atravesar puertas o paredes, pues desaparecían de nuestra vista cuando nos aproximábamos a ellas.

Durante ese periodo me pareció que nos movíamos. Mejor dicho, sabía que nos estábamos moviendo, aunque no hubiera sensación de velocidad. En un momento, casi instantáneamente en realidad, me di cuenta de que habíamos llegado a la sala de recuperación del hospital. Ni siquiera sabía entonces en qué parte del mismo se encontraba, pero llegamos allí y de nuevo nos encontramos en una esquina de la habitación cercana al techo. Pude ver a los doctores y enfermeras con sus trajes verdes y las camas que allí había.

Entonces me dijo el ser -me enseñó-: «Ahí te van a llevar. Cuando te saquen de la mesa de operaciones te pondrán en esa cama, pero nunca despertarás. No te darás cuenta de nada desde que te lleven a la mesa de operaciones, hasta un poco después, que vendré por ti.» No dijo esto con palabras. No era una voz audible, pues, si así hubiera sido, la habrían oído los que se encontraban en la habitación. Era más bien

una impresión que me llegaba, pero en forma tan vívida que yo no podía decir que no la había oído o sentido. Era bien definida.

Con respecto a lo que veía...; bueno, era mucho más fácil reconocer las cosas estando en forma espiritual. Me preguntaba qué era lo que estaba tratando de enseñarme. Inmediatamente supe lo que tenía en su mente. No había duda. Aquella cama -la cama de la derecha según se entra del corredor- era donde iba a estar y que me sacaría de allí con un propósito determinado. Luego me explicó el motivo. No quería que tuviese miedo cuando llegara el momento de que mi espíritu abandonara el cuerpo, pero sí que conociese la sensación que se tenía al pasar por ese punto. Quería asegurarse de que no tendría miedo, pues el paso no sería inmediato; tendría que atravesar otras etapas primero, pero él lo supervisaría todo y estaría esperándome al final.

Cuando me uní a él para viajar hasta la sala de recuperación y me había convertido yo mismo en un espíritu, en cierta manera nos habíamos fusionado en uno. No obstante, seguíamos siendo dos espíritus separados. Él tenía pleno control de cuanto iba sucediendo en lo que respecta a lo que me concernía a mí. Incluso si viajábamos a través de las paredes y los techos, tenía la impresión de que seguíamos en tan estrecha comunicación que nada podía molestarlo. Nunca había sentido esa paz, esa calma y serenidad.

Tras decirme aquello, regresamos a mi habitación y volví a ver mi cuerpo en la misma posición en que lo dejamos. Creo que estuve fuera de él unos cinco o diez minutos, pero el paso del tiempo no tenía nada que ver con aquella experiencia. De hecho no recuerdo si alguna vez pensé en que el tiempo estaba pasando.

Me había cogido tan de sorpresa que estaba anonadado. Era tan vívido y real..., más que una experiencia ordinaria. A la mañana siguiente no experimentaba el menor miedo. Al afeitarme no sentí temblor en la mano, como me venía ocurriendo desde hacía seis u ocho semanas. Sabía que iba a morir, pero no me daba pena ni miedo. No pensaba siquiera en si podía hacer algo para evitarlo. Estaba preparado.

En la tarde del miércoles, un día antes de la mañana de mi operación, me encontraba en la habitación del hospital y me sentí preocupado. Mi esposa y yo teníamos un hijo, un sobrino adoptado, que nos estaba causando problemas. Decidí escribirles una carta a cada uno, expresándoles mis preocupaciones, y esconderlas en donde no pudieran ser encontradas hasta después de la operación. Cuando ya había escrito dos páginas a mi esposa, mis ojos se abrieron y rompí a llorar. Sentí que alguien estaba presente, y pensé que había llorado tan alto que una enfermera se acercaba para ver qué me pasaba. Pero no había oído abrir la puerta. De nuevo sentí aquella presencia, pero sin ver ninguna luz esa vez. Al igual que antes, me llegaron pensamientos y palabras: «Jack, ¿por qué estás llorando? Pensé que te gustaría estar conmigo.» «Sí, me gusta, lo deseo con fuerza.» «¿Por qué estás llorando, entonces?» «Tenemos un problema con nuestro sobrino, y temo que mi esposa no sepa cómo solucionarlo. Estoy tratando de ponerle en palabras cómo me siento y lo que quiero que ella haga por él. También estoy preocupado porque creo que mi presencia habría contribuido algo a solucionarlo.»

Entonces volví a sentir sus pensamientos: «Como te estás preocupando por alguien más y pensando en los otros, te garantizo que tendrás lo que deseas. Vivirás hasta que tu sobrino se haya hecho un hombre.» Después se fue. Dejé de llorar y destruí la carta para que mi esposa no la encontrase accidentalmente.

Aquella tarde, el doctor Coleman entró a verme y me dijo que esperaba tener problemas para hacerme dormir y que no debía sorprenderme de despertar y encontrarme con muchos cables, tubos y máquinas rodeándome. No le conté mi experiencia, limitándome a asentir y decirle que cooperaría.

A la mañana siguiente la operación fue muy larga, pero salió bien. Cuando estaba recuperando la conciencia, el doctor Coleman se encontraba allí, y le dije: «Sé exactamente dónde me encuentro.» Él me preguntó: «¿En qué cama?» «En la primera de la derecha, según se entra en la sala.» Se rió y pensó que estaba hablando por

efectos de la anestesia.

Iba a decirle lo ocurrido, pero en ese momento entró el doctor Wyatt, y dijo: «Está despertando ahora. ¿Qué piensa hacer?» El doctor Coleman respondió: «No tengo que hacer nada. Nunca en mi vida me he sorprendido tanto. Estoy aquí con todo ese equipo preparado y no necesita nada.» El doctor Wyatt replicó: «Todavía ocurren milagros.» Cuando me levanté y vi lo que me rodeaba me encontré en la misma cama que la luz me había mostrado días antes.

Hace tres años de esto, pero sigue tan vívido como entonces. Ha sido lo más fantástico que me ha ocurrido nunca y me ha cambiado. Sólo he hablado de ello con mi esposa, mi hermano, mi sacerdote y con usted. No sé cómo contarlo, es muy difícil de explicar. No trato de producir un gran shock en su vida ni de fanfarronear. Pero después de aquello ya no tengo dudas. Sé que hay vida después de la muerte.

3. Paralelos

LOS acontecimientos producidos en los diversos estadios de la experiencia de la muerte son, como mínimo, inusuales. Por ello, mi sorpresa ha ido en aumento cuando con los años he ido encontrando una serie de paralelos. Éstos se hallan en antiguos y muy esotéricos escritos de la literatura de muy diversas civilizaciones, culturas y áreas.

La Biblia

En nuestra sociedad, la Biblia es el libro más leído y comentado de cuantos tratan de materias relativas a la naturaleza del aspecto espiritual del hombre y de la vida posterior a la muerte. Sin embargo, en general, la Biblia tiene muy poco que decir con respecto a los hechos que se producen después de la muerte y sobre la naturaleza precisa del mundo posterior a ella. Esto es especialmente cierto por lo que se refiere al Antiguo Testamento. Según los expertos bíblicos, sólo dos pasajes del Antiguo Testamento hablan inequívocamente de la vida posterior a la muerte:

Isaías 26, 19: «Revivirán los muertos; junto con los cadáveres se levantarán. Despertarán y cantarán los que vivieron en el polvo... y la tierra arrojará a los muertos». [1]

[1] Todas las citas de la Biblia están tomadas de la versión inglesa del rey Jaime.

Daniel 12, 2: «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, algunos para la vida eterna, algunos para la vergüenza y el desprecio eternos.»

Obsérvese que en ambos pasajes se sugiere la resurrección del cuerpo físico, y que el estado de muerte física es comparado al sueño.

Es evidente, a partir del capítulo precedente, que algunas personas han sacado conceptos específicos de la Biblia cuando han tratado de elucidar o de explicarme lo que les ocurrió. Por ejemplo, se recordará que un hombre identificó la oscura envoltura por la que pasó en el momento de la muerte con el bíblico «valle de la sombra de la muerte». Dos personas mencionaron las palabras de Jesús: «Yo soy la luz del mundo.» Al menos en parte, identificaron a la luz con Cristo sobre la base de esa frase. Uno de ellos me dijo: «Nunca vi a una persona en esa luz, pero para mí era Cristo... La conciencia, la unidad con todas las cosas, el amor perfecto. Creo que Jesús se refería a eso cuando dijo que era la luz del mundo.»

En mi propia lectura he encontrado algunos paralelos que ninguno de los entrevistados había mencionado. El más interesante se encuentra en los escritos del apóstol San Pablo. Era un perseguidor del cristianismo hasta su famosa visión y conversión en el camino de Damasco.

Hechos 26, 13-26: «Al mediodía, ¡oh rey!, vi en el camino una luz venida del cielo, más brillante que el sol, que me rodeó a mí y a quienes viajaban conmigo. Cuando hubimos caído todos a tierra, escuché una voz que me hablaba y me decías en lengua hebrea: "Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? Te es duro dar coces contra los aguijones."

»Yo le dije: "¿Quién eres tú, Señor?" Él respondió: "Soy Jesús, a quien tú persigues. Levántate y ponte de pie, pues me he aparecido a ti para que seas mí servidor y testigo de las cosas que has visto y de las que te mostraré..."

»Así pues, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial... Mientras decía esto, Festo gritó: "¡Pablo, estás loco, tanto aprender te ha afectado a la mente!"

«Yo le respondí: "No estoy loco, noble Festo; hablo de cosas verdaderas y

sensatas".»

Este episodio tiene alguna semejanza con el encuentro con el ser luminoso en las experiencias cercanas a la muerte. Ante todo, el ser está dotado de personalidad, aunque no se vea forma física, y de él emana una «voz» que hace preguntas y da instrucciones. Cuando San Pablo trata de contárselo a los otros, se burlan de él y lo consideran loco. Sin embargo, la visión cambió el curso de su vida. Desde entonces se convirtió en el primer promotor del cristianismo, como forma de vida que implicaba el amor a los otros.

También hay diferencias, por supuesto. San Pablo no estuvo cerca de la muerte durante su visión. También habla de que fue cegado por la luz y perdió la vista durante tres días, lo que se opone a los informes que dicen que, a pesar de que tenía un brillo indescriptible, ni los cegó ni les impidió ver las cosas que les rodeaban.

En sus discusiones sobre la naturaleza de la vida del más allá, San Pablo dice que algunos ponen en duda el concepto cristiano de otra vida al preguntar por el tipo de cuerpo que tendrá el muerto:

Corintios 15, 35-52: «Alguno dirá: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo? Loco..., lo que tú siembras no es el cuerpo que brotará, sino un simple grano...; pero Dios le da el cuerpo que le place, y a cada semilla su propio cuerpo... Hay cuerpos celestiales y cuerpos terrestres: una es la gloria del celestial y otra la del terrestre... Así es también la resurrección del muerto. Se ha sembrado en corrupción y resucita en incorrupción. Se ha sembrado en deshonor, resucita en gloria. Se ha sembrado en debilidad, resucita en poder. Se ha sembrado en un cuerpo natural, resucita en un cuerpo espiritual... Fijaos, os muestro un misterio: no todos moriremos, pero todos seremos transformados. En un momento, en el pestañear de un ojo, con la última trompeta, pues la trompeta sonará, todos los muertos resucitarán incorruptibles.»

Es interesante que el breve esbozo que hace San Pablo de la naturaleza del «cuerpo espiritual» se corresponda tan bien con los relatos de quienes se han encontrado fuera de sus cuerpos. En todos los casos, la inmaterialidad del cuerpo espiritual -su falta de sustancia física- se ha puesto de relieve. San Pablo dice, por ejemplo, que mientras el cuerpo físico es débil y feo, el espiritual será fuerte y hermoso. Esto me recuerda el relato de una experiencia cercana a la muerte en la que el cuerpo espiritual estaba completo mientras que el físico podía verse mutilado; así como otro en que el cuerpo espiritual no parecía tener una edad particular; es decir, no estaba limitado por el tiempo.

Platón

El filósofo Platón, uno de los mayores pensadores de todas las épocas, vivió en Atenas del 428 al 348 a. de J. C. Nos legó un cuerpo de pensamiento en la forma de veintidós diálogos filosóficos, la mayor parte de los cuales incluyen a Sócrates, su maestro, como interlocutor, y a un pequeño número de letrados.

Platón creía en la utilidad de la razón, la lógica y la argumentación para alcanzar la verdad y la sabiduría, pero sólo hasta cierto punto, pues también era un gran visionario que sugería que la verdad última sólo podía llegar con una experiencia casi mística de iluminación e intuición. Aceptaba que había planos y dimensiones de la realidad distintos al mundo sensible y físico, y creía que la esfera física sólo podía entenderse por referencia a los planos «superiores» de la realidad. En consecuencia, estaba interesado principalmente en el componente incorpóreo y consciente del hombre, el alma, y consideraba el cuerpo físico como su vehículo temporal. No es sorprendente, por tanto, que se sintiese atraído por el destino del alma tras la muerte física, y que varios diálogos -especialmente *Fedón, Gorgias y La República*- traten en parte de ese tema.

Los escritos de Platón están plagados de descripciones de la muerte que son semejantes a las que discutimos en el capitulo previo. Por ejemplo, Platón define la muerte como la separación de la parte incorpórea de una persona viva, el alma, de la parte física, el cuerpo. Es más, la parte incorpórea está sometida a menos limitaciones que la física. Por tanto, Platón señala que el tiempo no es un elemento de la esfera que existe más allá del mundo sensible y físico. Las otras esferas son eternas y, según la notable frase de Platón, lo que llamamos tiempo no es sino «el reflejo móvil e irreal de la eternidad».

Platón habla en varios pasajes de que el alma separada de su cuerpo puede encontrarse y conversar con los espíritus de otros y ser guiada en la transición de la vida física a la otra esfera por espíritus guardianes. Menciona que en el momento de la muerte puede encontrarse una barca que lleve a través de una masa de agua a la «otra orilla» de la existencia. En *Fedón*, el empuje y composición dramática de los argumentos y palabras utilizadas vienen a señalar que el cuerpo es la prisión del alma y que, en consecuencia, la muerte es como un escape o liberación de esa prisión. Aunque, como vimos en el capítulo primero, Platón articula -a través de Sócrates- la antigua visión de la muerte como sueño y olvido, lo hace sólo para desaprobarla y darle un giro de 180 grados. Según Platón, el alma viene al cuerpo físico desde una esfera del ser superior y más divina. Para él, es el nacimiento lo que constituye el sueño y el olvido, pues el alma, al nacer en un cuerpo, pasa de un estado de gran conciencia a otro mucho menos consciente y olvida las verdades que sabía en su estado anterior externo a un cuerpo. Por tanto, la muerte es despertar y recuerdo. Pone de manifiesto que el alma que ha sido separada del cuerpo en la muerte puede razonar y pensar con mayor claridad que antes y puede reconocer las cosas en su verdadera naturaleza. Nada más morir se enfrenta a un «juicio» en el que un ser divino muestra ante el alma todas las cosas -las buenas y las malas- que ha hecho en su vida.

En el libro décimo de *La República* encontramos la similitud más notable. Platón cuenta el mito de Er, un soldado griego. Er fue a una batalla en la que murieron muchos griegos, y cuando sus compatriotas recogieron los cadáveres de la misma, su cuerpo estaba entre ellos. Yacía sobre una pira funeraria junto con otros para ser quemado. Al cabo de un tiempo, su cuerpo revivió y Er describe lo que vio en el viaje a las esferas del más allá. En primer lugar, su alma salió del cuerpo, se unió a un grupo de otros espíritus y todos juntos marcharon a un lugar en el que había «aberturas» o «pasadizos» que conducían de la tierra a las esferas del más allá. Aquí las otras almas eran detenidas y juzgadas por seres divinos que podían ver enseguida todas las cosas que el alma había hecho en su vida terrena. Sin embargo, Er no fue juzgado. Los seres le dijeron que debía regresar para informar a los hombres del mundo físico acerca de cómo era el otro mundo. Tras tener otras visiones, Er fue devuelto, pero dijo que no sabía cómo había regresado al cuerpo físico. Despertó y se encontró sobre la pira funeraria.

Es importante tener bien presente que el mismo Platón nos advierte que su descripción de los detalles precisos del mundo en el que entrará el alma tras la muerte son sólo «probabilidades, en el mejor de los casos». Si bien no duda de la supervivencia de la muerte física, insiste en que al intentar explicar la vida del más allá desde nuestra vida física actual nos enfrentamos con dos grandes desventajas. Ante todo, nuestras almas se encuentran aprisionadas en los cuerpos físicos y estamos, pues, limitados por los sentidos físicos en lo que se refiere a experimentar y aprender. La visión, el oído, el tacto, el gusto y el olor, cada uno en su forma, pueden confundirnos. Para nuestros ojos, un objeto enorme es pequeño si está distante, podemos oír mal lo que alguien nos dice, etc. De todo esto puede resultar que tengamos falsas opiniones o impresiones de la naturaleza de las cosas. Nuestras almas no pueden ver la realidad en sí mismas hasta que se hayan liberado de las distracciones e imprecisiones de los sentidos físicos.

En segundo lugar, Platón dice que el lenguaje humano es inadecuado para expresar

directamente las realidades últimas. Las palabras ocultan, más que revelan, la naturaleza interna de las cosas. En consecuencia, las palabras humanas no podrán hacer otra cosa que indicar -mediante la analogía, el mito y en otras formas indirectas- el carácter verdadero de lo que está más allá de la esfera física.

El Libro tibetano de los muertos

Este notable libro es una compilación de las enseñanzas de los sabios de muchos siglos del Tíbet prehistórico que pasó de una a otra de las primeras generaciones por tradición oral. Fue escrito finalmente en el siglo VIII a. de J. C., pero incluso entonces fue escondido para mantener el secreto ante los extraños.

Este libro inusual ha tomado la forma que le prestaron sus diversos e interrelacionados usos. Los sabios que lo escribieron veían la muerte como una habilidad: algo que puede hacerse con arte o de manera inconveniente, según que se tuvieran o no los conocimientos requeridos para hacerlo correctamente. Por tanto, el libro era leído como parte del rito funerario o ante la persona que estaba muriendo cuando le llegaban sus últimos momentos. Se pensaba que servía así para dos funciones. En primer lugar, para ayudar a la persona que estaba muriendo a recordar cada uno de los maravillosos fenómenos conforme los iba experimentando. En segundo lugar, para ayudar a los que seguían viviendo a tener pensamientos positivos y a no mantener al muerto con su amor y preocupación emocional, de forma que pudiera entrar en los planos posteriores a la muerte con una estructura mental adecuada y liberado de todas las preocupaciones corporales.

Para conseguir esos fines, el libro contiene una detallada explicación de los diferentes estadios que atraviesa el alma tras la muerte física. La correspondencia entre su relato de los primeros estadios de la muerte y la descripción que me han hecho los que se han encontrado cerca de ella es fantástica.

Ante todo, en el Libro tibetano, la mente o alma de la persona muerta abandona el cuerpo. Poco tiempo después, el alma se «desvanece» y se encuentra en un vacío; no en un vacío físico, sino uno sometido a sus propios límites y en el que existe la conciencia. Puede oír ruidos y sonidos alarmantes, descritos como rugido, estruendo y ruidos silbantes, como los del viento, y generalmente el muerto ve que él y lo que le rodea está envuelto en una luz neblinosa y gris.

Se sorprende de verse a sí mismo fuera del cuerpo físico. Ve y oye a sus parientes y amigos lamentándose sobre su cuerpo y preparando el funeral, y cuando intenta comunicar con ellos, ni lo escuchan ni lo ven. Todavía no ha comprendido que está muerto y se encuentra confuso. Se pregunta a sí mismo si está muerto o no, y cuando comprende finalmente que sí lo está, no sabe adónde irá o lo que hará. Se siente pesaroso y deprimido en su estado. Durante un tiempo permanece cerca de los lugares que le han sido familiares durante su vida física.

Observa que todavía está en un cuerpo -llamado el cuerpo «brillante»-, que no parece estar compuesto de sustancia material. Puede atravesar las piedras, paredes y montañas sin encontrar resistencia. El viaje es casi instantáneo. Cuando desea ir a algún sitio, llega en un momento. Su pensamiento y percepción están menos limitados; su mente es muy lúcida y sus sentidos parecen más perfectos y cercanos a la naturaleza divina. Si en la vida física ha sido ciego, o mudo, o lisiado, se sorprende de que en su cuerpo «brillante.» tiene todos los sentidos, y que todas las facultades de su cuerpo físico se han restaurado e intensificado. Puede encontrarse con otros seres con el mismo tipo de cuerpo y con uno de luz pura y transparente. Los tibetanos aconsejan al muerto que se aproxima a esa luz que trate de tener sólo amor y compasión hacia los otros.

El libro también describe los sentimientos de inmensa paz que el muerto experimenta, así como una especie de «espejo en el que se refleja toda su vida, los actos buenos y malos, para que él y los seres que lo juzgan puedan verlos. En esta situación no cabe la mala interpretación, y la mentira sobre la propia vida es

imposible.

En resumen, aunque el Libro tibetano de los muertos incluye estadios más largos que ninguno de mis entrevistados han recorrido, es obvia la similitud entre lo que se relata en este antiguo manuscrito y lo que me han contado americanos del siglo veinte.

Emanuel Swedenborg

Swedenborg, que vivió entre 1688 y 1772, nació en Estocolmo. Era famoso en su época e hizo contribuciones respetables en varios campos de las ciencias naturales. Sus escritos, orientados en un principio hacia la anatomía, fisiología y psicología, le ganaron un gran reconocimiento. Sin embargo, en un periodo más tardío de su vida sufrió una crisis religiosa y comenzó a hablar de experiencias según las cuales pretendía haber estado en comunicación con entidades espirituales del más allá.

Sus obras posteriores tienen muchas descripciones de cómo es la vida que hay más allá de la muerte. De nuevo es sorprendente la correlación entre lo que él escribe de algunas de sus experiencias espirituales y lo que cuentan los que han tenido experiencias cercanas a la muerte. Por ejemplo, describe cómo, cuando han cesado las funciones corporales de respiración y circulación,

el hombre todavía no ha muerto, sino que está separado de la parte corpórea que utilizó en el mundo... El hombre, cuando muere, sólo pasa de un mundo a otro.[1]

[1] Todas las citas de Swedenborg están tomadas del Compendium of the Theological and Spiritual Writings of Emanuel Swedenborg (Boston: Crosby and Nichols, 1853), págs. 160-197.

Afirma que él mismo ha pasado por las primeras etapas de la muerte y ha tenido experiencias fuera de su cuerpo.

Pasé por un estado de insensibilidad de los sentidos corporales, casi por el estado de la muerte; la vida de pensamiento interior seguía entera, por lo que percibí y retuve en la memoria las cosas que ocurrieron y lo que les ocurre a los que han resucitado... Especialmente se percibe... que hay una absorción..., un tirón de... de la mente, es decir, del espíritu, hacia fuera del cuerpo.

Durante la experiencia se encuentra con seres a los que identifica con «ángeles». Éstos le preguntan si está preparado para morir.

Aquellos ángeles me preguntaron primero cuál era mi pensamiento, si era como el de los que mueren, que generalmente se preguntan sobre la vida eterna; me dijeron que deseaban mantener mi mente en ese pensamiento.

La comunicación que tiene lugar entre Swedenborg y los espíritus no es de tipo terrestre y humano. Es casi una transferencia directa de pensamientos. No hay posibilidad de mala comprensión.

Los espíritus conversan entre sí mediante un lenguaje universal... Todo hombre, nada más morir, conoce ese lenguaje..., que es propio a su espíritu...

Lo que le dice un ángel o un espíritu a un hombre se oye igual que lo que le dice un hombre a otro hombre. Pero no es oído por los otros que están allí, sino por él sólo; la razón es que lo que dice el ángel o el espíritu fluye primero al pensamiento de hombre...

La persona recién fallecida no comprende que está muerta, pues sigue en un

«cuerpo» que se asemeja al cuerpo físico en varios aspectos.

El primer estado del hombre tras la muerte es similar a su estado en el mundo, pues externamente es de la misma manera... Por tanto, no sabe otra cosa que el hecho de que sigue en el mundo... Una vez que se han maravillado de que están en un cuerpo y de que siguen en el mundo... desean saber lo que es el cielo y el infierno.

El estado espiritual es menos limitado. La percepción, el pensamiento y la memoria son más perfectos, y el tiempo y el espacio ya no constituyen obstáculos, como en la vida física.

Todas las facultades de los espíritus... se dan en un estado más perfecto, así como las sensaciones, pensamientos y percepciones.

El muerto puede encontrarse con otros espíritus, a los que conoció en vida. Están allí para ayudarle a pasar al más allá.

El espíritu de un hombre recién salido del mundo es... reconocido por sus amigos y por aquellos a quienes había conocido en el mundo..., que lo instruyen de lo concerniente al estado de vida eterna...

Puede ver su vida pasada en una visión. La recuerda con todo detalle y no tiene posibilidad de mentir u ocultar nada.

La memoria interior... En ella están escritas todas las cosas particulares... que el hombre ha pensado, hablado y hecho... desde su primera infancia hasta el momento de morir. Al hombre le acompaña el recuerdo de todas las cosas cuando pasa a la otra vida y es llevado sucesivamente a rememorarlas todas... Cuanto ha hablado y hecho... queda manifiesto ante los ángeles con una luz tan clara como la del día..., y... nada hay tan oculto en el mundo que no se manifieste tras la muerte... como visto en efigie, cuando el espíritu es visto a la luz del cielo.

Swedenborg también describe la «luz del Señor», que penetra el futuro, una luz de inefable brillo que él mismo ha visto. Es una luz de verdad y comprensión.

De nuevo en los escritos de Swedenborg, como antes en la Biblia, las obras de Platón y en el Libro tibetano de los muertos, encontramos notables paralelos con los acontecimientos que han contado nuestros contemporáneos que tuvieron experiencias próximas a la muerte. Surge, sin embargo, la cuestión de si dicho paralelismo es realmente tan sorprendente. Alguien podría sugerir, por ejemplo, que los autores de esas obras podrían estar influenciados entre ellos. Tal aserción podría sostenerse en algunos casos, pero no en todos. Platón admite que algunas de sus intuiciones derivan directamente del misticismo religioso de Oriente, por lo que podría estar influenciado por la misma tradición que produjo el Libro tibetano de los muertos. A su vez, las ideas de la filosofía griega influenciaron a algunos autores del Nuevo Testamento, por lo que podría argumentarse que la discusión de San Pablo sobre el cuerpo espiritual podría tener sus raíces en Platón.

Por otro lado, en la mayor parte de los casos no es posible establecer que tal influencia haya podido tener lugar. Cada escrito tiene algunos detalles interesantes que sólo se producen en mis entrevistas y que, por tanto, su autor no podría haber sacado de autores anteriores. Swedenborg leyó la Biblia y estaba familiarizado con Platón. Sin embargo, alude varias veces al hecho de que quien acaba de morir no comprende su estado hasta pasado cierto tiempo. Este hecho, que se produce una y otra vez en los relatos de quienes han tenido una experiencia próxima a la muerte, no es mencionado ni en la Biblia ni en Platón. En cambio, sí es enfatizado en el Libro

tibetano de los muertos, obra que Swedenborg no tuvo posibilidad de leer, pues no fue traducida hasta 1927.

¿Es posible que las experiencias próximas a la muerte que yo he recogido estuvieran influenciadas por las obras que he discutido? Todas las personas a las que he entrevistado conocían la Biblia con anterioridad a su experiencia, y dos o tres sabían algo de Platón. Ninguno tenía noticias siquiera de la existencia de las obras de Swedenborg o del Libro tibetano de los muertos. Algunos detalles que no aparecen en la Biblia ni en Platón afloran constantemente en las experiencias que he recogido y se corresponden exactamente con acontecimientos y fenómenos mencionados en las fuentes más inusuales.

Debe reconocerse que la existencia de paralelos y similitudes entre los escritos de los antiguos pensadores y los informes de americanos actuales que sobrevivieron a experiencias próximas a la muerte sigue siendo un hecho sorprendente y todavía no explicado. También hemos de preguntarnos la razón por la cual la sabiduría de los tibetanos, la teología y las visiones de Pablo, las extrañas intuiciones y mitos de Platón y las revelaciones espirituales -de Swedenborg están tan de acuerdo, tanto entre ellos mismos como con los informes de los individuos contemporáneos que se hallaron próximos al estado de la muerte.

4. Cuestiones

AL lector ya se le habrán ocurrido muchas dudas y objeciones. Gran cantidad de preguntas se me han planteado sobre la materia en los años que llevo dando conferencias en público y hablando de ello en privado. En general, suelen preguntarme las mismas cosas en la mayor parte de las ocasiones, por lo que me resulta sencillo hacer una lista con las que me han hecho con mayor frecuencia. En este capítulo y en el siguiente me dedicaré a ellas.

¿Se está inventando usted todo esto?

No. Trato de hacerme un porvenir en la enseñanza de la psiquiatría y la filosofía de la medicina, y si intentara perpetrar una trampa no sería el camino para llegar a ese fin.

Además, según mi experiencia, los que han buscado con diligencia entre sus conocidos, amigos y parientes experiencias semejantes pronto han visto desaparecer sus dudas.

¿No está siendo poco realista? ¿Hasta qué punto son comunes esas experiencias?

Soy el primero en admitir que, debido a la naturaleza necesariamente limitada de los casos que muestro, soy incapaz de dar un cálculo estadístico numéricamente significativo de la incidencia de este fenómeno. Sin embargo, quiero decir lo siguiente: la incidencia de estos fenómenos es más común de lo que pensaría cualquiera que no los haya estudiado. He dado muchas conferencias sobre la materia, ante grupos de diferentes tipos, y no se dio un solo caso en el que no se haya levantado alguien para contarme una historia semejante, e incluso públicamente en algunos casos. Por supuesto, puede alegarse -y quien lo haga no se equivoca- que hay más probabilidad de que vaya a esas conferencias quien ha tenido una de esas experiencias. Sin embargo, en muchos de los casos que me he encontrado, la persona no vino a la conferencia a causa del tema. Por ejemplo, recientemente me dirigí a un grupo de unas treinta personas. Dos de ellas habían tenido experiencias próximas a la muerte y se encontraban allí por ser miembros del grupo. Ni siquiera conocían de antemano el tema de la charla.

Si las experiencias próximas a la muerte son tan frecuentes como usted dice, ¿por qué no es algo generalmente conocido?

Hay varias razones para ello. En primer lugar, se encuentra el hecho, en mi opinión, de que nuestra época está decididamente en contra de la discusión sobre la posibilidad de supervivencia a la muerte corporal. Vivimos en una era en que la ciencia y la tecnología han dado pasos de gigante en la comprensión y conquista de la naturaleza. Hablar de la vida posterior a la muerte les resulta algo atávico a muchos que sienten que la idea pertenece más a nuestro pasado «supersticioso» que al presente «científico». En consecuencia, quienes han experimentado lo que recae fuera de la esfera de la ciencia, tal como la entendemos, son considerados ridículamente. Siendo conscientes de esas actitudes, las personas que han tenido experiencias trascendentes se muestran remisas a relatarlas abiertamente. Estoy convencido de que una gran cantidad de material se esconde en las mentes de quienes han tenido esas experiencias, pero que, por miedo a ser tomados como «locos» o «excesivamente imaginativos», nunca lo han contado salvo a uno o dos amigos íntimos o parientes.

Además, la oscuridad pública del tema parece derivar en parte de un fenómeno psicológico bastante común que implica a la atención. Gran parte de lo que oímos y vemos queda sin registrar en nuestras mentes. Sin embargo, si nuestra atención es

atraída por algo, tenemos la tendencia anotarlo después. Muchas personas han tenido la experiencia de aprender una nueva palabra y luego verla en todo lo que leían en los días siguientes. La razón no es que el lenguaje haya adoptado esa palabra y aparezca por todas partes, se trata más bien de que la palabra estaba en todo lo que había leído, pero, no siendo consciente de su significado, la pasaba por alto sin darse cuenta de su existencia.

Similarmente, tras una conferencia abrí el turno de discusión y un doctor se levantó y me dijo: «Llevo varios años dedicado a la medicina. Si estas experiencias son tan comunes como usted dice, ¿cómo no había oído hablar de ellas?» Sabiendo que probablemente habría alguien que conocería algún caso, devolví la pregunta al auditorio, y pregunté: «¿Ha oído alguien hablar de alguna experiencia semejante?» La esposa del doctor levantó el brazo y contó una que le había ocurrido a un amigo íntimo de ambos.

Por dar otro ejemplo, puedo citar el de un médico a quien yo conozco, que tomó conciencia de estos fenómenos leyendo un antiguo artículo de periódico sobre una de mis conferencias. Al día siguiente un paciente le relató, sin haberle preguntado él nada, una experiencia similar. El médico estableció que su paciente no podía saber nada de mis estudios. Le confió la historia porque estaba sorprendido y algo alarmado por lo que le ocurrió y buscaba una opinión médica. Es posible que en ambos casos los doctores supieran algo del asunto con anterioridad, pero de ser así habían pensado en ello como desviaciones individuales y no como fenómenos ampliamente extendidos, motivo por el cual no le prestaron atención.

En el caso de los médicos existe un factor adicional que puede contribuir a la explicación de su desconocimiento de los fenómenos próximos a la muerte, a pesar de que sería de esperar que los médicos, con más motivo que nadie, se tienen que haber encontrado con casos de ese tipo. Durante su aprendizaje en las facultades de medicina se los bombardea constantemente con la idea de que deben guardar muchas reservas ante la expresión que hace el paciente de lo que siente. Un médico presta mucha atención a los «signos» objetivos de los procesos de la enfermedad, pero toma los informes subjetivos («síntomas») con muchas reservas. Es un procedimiento razonable, pues es más factible enfrentarse a lo objetivo. Sin embargo, dicha actitud tiene también el efecto de esconder las experiencias que nos incumben, pues muy pocos médicos suelen preguntar a los pacientes que han reanimado sobre sus sensaciones y percepciones. A causa de ello, cabe sospechar que los doctores -en teoría el grupo con más posibilidades de encontrar experiencias cercanas a la muerte- no tienen más posibilidades que el resto de las personas de encontrarse con tal tipo de casos.

¿Ha detectado alguna diferencia entre mujeres y hombres con respecto a este fenómeno?

No parece existir ninguna diferencia en los contenidos o tipos de experiencias informados por unas y otros. Tanto los hombres como las mujeres han descrito los elementos más comunes de los encuentros con la muerte que hemos discutido y ninguno de los aspectos se da con más frecuencia en unos o en otras.

Las diferencias son de otro tipo. En general, los hombres que tuvieron esas experiencias se han mostrado más reticentes a la hora de hablar de ello. Fueron más los hombres que me contaron con brevedad sus casos y no han respondido a mis cartas o contestado a mis llamadas cuando he tratado de obtener un informe más detallado. Más hombres que mujeres me han dicho: «Traté de olvidarlo, de suprimirlo», aludiendo con frecuencia al miedo, al ridículo o confesando que las emociones implicadas en la experiencia eran excesivamente abrumadoras para volver a contarlas.

Aunque no puedo ofrecer ninguna explicación del hecho, no he sido el único en observarlo. El doctor Russell Moores, famoso investigador, me dijo que tanto él como

algunos de sus compañeros habían observado la misma situación. Los hombres que llegan a él para informarlo de alguna experiencia psíquica son tres veces menos numerosos que las mujeres.

También es interesante el hecho de que durante el embarazo el número de experiencias ha sido mayor. También puedo explicar el motivo. Quizá se deba a que es un estado fisiológico en el que hay mayor posibilidad de riesgo y mayor número de complicaciones médicas potenciales. Unido el hecho de que ese estado sólo se da en las mujeres, al de que éstas son menos reticentes para hablar, podría explicarse la mayor frecuencia de tales experiencias durante el embarazo.

¿Cómo sabe que no le están mintiendo?

A quienes no han escuchado y visto cómo relataban las experiencias les resultaba fácil mantener la hipótesis de que esas historias son falsas. Me encuentro, sin embargo, en una posición única. He sido testigo de que hombres y mujeres adultos, maduros y emocionalmente estables, se venían abajo y lloraban al contarme acontecimientos que les habían sucedido tres décadas antes. He detectado en sus voces una sinceridad, calor y sentimiento que no pueden ser transcritos en el libro. En consecuencia, la noción de que esos relatos puedan estar preparados me resulta insostenible, aunque desgraciadamente es imposible que muchos otros compartan mi creencia.

Aparte de mi opinión, hay una serie de consideraciones que se oponen a la hipótesis de tal preparación. La más obvia es la dificultad de explicar la similitud de tantos relatos. ¿Cómo es posible que en ocho años tantas personas hayan venido a mí con la, misma mentira? La confabulación podría ser una posibilidad teórica. ¿Es concebible que una agradable dama de Carolina del Norte, un estudiante de medicina de Nueva Jersey, un veterinario de Georgia y muchos otros hayan formado una banda e iniciado una conspiración para producir una mentira elaborada para mí? ¡No creo que sea una posibilidad muy factible!

Si no están mintiendo abiertamente, quizá lo estén desfigurando de una manera más sutil. ¿No es posible que hayan elaborado sus historias con los años?

Esta cuestión hace referencia al bien conocido fenómeno psicológico de que una persona puede iniciar un relato simple de un acontecimiento o experiencia, convirtiéndolo con el paso del tiempo en un relato elaborado. Cada vez que lo cuenta añade un detalle sutil y acaba por creérselo él mismo, de forma que al final la historia está tan embellecida como alejada del original.

No creo que ese mecanismo haya sido operativo en la mayor medida en los casos que he estudiado. En primer lugar, los relatos de las personas a las que entrevisté inmediatamente después de su experiencia -en algunos casos cuando aún se encontraban en el hospital son idénticos a los de quienes recordaban historias que habían sucedido hacía décadas. Además, en algunos casos habían escrito descripciones de sus experiencias al poco tiempo de haberlas tenido y me leían sus notas durante la entrevista. También estas descripciones son del mismo tipo que las recordadas tras un lapso de varios años. Hay que tener en cuenta el hecho de que a veces he sido la primera o segunda persona con la que hablaban de ello, y que aun así lo hacían con bastante desgana a pesar de que habían pasado varios años. Aunque en esos casos la oportunidad de embellecimiento era escasa o nula, tampoco se diferenciaban de los relatos que habían sido contados muchas veces en varios años. Lo que sí ha sido posible en algunos casos es lo contrario al embellecimiento. Es lo que los psiquiatras llaman «supresión»: un esfuerzo consciente por controlar los recuerdos indeseados, los sentimientos o los pensamientos, o por ocultarlos a la conciencia. En numerosas ocasiones, en el curso de las entrevistas me han hecho observaciones indicativas de que se había producido la supresión. Por ejemplo, una

mujer que me contó una experiencia muy elaborada que tuvo lugar durante su «muerte», me dijo: «Creo que hay más cosas, pero no puedo recordarlas. Traté de olvidarlas porque sabía que la gente no iba a creerme.» Un hombre, que sufrió un paro cardiaco durante una operación debida a unas heridas graves recibidas en Vietnam, me contó sus dificultades para tratar emocionalmente con sus experiencias externas al cuerpo. «He dejado de contarlo hasta ahora..., creo que hay muchas cosas que no recuerdo. He tratado de olvidarlas.» En resumen, parece evidente que el embellecimiento no ha sido un factor significativo en el desarrollo de estas historias.

¿Profesaban esas personas una religión con anterioridad a la experiencia? ¿No estará formado todo, en ese caso, por las creencias y antecedentes religiosos?

Parecen estarlo hasta cierto punto. Como mencioné antes, aunque la descripción del ser luminoso es invariable, sí cambia la identidad que se le adscribe, aparentemente en función de los antecedentes religiosos del individuo. Sin embargo, en toda mi investigación no he escuchado una sola referencia al cielo o al infierno, ni el cuadro que acostumbramos a oír en esta sociedad. Muchas personas han señalado qué diferentes fueron sus experiencias a lo que hubieran esperado teniendo en cuenta su aprendizaje religioso. Una mujer me contó: «Siempre había oído que al morir se veía el cielo y el infierno, pero yo no vi el uno ni el otro.» Otra, que tuvo una experiencia externa al cuerpo tras unas heridas graves, me informó: «Lo extraño es que en la educación religiosa que recibí siempre me habían enseñado que al morir te encuentras ante las bellas y nacaradas puertas. Pero yo flotaba alrededor de mi cuerpo..., ¡y eso fue todo! Estaba asombrada.» Además, en algunos casos los informes provienen de personas que carecían de creencia o educación religiosa anterior a la experiencia, y sus descripciones no parecen diferir en contenido en comparación con las de personas con fuertes creencias religiosas. En algunos casos, alguien que había estado expuesto a doctrinas religiosas y las había rechazado adquirió profundos y nuevos sentimientos religiosos tras la experiencia. Otros comentan que aunque habían leído textos religiosos, como la Biblia, hasta que tuvieron aquella experiencia no habían comprendido realmente algunas cosas.

¿Qué relación tienen las experiencias que ha estudiado con la posibilidad de la reencarnación?

Ninguno de los casos que he observado es indicativo de alguna manera de que la reencarnación se produzca. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que ninguno de ellos excluye esa posibilidad. Si la reencarnación existe, parece lógico pensar que se producirá un intervalo en alguna otra esfera entre el tiempo de separación del viejo cuerpo y la entrada en otro nuevo. En consecuencia, el entrevistar a quienes han estado cerca de la muerte no es la técnica apropiada para estudiar la reencarnación.

Otros métodos se han intentado para estudiar ese fenómeno. Por ejemplo, algunos han utilizado la técnica de la «regresión lejana». Un sujeto es hipnotizado y se le sugiere que retroceda mentalmente a etapas cada vez más lejanas en la vida. Cuando alcanza las primeras experiencias que puede recordar de su vida presente, se le dice que trate de retroceder un poco más. En ese punto, algunas personas comienzan a contar historias elaboradas sobre vidas anteriores en épocas pasadas y lugares distantes. En algunos casos, tales historias se comprueban con notable precisión. Así ocurre cuando se establece que el sujeto no podía haber conocido de forma normal los acontecimientos, personas y lugares que describe con tanta precisión. El caso de Bridey Murphy es de los más famosos, pero hay muchos otros, algunos incluso más impresionantes y mejor documentados, que no son tan ampliamente conocidos. Los lectores interesados en conocer esta cuestión pueden confrontar Twenty Cases Suggestlve of Reincarnation, del doctor Ian Stevenson. También es digno de tener en cuenta que en el Libro tibetano de los muertos, en donde se describen con tanta

precisión los estadios del encuentro con la muerte, se dice que la reencarnación se produce en un punto posterior, tras los acontecimientos que han sido relatados por mis entrevistados.

¿Ha entrevistado alguna vez a alguien que haya tenido una experiencia cercana a la muerte en relación con un intento de suicidio? ¿Fue la experiencia diferente en ese caso?

Conozco algunos casos en los que un intentó de suicidio fue la causa de la «muerte» aparente. Estas experiencias fueron uniformemente caracterizadas como desagradables.

Una mujer me dijo: «Si dejas esto con un alma atormentada, también allí la tendrás.» En resumen, dicen que los conflictos que les llevaron a suicidarse para escapar estaban todavía presentes cuando murieron, pero con más complicaciones. En el estado incorpóreo no podían hacer nada por sus problemas, pero tenían que ver las desgraciadas consecuencias que resultaban de sus actos.

Un hombre que se pegó un tiró, deprimido por la muerte de su esposa, «muriendo» y resucitando luego, cuenta:

No fui adonde estaba [mi esposa]. Fui a un lugar horrible... Inmediatamente comprendí el error que había cometido y pensé: «Ojalá no lo hubiera hecho.»

Otros que han experimentado ese desagradable «limbo» cuentan que tuvieron la sensación de que estarían allí mucho tiempo. Fue su castigo por «romper las reglas», por tratar de liberarse a sí mismos de lo que era una «misión»: cumplir un cometido en la vida.

Esas observaciones coinciden con las informaciones de personas que «murieron» por otras causas, pero que mientras estaban en ese estado les llegó el pensamiento de que el suicidio era un acto muy desafortunado al que le esperaba un grave castigo. Un hombre que estuvo cerca de la muerte tras un accidente automovilístico, cuenta:

[Mientras estuve allí] tuve la sensación de que dos cosas me estaban totalmente prohibidas: suicidarme y matar a otra persona... Si me matara a mí mismo, sería arrojarle a Dios su regalo a la cara... Matar a otro sería interferir en los propósitos de Dios para ese individuo.

Sentimientos como ésos, que me han expresado en distintas entrevistas, son idénticos a los encerrados en los más antiguos argumentos teológicos y morales contra el suicidio, descritos en diversas formas en los textos de pensadores tan diferentes cómo Santo Tomás de Aquino, Locke y Kant. Un suicida, según Kant, está actuando en oposición a los propósitos de Dios y llega al otro lado con la consideración de rebelde a su Creador. Santo Tomás de Aquino afirma que la vida es un don de Dios, y que a Él, no al hombre, le corresponde retirarlo.

Sin embargó, discutiendo esto no paso de un juicio moral contra el suicidio. Sólo informó de lo que me han contado otros que han pasado por esa experiencia. Estoy preparando ahora un segundo libro sobre experiencias cercanas a la muerte en el que este tema, junto con otros, será tratado con mayor amplitud.

¿Conoce algún caso perteneciente a otra cultura?

No. De hecho, una de las múltiples razones por las que digo que mi estudio no es «científico» se debe a que el grupo de individuos a quienes he escuchado no está constituido por una muestra al azar de seres humanos. Estaría muy interesado en escuchar experiencias cercanas a la muerte de esquimales, indios kwakiutl, navajos, de watusis, etcétera. Sin embargo, debido a limitaciones geográficas y de otro tipo no

he podido localizar ninguna.

¿Hay ejemplos históricos de fenómenos cercanos a la muerte?

No los conozco. Sin embargo, dado que he estado totalmente ocupado por ejemplos contemporáneos, he carecido de tiempo para investigar esa cuestión. No me sorprendería descubrir que existen informes de ese tipo en el pasado. Por otra parte, tengo la sospecha de que las experiencias cercanas a la muerte han sido más comunes en las pasadas décadas que en periodos anteriores. La razón es que sólo en los últimos tiempos ha podido producirse la reanimación tecnológica. Muchos de los individuos que sobrevivieron en nuestra época no hubieran podido hacerlo en tiempos pasados. Inyecciones de adrenalina al corazón, una máquina que produce un shock en él, corazones artificiales y pulmones de acero son ejemplos de esos avances médicos.

¿Ha investigado los registros médicos en sus entrevistados?

Siempre que me fue posible. En los casos en que me invitan a hacerlo han demostrado la exactitud de las afirmaciones hechas por las personas implicadas. En algunos casos, debido al paso del tiempo y/o a la muerte de las personas que realizaron la reanimación, los registros no estaban disponibles. Los informes de los cuales no existen registros no son diferentes de los que los poseen. En muchos casos, cuando los registros médicos no han sido accesibles, he contado con el testimonio de otros -amigos, doctores o parientes del informante-, quienes han afirmado que se produjo la muerte clínica.

He oído que al cabo de cinco minutos la reanimación es imposible, y, sin embargo, usted dice que algunos de los entrevistados estuvieron «muertos» hasta veinte minutos. ¿Cómo es posible?

La mayor parte de los números y cantidades que se citan en la práctica médica son valores medios y no deben tomarse como absolutos. La cifra de cinco minutos que con frecuencia oímos es un promedio. Es una norma clínica no intentar la reanimación después de cinco minutos porque, en la mayor parte de los casos, puede haberse producido algún daño cerebral por falta de oxígeno. Sin embargo, como es un promedio, puede esperarse que existan casos individuales a ambos extremos. Incluso he encontrado casos en los que la reanimación se produjo después de veinte minutos, sin que de ello resultara dañado el cerebro.

¿Algunos de ellos estuvieron realmente muertos?

Una de las razones principales por las que esa cuestión es tan confusa y difícil de responder es que hay un problema semántico en relación con el significado de la palabra «muerte». Como revela la reciente controversia en torno a los trasplantes de órganos, la definición de la «muerte» no está establecida ni siquiera entre los profesionales en el campo de la medicina. Los criterios no varían sólo entre abogados y médicos, sino entre los mismos médicos y de hospital a hospital. La respuesta dependerá, por tanto, de lo que se entienda por «muerte». Será provechoso examinar aquí las tres definiciones y hacer un comentario de ellas.

1. «Muerte» como ausencia de signos vitales clínicamente detectables

Hay quien dice que una persona está «muerta» si su corazón deja de latir y permanece sin respirar por un periodo de tiempo extenso; si su presión sanguínea desciende tanto que no puede detectarse; si dilata las pupilas; si la temperatura corporal comienza a descender, etc. Es la definición clínica, y ha sido empleada desde

siglos por médicos y abogados. De hecho, la mayor parte de la gente que fue considerada muerta ha sido tratada con ese criterio. En ese nivel clínico se encontraron muchas de las personas cuyos casos he estudiado. Tanto los testimonios de los médicos como los datos registrados apoyan el argumento de que tuvieron lugar muertes» en ese sentido.

2. «Muerte» como ausencia de actividad eléctrica cerebral

El avance de la tecnología ha producido el desarrollo de técnicas más sensitivas para detectar los procesos biológicos, incluso los que no son observables con los sentidos humanos. El electroencefalógrafo (EEG) es un aparato que amplifica y registra los reducidos potenciales eléctricos del cerebro. Recientemente, hay una tendencia a determinar la muerte «real» cuando no hay actividad eléctrica en el cerebro, lo que se determina por trazados erectos» en el EEG.

Obviamente, en todos los casos de reanimación con que he tratado existía una extrema emergencia clínica y no había tiempo para colocar un EEG. Los médicos estaban ocupados en conseguir reanimar al paciente. En consecuencia, puede argumentarse que ninguna de esas personas estuvo «muerta».

Supongamos por un momento que se han obtenido lecturas «rectas» con un EEG en un gran porcentaje de las personas que fueron consideradas muertas y resucitaron. ¿Añadiría mucho ese hecho? Por tres motivos, creo que no. Primero, los intentos de reanimación son siempre emergencias que pueden durar todo lo más treinta minutos. Colocar una EEG es una tarea técnica muy complicada, y es bastante común que incluso los más experimentados tengan que trabajar con él algún tiempo antes de obtener lecturas correctas, incluso en las mejores condiciones. En una emergencia, con su consiguiente confusión, la probabilidad de error sería mucho mayor. Por tanto, incluso aunque pueda presentarse un trazado erecto» de EEG obtenido en una persona con una experiencia próxima a la muerte, cualquier crítico podría decir, con justicia, que la lectura podía no ser exacta.

Segundo, incluso la maravillosa máquina que mide las ondas cerebrales, apropiadamente colocada, no nos permite determinar con infalibilidad si la reanimación es posible en un caso dado. Se han obtenido trazados rectos de EEG en personas que posteriormente fueron reanimadas. Las sobredosis de drogas que actúan como depresoras del sistema nervioso central, así como la hipotermia (baja temperatura corporal), producen ese fenómeno.

Tercero, si pudiese contar con un caso en que se hubiese establecido que la máquina estaba bien conectada, todavía quedaría un problema. Alguien podría decir que no hay prueba de que la experiencia cercana a la muerte tuvo lugar mientras el trazado era rectilíneo, pues pudo ocurrir antes o después. Por tanto, mi conclusión es que el EEG no resulta muy válido en el estadio presente de la investigación.

3. «Muerte» como pérdida irreversible de funciones vitales

Hay quien adopta incluso una definición más restrictiva, sosteniendo que no puede hablarse de que una persona está muerta si posteriormente es reanimada, con independencia del tiempo en que los signos vitales hayan sido clínicamente indetectables y del tiempo en que los trazados del EEG hayan sido rectilíneos. En otras palabras, se define a la muerte como el estado del cuerpo del cual no se puede salir. Obviamente, según esta definición, ninguno de los casos que he conocido han implicado el estado de muerte, pues en todos se ha producido la reanimación.

Hemos visto, entonces, que la respuesta a la pregunta depende de lo que se entienda por muerte. Hay que tener en cuenta que es una disputa semántica; la cuestión no pierde por ello importancia, pues las tres definiciones encierran significativos puntos de vista. De hecho, yo estaría de acuerdo con la tercera, con la

más rigurosa de todas. Incluso en los casos en que el corazón no palpita, los tejidos del cuerpo, particularmente del cerebro, deben seguir con oxígeno y alimento la mayor parte del tiempo. No es necesario en ningún caso suponer que se ha violado una ley biológica o fisiológica. Para que se haya producido la reanimación en las células del cuerpo debe haber continuado algún grado de actividad residual, aunque los signos normales de esos procesos no sean clínicamente detectables con los métodos empleados. No obstante, en el momento presente parece imposible determinar con exactitud cuál es el punto sin retorno. Puede variar de un individuo a otro, y posiblemente no sea un punto fijo, sino una gama de variación en un continuo. De hecho, hace unas décadas la mayor parte de las personas con las que he hablado no podrían haber regresado, por lo que podemos pensar que en el futuro dispondremos de técnicas para revivir a gente que no puede ser salvada hoy en día.

Supongamos que la muerte es una separación de la mente y el cuerpo y que la primera pasa a otras esferas de la existencia en ese punto. Habría que llegar a la conclusión de que existe algún mecanismo por el cual el alma y el cuerpo se liberan tras la muerte. Seguimos sin ninguna base para suponer que este mecanismo funciona exactamente de acuerdo con lo que en nuestra era hemos aceptado arbitrariamente como el punto sin retorno. Ni podemos suponer que funciona perfectamente en cada caso, ni, mucho menos, que cualquier sistema corporal funciona siempre perfectamente. Quizá el mecanismo pueda ponerse en funcionamiento alguna vez antes de la crisis fisiológica, proporcionando a alguna persona una breve visión de otras realidades. Ello podría dar cuenta de los informes de quienes han tenido visiones retrospectivas de sus vidas, experiencias externas al cuerpo, etc., cuando están seguros de que van a morir, antes incluso de que se haya producido una herida grave.

Lo que en última instancia quiero afirmar es lo siguiente: cualquiera que sea el punto de muerte irrecuperable -en el pasado, presente y futuro-, aquellos con quienes he hablado han estado mucho más cerca de él que la gran mayoría de seres humanos. Por esta razón, deseo oír lo que ellos tienen que decir.

En un análisis final, por tanto, es inútil cavilar sobre la definición precisa de la «muerte» -irreversible o no- en el contexto de esta discusión. Lo que la persona que pone tales objeciones ante las experiencias cercanas a la muerte tiene en la mente es algo más básico. Para dicho crítico, en tanto quede una posibilidad de que haya alguna actividad biológica residual en el cuerpo, ella podrá ser la causa de la experiencia.

Doy por supuesto de antemano que esa actividad biológica residual debe existir en todos los casos. Por tanto, la cuestión de si hubo una muerte real se reduce al problema más básico de si la función biológica residual podría dar cuenta de la existencia de esas experiencias. En otras palabras:

¿Son posibles otras explicaciones? (es decir, otras que no sean la supervivencia a la muerte corporal).

Esta pregunta nos lleva al tema del siguiente capítulo.

5. Explicaciones

DISPONEMOS de «explicaciones» alternativas al fenómeno de proximidad a la muerte. Desde un punto de vista puramente filosófico pueden construirse infinidad de hipótesis para explicar cualquier experiencia, observación o hecho. Es decir, siempre se pueden dar más explicaciones teóricamente plausibles para cualquier cosa que se quiera demostrar. Lo mismo sucede con estas experiencias; se presentan todo tipo de explicaciones posibles.

De las numerosas explicaciones que pueden aportarse teóricamente, unas cuantas me las han hecho con relativa frecuencia en los encuentros públicos que he tenido. Trataré de estas explicaciones más comunes y de otras que todavía no me han propuesto. Las he dividido arbitrariamente en tres tipos: sobrenatural, natural (científica) y psicológica.

Explicaciones sobrenaturales

Aunque muy raramente, en las conferencias me han propuesto explicaciones demoníacas a las experiencias cercanas a la muerte, sugiriendo que eran dirigidas por fuerzas enemigas. Como respuesta a ellas puedo decir lo siguiente: creo que la mejor forma de distinguir entre experiencias dirigidas por Dios y las dirigidas por Satán es ver lo que la persona implicada hace y dice después de la experiencia. Es de suponer que Dios trataría de que aquellos ante quienes aparece fueran amorosos y perdonaran. Satán preferiría que sus siervos se dedicaran al odio y la destrucción. Las personas con las que he hablado están dispuestas a seguir el primer camino y a desaprobar el segundo. A la luz de las maquinaciones de un hipotético demonio tendría que haber hecho para engañar a su desventurada víctima (¿y con qué propósito?), ha fracasado miserablemente -por lo que yo sé- en la consecución de emisarios persuasivos de su programa.

Explicaciones naturales (científicas)

1. La explicación farmacológica

Se ha sugerido que esas experiencias están causadas por las medicinas administradas al enfermo en su momento de crisis. La plausibilidad superficial de esta idea deriva de varios hechos. Por ejemplo, la mayor parte de los médicos y abogados están de acuerdo en que algunos medicamentos producen experiencias y estados mentales engañosos y alucinatorios. Además, nos encontramos en una época en que hay un interés profundo por el problema del abuso de drogas, y gran parte de la atención pública se ha enfocado en el uso lícito del LSD, marihuana, etc., que parecen causar episodios alucinatorios. Nos encontramos, finalmente, con el hecho de que incluso muchas drogas médicamente aceptadas están asociadas a diversos efectos en la mente que pueden recordar a los acontecimientos de la experiencia de morir. Por ejemplo, la cetamina (o ciclohexanona) es un anestésico que se aplica mediante inyección intravenosa con efectos lateralmente similares en algunos aspectos a las experiencias externas al cuerpo. Ha sido calificado de anestésico «disociativo» porque, durante la inducción, el paciente puede quedar sin respuesta no sólo al dolor, sino también al entorno como totalidad. Se siente «disociado» de su entorno, incluyendo en él las partes de su propio cuerpo: brazos, piernas, etc. Después de la recuperación, durante cierto tiempo puede tener disturbios psicológicos, como alucinaciones y sueños muy vívidos. (Obsérvese que pocas personas han utilizado esa palabra -«disociación»- para caracterizar sus sentimientos cuando estaban fuera del cuerpo.)

También he recogido algunos relatos de gente que, cuando estaban bajo el efecto

del anestésico, identificaron como visiones alucinatorias de la muerte. Veamos un ejemplo.

Ocurrió cuando tenía diez años. Había ido al dentista para un empaste y me dieron óxido nítrico. Me ponía nervioso tomarlo porque pensaba que no despertaría de nuevo. Cuando la anestesia comenzó a hacer efecto, me sentí dando vueltas en espiral. No tenía la impresión de que yo mismo me estuviese moviendo, sino de que el sillón del dentista daba vueltas y ascendía más y más alto.

Todo era brillante y blanco cuando llegué al final de la espiral; unos ángeles bajaron a recibirme y llevarme al cielo. Uso el plural, «ángeles», porque aunque era algo muy vago estaba seguro de que había más de uno. No puedo decir cuántos.

En determinado momento, el dentista y la enfermera hablaban entre sí sobre otra persona, y los oía, pero cuando habían acabado una frase ni siquiera podía recordar el principio. Sabía que estaban hablando y que sus palabras formaban un eco que daba vueltas y vueltas. Era un eco que parecía alejarse, como el de las montañas. Recuerdo que me pareció oírlos desde arriba, pues tenía la impresión de estar subiendo al cielo.

Es todo lo que recuerdo, aparte de que no tenía miedo ante el pensamiento de morir. En esa época de mi vida temía ir al infierno, pero cuando ocurrió aquello sólo pensé que iba al cielo. Más tarde me sorprendió mucho que la idea de la muerte no me hubiera atemorizado, pero llegué a la conclusión de que en el estado de anestesia nada me molestaba. Me sentía feliz porque el gas me había quitado toda preocupación. Pensé que ése era el motivo. Fue algo muy vago y no me volví a preocupar de ello.

Obsérvese que hay algunos puntos de similitud entre esta experiencia y otras que fueron sentidas como reales por quienes las sufrieron. Se describe una luz brillante y blanca, el encuentro con otros que lo llevan al otro lado y no hay preocupación por estar muerto. También hay dos aspectos que sugieren una experiencia externa al cuerpo: su impresión de que oía desde arriba las voces del dentista y la enfermera y la sensación de «flotar».

Por otra parte, otros detalles de la historia son muy atípicos de las experiencias que se consideraron que realmente habían sucedido. La luz brillante no es personificada y no se producen inefables sentimientos de paz y felicidad. La descripción del otro mundo está muy literaturizada y, según propia confesión, muy de acuerdo con las enseñanzas religiosas recibidas. Los seres son identificados con «ángeles» y habla de ir al «cielo», que se encuentra «arriba». No ha visto ni su cuerpo ni cualquier otro cuerpo, y siente que es el sillón del dentista, y no su propio movimiento, la fuente de la rotación. Expresa repetidamente la vaguedad de su experiencia y ésta no tiene efectos sobre su creencia en un más allá. (De hecho, sigue teniendo dudas sobre la supervivencia a la muerte corporal.)

Comparando los informes en los que la experiencia es atribuida a la droga con las experiencias cercanas a la muerte que se consideran reales, deben mencionarse algunos puntos. En primer lugar, quienes me han descrito las experiencias con «drogas» no son ni más ni menos románticos, imaginativos o inteligentes. En segundo lugar, estas experiencias son extremadamente vagas. En tercer lugar, las historias varían unas de otras, pero la variación es mucho mayor con respecto a las visiones «reales» cercanas a la muerte. Además, al elegir el caso específico de experiencia con «anestésico», he escogido a propósito el que más claramente se asemeja al grupo de las experiencias «reales». Sugeriría, por tanto, que, en general, hay grandes diferencias entre los dos tipos de experiencias.

Hay factores adicionales que desaprueban la explicación farmacológica de esos fenómenos. El más significativo es que en muchos casos no se administró ninguna droga antes de la experiencia, y en algunos ni siquiera fue administrada con posterioridad. Muchas personas me han insistido en que la experiencia tuvo lugar antes de que les suministraran cualquier tipo de medicación, en algunos casos antes

de que obtuvieran cualquier clase de atención médica. Incluso en los ejemplos en que sí existieron drogas terapéuticas, la variedad de los medicamentos empleados con los diferentes pacientes es enorme. Desde sustancias como la aspirina, pasando por antibióticos y adrenalina hormonal, a anestésicos locales y gaseosos. La mayor parte de las drogas no se asocian con efectos sobre el sistema nervioso central o con efectos físicos. También hay que tener en cuenta que no existen diferencias entre los grupos que no recibieron medicamentos y los que sí. Diré, por último, sin añadir comentario alguno, que una mujer que «murió» dos veces en distintas ocasiones separadas por varios años, atribuye la falta de experiencia en la primera ocasión a que estaba anestesiada. La segunda vez, cuando no había tomado ninguna droga, tuvo una experiencia completa.

Una de las suposiciones de la moderna farmacología médica es la noción, que también ha ganado aceptación entre muchos abogados de nuestra sociedad, de que las drogas psicoactivas producen los episodios psíquicos con los que está asociado su uso. Estos acontecimientos psíquicos son considerados, por tanto, como «irreales», «alucinatorios», «engañosos» o producidos «sólo en la mente». Debe recordarse que esta idea no es universalmente aceptada; existe otra noción de la relación entre las drogas y las experiencias que suceden con su uso. Me refiero a la utilización iniciática y exploradora de lo que llamamos drogas «alucinógenas». En distintas épocas, el hombre ha utilizado esos compuestos psicoactivos en su búsqueda de otros estados de conciencia y realidad. (Para una exposición contemporánea viva y fascinante de esa utilización de la droga, véase el reciente libro, The Natural Mind, del doctor Andrew Weil.) De esta manera, el uso de la droga ha estado asociado históricamente no sólo con la medicina y el tratamiento de enfermedades, sino también con la religión y el logro de la iluminación. Por ejemplo, en los bien conocidos rituales del culto del peyote entre los indios americanos del oeste de Estados Unidos, el peyote (que contiene mescalina) es ingerido para alcanzar visiones religiosas e iluminación. Hay cultos similares en todo el mundo, y sus miembros comparten la creencia de que la droga empleada constituye un medio para pasar a otras dimensiones de la realidad. Suponiendo que esta idea sea válida, podría pensarse hipotéticamente que el uso de la droga sería un camino más entre los muchos que llevan al logro de la iluminación y al descubrimiento de otras esferas de la existencia. La experiencia de morir podría ser, en ese caso, otro de los caminos, y así nos sería posible explicarnos el parecido entre las experiencias inducidas por drogas con las que hemos analizado en este libro.

2. Explicaciones fisiológicas

La fisiología es la rama de la biología que trata de las funciones de las células, órganos y cuerpos completos de los seres vivos y de las interrelaciones entre esas funciones. Una explicación fisiológica de los fenómenos cercanos a la muerte que se han propuesto con frecuencia es que, dado que el abastecimiento de oxígeno al cerebro se suspende durante la muerte clínica y en otros casos de grave tensión corporal, el fenómeno percibido debe representar una especie de último grito compensatorio del cerebro moribundo.

El error principal de esa hipótesis es el siguiente: como puede verse fácilmente observando las experiencias relacionadas con la muerte que antes mencionamos, muchas de ellas se produjeron con anterioridad a cualquier tensión fisiológica del tipo requerido. En algunos casos ni siquiera hubo daño corporal durante el encuentro. Además, todos los elementos que aparecen en los casos de heridas graves se encuentran también en las historias contadas por quienes no habían sido heridos.

3. Explicaciones neurológicas

La neurología es la especialidad médica que trata de la causa, diagnosis y tratamiento de las enfermedades del sistema nervioso -es decir, el cerebro, la médula

espinal y los nervios-. En determinadas condiciones neurológicas también se observan fenómenos similares a los que fueron informados por personas que estuvieron cerca de la muerte. En consecuencia, algunos pueden proponer explicaciones neurológicas de las experiencias cercanas a la muerte en términos de supuestas malfunciones del sistema nervioso de la persona moribunda. Consideremos los paralelos neurológicos de dos de los más sorprendentes episodios de la experiencia de la muerte: la «revisión» instantánea de los acontecimientos de la vida del moribundo y el fenómeno de salirse del cuerpo.

Encontré un paciente en una sala de neurología de un hospital que me describió una forma peculiar de ataque en la que tenía visiones retrospectivas de los acontecimientos de su vida.

La primera vez que me ocurrió estaba mirando a un amigo que se encontraba en la habitación. El lado derecho de su rostro se distorsionó y, repentinamente, mi conciencia fue invadida por escenas que me habían ocurrido en el pasado. Se producían en la misma forma como habían ocurrido: vívidas, en color y tridimensionales. Sentí náuseas, y me asusté tanto que traté de evitan las imágenes. Desde entonces he tenido muchos de esos ataques y he aprendido lo suficiente para dejar que sigan su curso. El paralelo más cercano que puedo encontrar son las escenas que ponen en televisión en la noche de año nuevo. Las imágenes de lo ocurrido durante el año pasan por la pantalla, pero cuando estás viendo una ya se ha ido, sin que tengas tiempo ni siquiera de pensar en ella. Así ocurre con esos ataques. Veo algo y pienso que lo recuerdo. Trato de mantenerlo en la mente, pero ya ha sido sustituido por otra imagen.

Siempre son imágenes de algo que ha ocurrido y nada está modificado. Sin embargo, cuando ha terminado me resulta muy difícil recordar las imágenes que vi. A veces son las mismas imágenes, otras veces no. Cuando aparecen, recuerdo: «Son las mismas que vi antes», pero, cuando han terminado, es casi imposible recordar cuáles eran. No parecen acontecimientos particularmente significativos de mi vida. En realidad ninguno de ellos lo es. Son muy triviales. No se producen en orden, ni siquiera en el orden en que aparecieron en mi vida. Vienen al azar.

Cuando llegan las imágenes, puedo ver lo que está ocurriendo a mi alrededor, pero mi consciencia ha disminuido. Es casi como si la mitad de mi mente estuviera ocupada en esas imágenes y la otra mitad prestara atención a lo que estoy haciendo. Quienes me han visto durante un ataque dicen que dura un minuto, pero a mí me parecen siglos.

Existen ciertas similitudes obvias entre estos ataques, ocasionados sin duda por un foco de irritación en el cerebro, y la memoria panorámica de que habló alguno de mis entrevistados. Por ejemplo, el ataque de ese hombre toma la forma de imágenes visuales increíblemente vívidas y en tres dimensiones. Además, las imágenes parecen venirle, independientemente de cualquier intención por su parte. También alega que se producen con gran rapidez y pone de relieve la distorsión de sus sentidos del tiempo durante la experiencia.

Por otra parte, también hay notables diferencias. En oposición a la visión panorámica producida en las experiencias cercanas a la muerte, las imágenes no le vienen en el orden que tuvieron en la vida y no son vistas enseguida, en una visión unificadora. No se refieren a acontecimientos significativos de su vida; por el contrario, ponen de relieve su trivialidad. Por tanto, no parecen tener un motivo de juicio o educacional. Mientras que muchos de los sujetos que han tenido experiencias de muerte señalan que tras la «revisión» pueden recordar los acontecimientos de su vida con mayor claridad y detalle que antes, el paciente de neurología alega no recordar las imágenes particulares que siguieron al ataque.

Las experiencias externas al cuerpo tienen un análogo neurológico en las llamadas «alucinaciones autoscópicas», materia de un excelente artículo del doctor N.

Lukianowicz en la revista médica Archives of Neurology and Psychiatry. En esas extrañas visiones, el sujeto ve una proyección de sí mismo en su propio campo visual. El extraño «doble» imita las expresiones faciales y movimientos corporales de su original, que se encuentra totalmente confundido cuando ve una imagen de sí mismo a distancia, generalmente enfrente de él.

Aunque la experiencia es algo similar a las externas al cuerpo ya descritas, las diferencias superan con mucho las similitudes. El fantasma autoscópico siempre se percibe como vivo -a veces el sujeto piensa que incluso está más vivo y consciente que él-, mientras que en las experiencias externas al cuerpo éste es visto como si no tuviera vida, como si fuera un cascarón. El sujeto autoscópico puede «oír» a su doble hablándole, dándole instrucciones, burlándose de él, etc., mientras que en las experiencias externas el cuerpo todo él es visto -a no ser que esté parcialmente cubierto u oculto de otra manera-; frecuentemente, el doble autoscópico sólo es visto desde el pecho o el cuello.

De hecho, las copias autoscópicas tienen mucho más en común con lo que he llamado cuerpo espiritual que con el cuerpo físico que es visto por una persona moribunda. Los dobles autoscópicos, aunque a veces son vistos en color, son descritos con más frecuencia como tenues, transparentes y sin color. El sujeto puede ver cómo su imagen pasa a través de puertas o de otros obstáculos físicos sin problema aparente.

Presento aquí un relato de una alucinación autoscópica que me fue descrita. Es una experiencia única por cuanto implica simultáneamente a dos personas.

A las once de la noche de un verano, dos años antes de que mi esposa y yo nos casáramos, la llevaba a su casa en un deportivo convertible. Aparqué en la calle débilmente iluminada que había frente a su casa. Ambos quedamos sorprendidos cuando miramos hacía arriba al mismo tiempo y vimos unas imágenes de nosotros mismos, de la cintura para arriba y sentadas una al lado de la otra, en los grandes árboles que había en la calle a unos cien pies frente a nosotros. Las imágenes eran oscuras, casi como siluetas, y no podíamos ver a través de ellas, pero de todas formas eran réplicas exactas. Ninguno de los dos tuvimos problema para reconocerlas enseguida. Se movían, pero no imitando nuestros movimientos, pues estábamos sentados mirándolas. Hacían cosas como ésta: mi imagen cogía un libro y enseñaba algo que había en él a la imagen de mi esposa, y ella se inclinaba y miraba atentamente el libro.

Mientras estábamos sentados allí contaba a mi esposa lo que veía que estaban haciendo las imágenes, y cuanto decía era exactamente lo que ella veía. Luego cambiamos. Ella me decía lo que estaba viendo y coincidía exactamente con lo que veía yo.

Estuvimos mucho rato sentados, por lo menos treinta minutos, mirando y hablando de lo que veíamos. Creo que hubiéramos podido pasar así el resto de la noche. No obstante, mi esposa tenía que ir a su casa y subimos juntos por las escaleras de la colina que conducían al portal. Cuando bajé, volví a ver las imágenes, que siguieron allí mientras me marchaba.

No hay ninguna posibilidad de que fuera cualquier tipo de reflejo sobre el parabrisas, pues había retirado la parte superior del coche y todo el tiempo mirábamos por encima. Ninguno de los dos habíamos bebido, y todo ocurrió tres años antes de que oyéramos hablar del LSD o drogas parecidas. Tampoco nos encontrábamos cansados, aunque era algo tarde, por lo que no estábamos dormidos y soñando. Nos encontrábamos bien despiertos, alerta y sorprendidos cuando estábamos viendo las imágenes y hablábamos de ellas entre nosotros.

Concedamos que las alucinaciones autoscópicas son en cierta manera como los fenómenos externos al cuerpo asociados con una experiencia cercana a la muerte. Sin embargo, aunque nos remitiéramos sólo a los puntos de similitud y despreciáramos las

diferencias, la existencia de alucinaciones autoscópicas no nos daría una explicación de la ocurrencia de experiencias externas al cuerpo, por la razón de que tampoco hay una explicación para la existencia de las alucinaciones autoscópicas. Varios neurólogos y psiquiatras han propuesto muchas explicaciones contradictorias, pero el debate continúa y ninguna teoría ha ganado la aceptación general. Por tanto, tratar de explicar las experiencias externas al cuerpo como alucinaciones autoscópicas seria sustituir una situación sorprendente por un enigma.

Queda finalmente otro punto relevante en relación con las explicaciones neurológicas de las experiencias cercanas a la muerte. En un caso, encontré un sujeto con un problema neurológico residual derivado de un encuentro con la muerte. El problema era una parálisis parcial de un pequeño grupo de músculos de un lado del cuerpo. Aunque a menudo me pregunté si se trataba de un déficit residual, ha sido el único caso que he encontrado de daño neurológico posterior a un encuentro próximo con la muerte.

Explicaciones psicológicas

La psicología no ha alcanzado todavía el grado de rigor y precisión que tienen otras ciencias hoy en día. Los psicólogos siguen divididos en escuelas de pensamiento con puntos de vista, aproximaciones a la investigación y entendimientos fundamentales conflictivos sobre la existencia y naturaleza de la muerte. Las explicaciones psicológicas de estas experiencias variarán ampliamente de acuerdo con la escuela de pensamiento a que pertenezca el psicólogo o psiquiatra. En lugar de considerar cada uno de los tipos de explicación psicológica que podrían proponerse, me ceñiré a las que he escuchado con más frecuencia en las conferencias, y sobre todo a una que, en cierta manera, me parece la más tentadora.

Ya me referí antes a los dos tipos de explicaciones más comúnmente propuestos: aquellos en los que se da la hipótesis de que o bien el consciente miente o el inconsciente embellece. En este capítulo quiero considerar otros dos.

1. Investigación de la aislación

En ninguna de las conferencias públicas que he presentado sobre mis estudios se ha adelantado una explicación de esas experiencias en términos de resultados de experiencias de aislación. Sin embargo, es precisamente en esta área de relativamente reciente y rápido crecimiento de la ciencia del comportamiento en donde los fenómenos más cercanos a los estadios de la experiencia de la muerte han sido estudiados y producidos en condiciones de laboratorio.

La investigación del aislamiento es el estudio de lo que le ocurre a la mente y al cuerpo de una persona cuando es aislada en una u otra forma; por ejemplo, separándola de todo contacto social con otros seres humanos o siendo sometida a una tarea monótona y repetitiva durante largos periodos.

Los datos sobre experiencias de este tipo se han reunido de diversas maneras. Los relatos escritos de las experiencias de los exploradores polares o de supervivientes solitarios de naufragios contienen mucha información. Durante las últimas décadas los científicos han tratado de investigar fenómenos similares bajo condiciones de laboratorio. Una técnica bien conocida consiste en suspender a un voluntario en un tanque de agua que esté a la misma temperatura que el cuerpo. Así se minimizan las sensaciones de peso y temperatura. Se le vendan los ojos y taponan los oídos para intensificar el efecto del tanque a prueba de oscuridad y sonidos. Le meten los brazos en tubos para que no pueda moverlos y se sienta privado de muchas de las sensaciones normales de movimiento y posición.

Bajo estas y otras condiciones de soledad, algunos individuos han experimentado inusuales fenómenos psicológicos que conservan semejanzas con los subrayados en el capitulo 2. Una mujer que pasó largos periodos de soledad en las condiciones

desoladas del Polo Norte cuenta que tuvo una visión panorámica de los acontecimientos de su vida. Unos marineros náufragos que estuvieron encallados en pequeños botes durante muchas semanas han descrito alucinaciones en las que eran rescatados, a veces por seres paranormales semejantes a fantasmas o espíritus. Ello guarda cierta analogía con el ser luminoso o los espíritus de amigos que se encuentran en los informes de los sujetos que he entrevistado. Otro fenómeno cercano a la muerte que se produce en los relatos de experiencias de aislación incluye: distorsiones del sentido del tiempo, sentimientos de estar parcialmente disociado del cuerpo, resistencia a volver a la civilización o a abandonar la aislación y sensación de estar «unidos» al universo. Además, muchos de los que han estado aislados, a causa de un naufragio o por cualquier otro motivo, dicen que a las varias semanas de verse en esa condición regresaban a la civilización con un profundo cambio de valores. Cuentan que después de la experiencia se sintieron interiormente más seguros. Tal reintegración de la personalidad es semejante a la reivindicada por muchos de los que han regresado de la muerte.

De igual modo, también hay algunos aspectos de las situaciones de muerte semejantes a los rasgos encontrados en las experiencias y estudios de aislación. Los pacientes que están cerca de la muerte frecuentemente se encuentran aislados e inmóviles en las salas de los hospitales, en unas condiciones disminuidas de luz y sonido, y sin visitantes. Cabe preguntarse si los cambios fisiológicos asociados con la muerte del cuerpo pueden producir un tipo radical de aislación de la que resulte una ausencia total de entradas sensoriales al cerebro. Como ya discutimos extensamente antes, algunos de los pacientes que han tenido experiencias próximas a la muerte me contaron que cuando estaban fuera de sus cuerpos tuvieron desagradables sensaciones de aislamiento, de soledad o de verse separados del contacto humano.

Pueden encontrarse casos fronterizos que no sean clasificables como experiencias cercanas a la muerte ni como experiencias de aislación. Por ejemplo, un hombre me contó la siguiente historia de su permanencia en un hospital a causa de una grave enfermedad.

Me encontraba gravemente enfermo en un hospital, y mientras estaba en la cama me llegaban imágenes, como si estuviera frente a una pantalla de televisión. Eran imágenes de personas y podía ver una, a distancia en el espacio, que comenzaba a andar hacia mí, luego desaparecía y en su lugar surgía otra. Era perfectamente consciente de encontrarme en la sala del hospital y enfermo, pero empezaba a preguntarme qué estaba ocurriéndome. Conocía personalmente a algunas de aquellas personas –eran amigos o parientes-, pero a otras no las había visto nunca. Súbitamente me di cuenta de que todas las que conocía ya habían muerto.

No es tan fácil clasificar esta experiencia, pues tiene puntos de contacto tanto con las de aislación como con las de proximidad a la muerte. Es análoga a las últimas en que se han producido encuentros con los espíritus de gente que ha fallecido, pero ningún otro fenómeno tiene en común con las experiencias de muerte. Es interesante el hecho de que en un estudio de aislación un sujeto que se encontraba solo en una cámara durante cierto tiempo tuvo alucinaciones en las que veía imágenes de hombres famosos que flotaban hacia él. ¿Puede clasificarse entonces la experiencia como de proximidad a la muerte a causa de la extrema gravedad del enfermo o como experiencia de aislación producida por las condiciones de confinamiento requeridas por el estado de su salud? Es posible que no exista ningún criterio absoluto que nos permita clasificarla en una de las dos categorías separadas. Quizá será siempre un caso fronterizo.

A pesar de las coincidencias, los resultados de la investigación de la aislación no suministran una explicación satisfactoria de las experiencias próximas a la muerte. En primer lugar, los diversos fenómenos mentales producidos en las condiciones de aislación no pueden, ellos mismos, ser explicados por alguna teoría. Invocar los

estudios de aislación para explicar las experiencias próximas a la muerte sería, como en el caso de la «explicación» de las experiencias externas al cuerpo por referencia a las alucinaciones autoscópicas, sustituir un misterio por otro. Hay dos corrientes de pensamiento conflictivas por lo que se refiere a la naturaleza de las visiones que tienen lugar en condiciones de aislación. Algunos no dudan en tomarlas como «irreales» y «alucinatorias», mientras que en toda la historia los místicos han elegido la soledad con el fin de encontrar la iluminación y la revelación. La noción de que el renacimiento espiritual puede producirse mediante aislación forma parte integral de los sistemas de creencias de muchas culturas y es reflejado en diversos grandes textos religiosos, como en la Biblia.

Aunque tal idea sea algo ajena a la estructura de creencias del Occidente contemporáneo, todavía hay muchos que la proponen, incluso en nuestra propia sociedad. Uno de los primeros y más influyentes investigadores de la aislación, el doctor John Lilly, ha escrito recientemente un libro, una autobiografía espiritual, llamado The Center of the Ciclone. En él refiere que considera las experiencias que ha tenido bajo condiciones de aislación como verdaderas experiencias de iluminación e intuición, y no como «irreales» o «engañosas». Es interesante observar que cuenta una experiencia propia próxima a la muerte que es muy semejante a las que he referido, y que coloca su experiencia en la misma categoría que las de aislación. Ésta puede ser también, junto con las drogas alucinatorias y la cercanía de la muerte, una de las diferentes maneras de entrar en nuevas esferas de conciencia.

2. Sueños, alucinaciones y engaños

Quizá, dirán algunos, las experiencias cercanas a la muerte son sólo sueños de cumplimientos de deseos, fantasías o alucinaciones puestos en juego por diversos factores: drogas en un caso, anoxia cerebral en otro, aislación, etc. Así se explicarían como engaños.

Pienso que varios factores se oponen a ello. En primer lugar, la consideración de la gran similitud en contenido y progresión que encontramos entre las descripciones, a pesar de que los elementos más generalmente informados no coinciden con lo que cabría esperar de las posibilidades imaginativas de nuestro medio cultural con respecto a la muerte. Añadamos a ello que el cuadro de acontecimientos que rodean a la muerte en estos relatos se corresponde notablemente con el que es pintado en muy antiguos escritos esotéricos totalmente ajenos a mis sujetos.

En segundo lugar, las personas con quienes he hablado no son víctimas de psicosis. Son gente normal y emocionalmente estable, con buena adaptación social. Tienen trabajos y posiciones de importancia y los desarrollan con responsabilidad. Sus matrimonios son estables y están adaptados a sus familiares y amigos. Casi ninguno de ellos ha tenido más de una experiencia extraordinaria en su vida y, lo que es más importante, pueden distinguir entre los sueños y las experiencias que tienen despiertos.

Lo que les ocurrió cuando estuvieron cerca de la muerte no lo informan como algo soñado, sino como acontecimientos que les han ocurrido. Casi invariablemente, en el curso de las entrevistas me aseguraron que sus experiencias no habían sido sueños, sino episodios definidos y reales.

Finalmente, nos encontramos con el hecho de que existe una corroboración independiente para alguno de los episodios externos al cuerpo. Aunque los compromisos contraídos me impiden dar nombres y detalles, he visto y oído lo suficiente para decir que continúo sorprendiéndome. Opino que cualquiera que busque experiencias cercanas a la muerte de una manera organizada descubrirá probablemente tan extraña corroboración. Al menos descubrirá hechos suficientes para preguntarse si esas experiencias, lejos de ser sueños, no pertenecerán a una categoría diferente.

Como nota final, permítaseme señalar que las «explicaciones» no son abstractos sistemas intelectuales. En algunos aspectos son proyecciones de los egos de las personas que las sostienen. Los individuos se mantienen emocionalmente unidos a los cánones de las explicaciones científicas que idean o adoptan.

En las numerosas conferencias que he dado sobre el tema me han propuesto muchos tipos de explicaciones. Las personas fisiológica, farmacológica o neurológicamente mentalizadas adoptaban sus propias orientaciones como fuentes obvias de explicación, incluso en los casos que parecían estar en contra de ese tipo de explicación. Los seguidores de las teorías de Freud se complacían en ver en el ser luminoso una proyección del padre del sujeto, mientras que los jungianos veían arquetipos del inconsciente colectivo, y así ad infinitum.

Aunque quiero poner de relieve de nuevo que no trato de proponer nuevas explicaciones de mi propia cosecha, he tratado de dar algunas de las razones por las que me parecen cuestionables las explicaciones que con frecuencia me han propuesto. De hecho, lo único que quiero sugerir es lo siguiente: al menos dejamos abierta la posibilidad de que las experiencias próximas a la muerte representan un nuevo fenómeno para el que hemos de idear nuevos modos de explicaciones e interpretaciones.

6. Impresiones

AL escribir este libro he sido consciente de que mis propósitos y perspectivas podían ser fácilmente mal interpretados. En particular me gustaría decir a los lectores científicamente mentalizados que soy consciente de que lo que he hecho aquí no es un estudio científico. A mis compañeros filósofos les insisto en que no me engaño pensando que he «probado» que hay vida después de la muerte. Tratar con esas materias implicaría la discusión de detalles técnicos que están más allá del objetivo de este libro, por lo que me limitaré a una breves observaciones.

En los estudios especializados, como lógica, leyes y ciencia, las palabras «conclusión», «evidencia» y «prueba» son términos técnicos con unos significados más sofisticados que en el uso común. Incluso en la lengua de cada día se utilizan de muchos modos. Una ojeada a cualquiera de las revistas populares sensacionalistas nos permitirá ver que la historia más inverosímil se da como «prueba» de una afirmación poco probable.

En lógica, lo que puede y no puede decirse a partir de una serie de premisas no es un asunto casual, sino que está precisamente definido por reglas, convenciones y leyes. Cuando alguien dice que ha llegado a determinada «conclusión», está afirmando implícitamente que cualquiera que parta de las mismas premisas deberá llegar a igual resultado, a menos que haya cometido un error en el proceso.

Estas observaciones indican el motivo por el cual me niego a sacar «conclusión» alguna, y no intento construir una prueba de la antigua doctrina de la supervivencia a la muerte corporal. No obstante, sigo pensando que los informes de las experiencias próximas a la muerte son muy significativos. Lo que quiero hacer es descubrir un medio de interpretarlas: un medio que ni rechace las experiencias sobre la base de que no constituyen una prueba científica o lógica ni las convierta en algo sensacional apelando a vagas afirmaciones emocionales en el sentido de que «prueban» que hay vida después de la muerte.

Al mismo tiempo, creo que el hecho de que nuestra imposibilidad actual para construir una «prueba» no sea una limitación impuesta por la naturaleza de las mismas experiencias significa que tenemos una puerta abierta. Quizá sea una limitación de los modos aceptados de pensamiento científico y lógico. Puede ser que la perspectiva de los científicos y lógicos del pasado sea diferente. (Debe recordarse que, históricamente, la metodología y lógica no ha sido un sistema estático, sino un proceso dinámico y en crecimiento.)

Por ello, termino no con conclusiones, evidencias o pruebas, sino con algo mucho menos definido: sensaciones, preguntas, analogías y hechos asombrosos que deben ser explicados. Es más apropiado preguntar cómo me ha afectado personalmente el estudio, que cuáles han sido las conclusiones que he extraído de él. Como respuesta sólo puedo decir que hay algo muy persuasivo en la forma en que las personas describen su experiencia, y que ese «algo» no puede ser trasladado adecuadamente al texto. Lo sucedido era algo muy real para ellos y, a través de mi asociación con los entrevistados, se ha convertido en algo real para mí.

No dejo por ello de darme cuenta que se trata de una consideración psicológica y no de una lógica. La lógica es una materia pública, pero no ocurre lo mismo con las consideraciones psicológicas. Las mismas circunstancias pueden cambiar y afectar a varias personas en diferentes formas. Es un asunto de disposición y temperamento y no deseo que mi reacción ante este estudio se convierta en una ley para el pensamiento de otro. Podría alegarse que si la interpretación de esas experiencias es en última instancia una materia subjetiva, no está claro el motivo de estudiarlas. La única respuesta que se me ocurre es señalar nuevamente la preocupación universal por la muerte. Creo que cualquier luz que pueda arrojarse sobre su naturaleza es válida.

Los miembros de muchas profesiones y campos académicos necesitan iluminación

sobre la materia. La necesitan los médicos, que han de enfrentarse a los miedos y esperanzas del paciente moribundo, y los sacerdotes, que han de ayudar a los otros a enfrentare a la muerte. También la necesitan los psicólogos y psiquiatras, pues para construir un método funcional y digno de confianza para la terapia de los disturbios emocionales necesitan saber lo que es la mente y si puede existir fuera del cuerpo. Si no puede, el énfasis de la terapia fisiológica derivaría en última instancia hacia los métodos físicos: drogas, electroshock, cirugía cerebral, etc. Por otra parte, si hay indicaciones de que la mente pueda existir separada del cuerpo y que tiene entidad propia, la terapia de los órdenes mentales deberá ser muy diferente.

Sin embargo, las cuestiones implicadas no son sólo académicas y profesionales. Penetran en cuestiones personales profundas, pues lo que aprendemos sobre la muerte puede producir importantes diferencias en la manera en que actuamos en nuestras vidas. Si las experiencias del tipo que he discutido son reales, entonces tienen profundas implicaciones en lo que cada uno de nosotros hacemos en nuestras vidas. En ese caso sería cierto que no podemos comprender plenamente esta vida hasta que sepamos algo de lo que hay más allá.

Bibliografía

EVANS-WENTZ, W. Y. (ed.), The Tibetan Book of the Dead, Nueva York, Oxford University Press, 1957.

HAMILTON, EDITH, y CAIRNS, HUNTINGTON (eds.), The Collected Dialogues of Plato, Nueva York, Bollingen Foundation, 1961.

LILLY, JOHN C., doctor en Medicina, The Center of the Cyclone, Nueva York, The Julian Press, 1972.

LUKIANOWICZ, N., "Autoscopic Hallucinations", Archives of Neurology and Psichiatry (agosto 1958).

PLATÓN, The Last Days of Socrates, traducción de Hugh Tradennick, Baltimore, Penguin Books, 1959.

STEVENSON, IAN, doctor en Medicina, Twenty Cases Suggestive of Reincarnation, Charlottesville, University Press of Virginia, 1974.

SWEDENBORG, EMANUEL, Compendium of the Theological and Spiritual Writings of Emanuel Swedenborg, Boston. Crosby and Nichols, 1853.

WEIL, ANDREW, doctor en Medicina, The Natural Mind, Boston, Houghton Mifflin, 1973.

- - - - -

Contraportada

Hoy, veinte años después de su aparición, este libro sigue conservando todo su poder de impacto para el lector que se asome a sus páginas por vez primera. No en vano, desde entonces, no se puede hablar más de la muerte y sus fenómenos sin considerar las investigaciones aportadas por el Dr. Moody. Éstas se centraron en la recopilación de testimonios de personas que experimentaron la muerte clínica, y que, al ser reanimadas, revelaban detalles asombrosamente semejantes que apuntaban a una misma conclusión: la existencia de otra vida después de la muerte.

En la actualidad, el Dr. Moody continúa sus investigaciones en torno a la muerte y sus fenómenos, mientras millones de personas en todo el mundo han narrado experiencias similares. Estos testimonios son la prueba evidente de que la senda abierta por el Dr. Moody ha dejado una huella imperecedera en lo referido a la concepción que la sociedad moderna posee sobre la muerte, siendo imposible plantear hoy ningún debate sobre la misma sin recurrir a los contenidos de este libro, que, por méritos propios, ha entrado ya en la galería de clásicos sobre la materia.

FIN